



Cuentos Amazonenses

Luis Bravo



EDICIONES
PatriAmazonas

Nº 21

Cuentos Amazonenses

Luis Bravo

Primera Edición: 2013

Fundación PatriAmazonas.

Ilustración de Carátula:

Digitalización, Diagramación
y Concepto: PatriAmazonas

Cuentos Amazonenses

Luis Bravo

UNA CABEZA CON DIENTES DE CARIBE.

Cuando caminaba por la orilla de un río, buscando pescar algo para el sustento, Pedro Pérez, un humilde campesino, se encontró de repente en el camino, una cabeza más o menos humana. Estaba hecha de un material como plástico o silicona de color de piel, pelo escaso y lacio, ojos que parecían estar viendo, una nariz casi sin forma, más bien, dos huecos, pero lo más impresionante era la boca sin labios y con dientes como de caribe. Era como si un artista loco hubiese estado haciendo una escultura moderna de algún monstruo mitológico, salido de algún cuento indio y luego desechó su creación.

Entre curioso y asustado, Pedro se agachó a ver, pero sin tocar aquel objeto y le pareció que lo miraba. Al fin, después de tanto mirarla, la alzó y se la puso enfrente, fue cuando sintió que debía llevarla a su casa y entendió también que de alguna manera, esa cosa lo miraba. La metió en su saco, que se echó al hombro y emprendió el camino de regreso.

Había caminado como cinco minutos, cuando se encontró un pedazo de madera, dura, parecida al ébano, labrada en forma de cono y terminado en punta. Sintió que tenía que agarrarlo, lo hizo y llevó en la mano el madero hasta su casa. A partir de ese momento todo cambió para Pedro Pérez. Ese año la cosecha fue especialmente abundante, los negocios fueron mejores, el ganado se multiplicó admirablemente, la suerte iba de mejor en mejor.

Él, Pedro, era un hombre honesto, recto... puso sus hijos en la escuela y para comodidad, compró una casita en el pueblo. Casita que pronto fue una quinta. La casa del fundo, pronto fue la mansión de una hacienda con todas las comodidades agua, luz, potreros, maquinaria... Todo lo que una próspera hacienda moderna pudiera necesitar; y en la sala principal de la casona, en un rincón, la cabeza de los dientes de caribe dominando la estancia, asentada en el palo de madera negra.

Pronto los Pérez compraron una posesión en la capital y se mudaron a la gran ciudad. Ya del pobre campesino Pedro Pérez y familia, solo quedaba un lejano recuerdo al que Pedro, o mejor dicho, Don Pedro y su señora, nunca hacían referencia, ahora los visitaban personalidades. Diputados, el Gobernador, y altos personeros de la vida social y política del país, quienes siempre andaban pidiéndole opinión sobre asuntos económicos públicos y privados. Negocio donde Don Pedro ponía la mano, negocio redondo.

Un día, la esposa del Gobernador y dos señoras más visitaban la casa de Don Pedro y una de las señoras, la del Gobernador, se fijó en la cabeza que estaba en un rincón y comentó.

-¡Que cabeza más fea! ¿De qué es?

-¡Yo no sé! - contestó evasiva la señora de Don

Pedro - eso es cosa de mi marido.

-¡Uy!, Pero que fea - continuó curiosa la estúpida mujer - y que dientes - mientras le pasaba los dedos por la boca casi sin labios.

Le pareció que la boca se abría para cortarle los dedos o comerle la mano y la retiró en el acto; su cara estaba tan pálida como un papel.

-¡Está viva! - me quiere morder - y con el terror reflejado en el rostro, salió de la estancia casi a la carrera, sin siquiera despedirse, dejando hasta la cartera. Las dos señoras que la acompañaban, inmediatamente, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se pusieron de pie a la vez que se despedían; una de ellas tomó la cartera que dejara la otra señora y abandonaron la casa sin siquiera despedirse.

Cuando Don Pedro regresó de la calle, algo tarde, la esposa lo esperaba despierta y nerviosa. Lo recibió y de una vez le contó lo sucedido con la cabeza y la señora, conminándolo a deshacerse de ella. Él, Don Pedro, se negaba rotundamente hasta que ella, la esposa, lo emplazó,

-Bueno... tú escoges: ¿ella o yo?

Don Pedro no quería deshacerse de la cabeza, porque aunque tan fea, él sentía que eso le había traído toda la buena suerte que lo había hecho llegar hasta las más altas esferas de la vida social y las finanzas tanto, que esa misma mañana, conversando con su amigo el Ministro de la Hacienda, le había asomado la posibilidad de dirigir el Banco Central. Pero por más que Don Pedro argumentó, la esposa lo apuró una vez más.

-Bueno... ¿ella o yo?

Y él Don Pedro, debilitado de carácter respondió.

-Tú, claro...

A esa misma hora de la noche, Don Pedro hizo levantar al chofer del lujoso vehículo en que viajaba el Señor, para que lo llevase a dar una vuelta por la ciudad llevando un paquete.

Cuando pasaban por uno de los puentes sobre el río que atraviesa la ciudad, él, Don Pedro, abrió la ventanilla y tiró la cabeza. En ese instante sintió una voz en su cerebro que le dijo:

-Tírame a mí también-

Se agachó, vio el palo de madera negra y también lo botó.

Esa noche no pudo dormir bien. Por la mañana se quedó en la cama olvidándose de una cita que tenía con su amigo el Ministro de Hacienda para tratar lo del Banco Central. Al mediodía se recordó y se puso de pie de un salto, se metió en el baño, pero ya había perdido la cita; mientras se vestía, prendió la televisión, cosa que casi nunca hacía, y se quedó petrificado al ver la cara de su socio declarando sobre la repentina pérdida de las empresas del grupo Pérez y Asociados, todo un imperio financiero que se había venido abajo sin ninguna explicación. Sin poder entender todavía, levantó el teléfono que repicaba para notificarle de la inminente intervención de uno de los bancos de su grupo. En ese momento sintió un dolor muy agudo en el brazo izquierdo, dolor que no lo dejaba respirar, sintió que se le nublaba la vista, que se caía y se agarró de la mesa de noche, pero tumbó el televisor que al caer hizo explosión incendiando la costosa alfombra persa. Él, Don Pedro, no se pudo poner a salvo, porque ya estaba muerto cuando cayó al suelo. El corazón le había fallado. En ese mismo instante, a orillas del río, bajo uno de los muchos puentes que lo cruzan, un vagabundo miraba curioso una cabeza que parecía

hecha de material plástico o silicona de color de piel, con unos ojos que parecen estar viendo y unos dientes como dientes de caribe, sin labios...

¡SHIRISHANA!

En la lengua de los yanohama o yanomami que habitan en el alto río Orinoco, “yo tengo miedo” se dice Ya’kiri y si algún extranjero, en algún momento en que estuvieron en contacto, llegó a llamar a uno de ellos “venga”, un yanomami le habría dicho, -¡má! Yakiri taré. Que traduciría: ¡no, yo tengo miedo! Luego, con el correr del tiempo, pudieron los extranjeros contactar con miembros de las tribus Ye`kwana, a quienes les dieron el nombre de maquiritares, hasta nuestros días.

-Sí ya tienes hecho el conuco, entonces se casarán la próxima luna. Ya se pueden hacer los preparativos - le hablaba el viejo sabio de la tribu Merevariña al joven Wanatö, quién le había manifestado el deseo de casarse con la joven Kerek’wa.

Wanatö y Kerek’wa se habían comprometido para casarse desde niños, y los padres de ambos siempre estuvieron de acuerdo en tal unión, porque sus familias se verían fortalecidas. Kerek’wa, que en lengua Ye’kwana quiere decir dueña del Marawaca, se había convertido en una hermosa mujer joven que además era muy trabajadora. Ella iba al conuco de la familia y pasaba todo el día limpiando el yucal, arreglando las matas de plátano, cortando los racimos que hubiese que cortar, arrancando la yuca, haciendo el casabe. El yaraque hecho por Kerek’wa era el más fuerte. Se había conservado sin aceptar marido porque el joven Wanatö había sido enviado a estudiar al mundo de los Yaránabi, es decir, al mundo de los blancos, para aprender cómo curar las enfermedades y cómo labrar la tierra. Ahora, había regresado convertido en un hombre fuerte y sabio, con sus propias manos había tumbado un conuco y había sembrado maíz y plátano. Pero necesitaba de una mujer para sembrar la yuca con la que se hace el casabe que es la comida principal del Ye’kwana. La fiesta de casamiento prometía ser una gran fiesta y aunque no se acostumbra mucho entre ellos, esta vez se habían enviado invitaciones a las comunidades cercanas donde había familiares de ambos. Se estaba planeando salir a cazar con una semana de anticipación al evento, para tener abundante comida para los visitantes. Las viejas de la comunidad tenían en ayuno a la joven para purificarla.

El viejo Maashiquiri estaba cazando por un camino abierto en la selva para tal fin, cuando de pronto oyó gente conversando en una lengua extraña. Como estaba solo, se escondió entre las matas y pudo ver pasar unos hombres desnudos, ataviados con plumas en las orejas, pero pintados de negro. La pintura corporal los hacía casi invisibles en la

selva. Era evidente que no andaban de cacería, porque no llevaban ninguna pieza cobrada, más bien parecía una partida de exploradores que por alguna razón andaban por los caminos Ye'kwana.

Cuando joven, el viejo había oído hablar de los Shirishana, que se pintaban de negro para pelear, pero cuando lo hacían, chillaban como monos asustados, por eso los llamaban así, SHIRISHANA. Había oído de su fama de crueles, pero también que vivían muy al Sur. Si estos eran ellos, los Shirishana, estaban muy al Norte de sus territorios habituales. De todas maneras, debía contar a su gente para que estuviesen prevenidos, solo que ahora no debía contar nada porque la noticia podía entorpecer los preparativos de la boda que se celebraría en dos semanas más, pero después lo haría, por seguro, además, estos eran muy pocos hombres para ser un peligro.

Después que los hombres de negro pasaron, siguió su camino hasta que encontró un paují, al que mató con su extraordinaria puntería de cerbatana; más adelante, una gallineta descuidada, también cayó abatida por el dardo envenenado que le disparase el viejo Maashikiri, que en lengua Ye'kwana quiere decir cunaguaro. Con estas dos piezas cobradas, se dio por satisfecho y decidió regresar a casa.

Por el camino de regreso, Masshikiri pudo ver como un nido de pajaritos que estaba a la orilla del camino, con sus pichoncitos, había sido destruido, como aplastado con los dedos de alguien muy cruel, para hacer algo así; y comenzó a preocuparse.

Pasaron varios días y el viejo no le comentó lo que había visto a nadie, pero él siempre estaba pendiente, observaba alrededor de la aldea, por si veía huellas, miraba la selva en el día buscando alguna figura humana extraña. Por la noche del tercer día, los perros se alborotaron tanto que parecía que estaban ladrando a un tigre o algún animal grande, pero no pasó nada. Él, Masshikiri, estuvo pendiente toda esa noche, y a la mañana siguiente anduvo por los alrededores del pueblo buscando huellas delatoras de los extraños guerreros a quienes temía, pero nada encontró.

Ya faltaban diez días para la boda de la joven Kerek'wa y una partida de caza, compuesta de unos veinte hombres, salió para buscar la comida de la fiesta. Con ellos iban también algunos muchachos, para entrenarse en el difícil arte de la cacería, y la comunidad quedó casi desguarnecida, porque la mayoría de los hombres aptos para defenderla, se fueron. Claro está, corrían tiempos de paz y tranquilidad. Hacía mucho tiempo que la violencia que los hizo huir de las costas, tierra adentro, había pasado, violencia que los hombres blancos que vinieron del otro lado del gran lago salado trajeron. Los Ye'kwana vivían en paz con ellos mismos y con la tierra, que les daba sus frutos en abundancia.

La pequeña Acudi, una niña de unos doce años, estaba pasando un mal momento, porque se puso a comer la fruta del árbol de cacao, pero como comió abundantemente, le produjo diarrea que la hacía ir al monte a cada momento. Había pasado la noche entre ires y venires al monte. Para la madrugada, otra vez los dolores de barriga la hicieron salir corriendo para el monte, pero como estaba oscuro, se llevó a su hermanito pequeño, para que la acompañase. Los dolores la hacían tener escalofríos y se sobaba la barriga suavemente, con movimientos circulares de la mano, tratando de aliviar los

retortijones, cuándo escuchó ladridos de perro que se habían alborotado, gritos y ayes que provenían del pueblo. Esto le produjo mucho miedo, tanto que optó por esconderse entre las raíces de un ceibo enorme que la ocultaban de cualquiera. Los gritos de dolor eran tantos que parecía que toda la gente se estaba muriendo, o la estaban matando. Ella no se quería morir a manos de Canaima, ese demonio que a lo mejor estaba acabando con la gente, pues... a ella no la iba a encontrar en esa ceiba, aunque también había llevado su wijuma, que es una camacita preparada como “contra” por los chamanes, para evitar los peligros de enfrente. Ella apuntó a la comunidad con su “contra” y la sacudió hacia allá cada vez que escuchó un grito, pero dentro del escondite, y no salió hasta que no pasó un buen rato, después del silencio, siempre apuntando hacia adelante con su wijuma.

Un viejo salió a orinar afuera de la choza, cuando una flecha cruzó el cielo en la húmeda madrugada, y fue a clavarse en su nalga. El grito de dolor del anciano despertó a los otros hombres, pero también despertó a los perros que iniciaron un concierto de ladridos. Los ladridos de los perros no fueron suficientes para mantener a raya a los Shirishanas que aparecían por doquier, como brotados de la nada. Cientos de ellos flechaban a todo lo que se les pusiera enfrente, pero iban agarrando a las mujeres que iban apareciendo y a los hombres los dominaban por la superioridad numérica. Por cada hombre que salía a defender el pueblo, habían veinte invasores pintados de negro, para reducirlo. Los niños pequeños eran arrancados de los brazos de sus madres y estrellados contra los horcones de las casas, las paredes o el suelo; los ancianos, muertos a maceta; los niños varones, de igual manera. Todo este espectáculo, enfrente de los hombres que habían sido amarrados de los pilares de las casas y de las mujeres amarradas con cuerdas unas con otras. La incursión fue hecha con la finalidad de robarse las mujeres de ese pueblo Ye'kwana, pero los hombres fueron dejados atados para que se muriesen de hambre y sed, porque los invasores no contaban con que hubiese alguien por fuera.

Cuando Acudi se acercaba a las casas, extremó los cuidados para no ser descubierta. Escondiéndose entre las matas y la maleza, fue acercándose cada vez más. Todo estaba en silencio, solo se escuchaban los quejidos de un viejo que tenía la cabeza llena de sangre, era el viejo Maashikiri, que lamentaba más el no haber informado a nadie, que la herida que tenía en la cabeza. Más adelante, los hombres de la comunidad, que querían perseguir a los Shirishanas, atados a los postes y horcones de las casas.

-Suéltennos, gritaba un guerrero, que tenía una herida profunda en un brazo y aunque la sangre había dejado de fluir, se le veía el hueso.

Acudi, con muchas precauciones, se acercó al viejo y le inspeccionó la cabeza; luego al escuchar los gritos de los hombres, corrió hacia ellos y entre lamentos y conversaciones rápidas sobre lo sucedido, soltó de sus ataduras a uno que a su vez ayudó a soltar a otros, y al fin habían sido liberados todos los hombres, entre llantos y exclamaciones de rabia, recogieron los muertos, muchos niños, viejos, pero pocos hombres y ninguna mujer. Claro, se las habían llevado todas, inclusive a la bella Kerek'wa.

Desolado, Wanatö, se sentó a la sombra de un árbol, pensando en toda su tragedia, ahora que se iba a casar, le robaban a su prometida. Tenía que hacer algo, pero

qué podía hacer él. ¡Si tan solo conociese la selva! Pero había pasado mucho tiempo afuera de la tribu.

Después de enterrar los muertos y organizar un poco la comunidad, Wanatö propuso a los hombres más viejos, ir a buscar ayuda de los otros pueblos, para poder defenderse de los Shirishanas, quienes podían regresar en cualquier momento para ver si todavía estaban vivos o a rematar su trabajo; así que tenían que moverse rápido.

-Tus palabras son sabias - le dijo un viejo que tenía una herida en la cabeza, que aunque no sangraba, se veía abierta todavía - vayan de dos en dos a las comunidades.

-Wanatö y Adijö se van por el río a las comunidades de esa dirección, lo más lejos que lleguen. Mawencaweni y Wécuni, ustedes se irán por tierra hasta donde se mete el sol.

El viejo fue repartiendo los emisarios por los diferentes rumbos y finalmente dijo:

- Me voy solo por mi camino y nos encontramos aquí cuando la próxima luna esté descansando.

Cada quién salió a cumplir su comisión y el joven Wanatö se llevó a los niños que los soltaron hasta la comunidad más cercana, donde los dejó al cuidado de unos familiares. Los parientes que iban encontrando por el camino, que habían ido a invitar para la boda, fueron avisados de lo acontecido y se sumaban a la comisión de rescate. Wanatö y compañía, fueron hasta la Paragua. Wécuni y su gente llegaron hasta el Marueta, donde los pueblos Macos. El viejo Chamán de la herida de la cabeza, se fue por tierra hasta la laguna Dorada, lugar sagrado que los sabios Ye'kwana no divulgan, pero que posee una inmensa riqueza en oro y piedras preciosas que perteneció a los antiguos que desaparecieron junto con el inmenso mar dulce, que un día se secara al sacarle la tapa del dique que lo contenía en las cabeceras del gran Orinoco. En el trayecto llegó a una aldea muy pequeña, donde habitaba el Vigilante que se encargaba de cuidar la laguna y le contó la triste historia del asalto a Merevariña. Después de conversar se tomaron el sumo de la planta para convertirse en gavián grande y volaron hasta la Dorada laguna, donde en sus orillas se dedicaron a recoger pedazos de oro y echarlos en un talego, para luego volar hasta Merevariña con la pesada carga. Así pasaron varios días, llevando y llevando oro y piedras preciosas que iban amontonando en el hueco de un frondoso árbol que estaba a la orilla del pueblo. Y cada vez que regresaban, cargaban algún objeto de la comunidad que dejarían en la laguna para pagarle al dueño por el oro y las piedras preciosas que iban tomando de ahí. Cuando ya tuvieron amontonados bastante oro y piedras en el hueco, entonces el viejo chamán volvió a su forma humana y se quedó a esperar la luna nueva, época en que los emisarios regresarían. Como el viejo conocía medicinas del monte, ya su herida se había cerrado sin dejar marca.

Cuando la luna salía en la madrugada y estaba delgadita, comenzaron a llegar los emisarios que habían ido a otros lugares. El viejo Chamán a quién apodaban Curumo, no daba señales de vida, encaramado en el árbol donde tenía guardado el tesoro hasta que llegó la última comisión. La que llegó más lejos fue la que llegó hasta los pueblos del Caroní, en la Sabana Grande, la comisión de Wanatö. Cuando ellos llegaron, entonces el

viejo Curumo bajó del árbol, y fue cuando cada grupo comenzó a entregar su reporte oral del periplo cumplido.

Los que fueron al Oeste comenzaron a relatar lo que hicieron: los pueblos de los Macos, en el Marueta, enviaron sus mejores guerreros para ayudar a enfrentar a los Shirishanas, que habían sido tan crueles con los Ye'kwanas al robar sus mujeres y matar a los ancianos y niños: también de los pueblos del Parú, que significa plátano.

Los que fueron por el río, contaron que los pueblos que visitaron se habían enojado mucho, y se habían ofrecido para ayudar, pero que había que tomar a los jóvenes Shirishanas, una vez vencidos, para enseñarles que los Ye'kwana son el pueblo dueño de esas tierras y de lo que hay en ella. Convinieron en que sería así.

Una vez que los emisarios hablaron y los extranjeros fueron presentados, el viejo Curumo, que en lengua Ye'kwana significa Zamuro, habló para decir que él sabía de unos pueblos que habitan más allá de las grandes sabanas, y que poseen armas de las llamadas "Aracusa" que son capaces de disparar pedazos de metal, con un gran trueno, para matar a una persona o animal más eficaz que con cerbatanas y lanzas, además de que él había conseguido suficiente oro y piedras preciosas para comprar esas armas. Además, el viejo, como era brujo, convertido en gavilán se había ido para espiar a los pueblos Shirishanas y había visto que se habían unido una gran cantidad de pueblos y hacían fiestas para enfrentarse a los otros pueblos Ye'kwana.

Todo el plan fue esbozado, cada persona llevaría suficiente parte del oro para comprar las armas. Se pondrían en camino cuanto antes, el camino era largo.

Emprendieron el camino y por los pueblos que iban pasando, se iban sumando personas a la caravana que se desplazaba por bosques y sabanas con un rumbo fijo, hacia donde nace el sol. Para cuando llegaron al remoto país, donde vendían armas, sumaban más de cien personas. Compraron veinte cajas de los mejores fusiles Ingleses que tenía el comerciante Joe Harrton representante de la casa Lloyd de Londres. Solo que éstos tenían casi cien años guardados, pero consiguieron que los soldados Ingleses los entrenaran en el manejo de estas armas. Al cabo de un mes ya los casi doscientos hombres, estaban entrenados en el manejo de los viejos fusiles de chimenea, que habían dormido durante tantos años en los depósitos de la Lloyd de Georgetown en la lejana Guyana Inglesa. Por su parte, Mister Joe Harrton, se restregaba las manos de satisfacción porque el negocio que había hecho con esos viejos fusiles, cambiados por oro de la mejor calidad, representaba unas pingües ganancias para su empresa y para él mismo. Al fin y al cabo esos fusiles no iban a representar un riesgo para los Ingleses, porque los compradores los utilizarían muy lejos de ahí, además de que comparados con las armas sofisticadas que habían en el mercado, esas armas eran inservibles, pero esos indios no lo sabían.

Otra cosa distinta pensaban los indios, que de regreso a casa con sus flamantes fusiles nuevos, se sentían tan seguros de sus armamentos que pensaban que podían dominar el mundo. Y la realidad era que lo podían lograr, porque el armamento que poseía el enemigo era de lo más arcaico: arcos y flechas.

Al regreso emplearon casi el doble del tiempo empleado para ir, porque el peso de las armas y pertrechos era bastante. Algunos iban cargando hasta seis fusiles, otros las municiones y pólvora, lo cierto era que al peso era mucho para andar a paso rendidor. Por el camino iban aprendiendo a cazar con la "Aracusa" y a recargarla con rapidez.

Lo primero que hicieron al llegar a la zona, fue reunirse varias comunidades para juntar un ejército lo suficientemente numeroso, capaz de enfrentarse a las huestes de los Shirishana, que evidentemente eran bastantes. El ejército que pudieron reunir constaba de unos doscientos hombres bien armados y entrenados en el uso de la escopeta; y otros cien más preparados para asumir el puesto de los hombres que irían a combatir. Habían hombres de los pueblos Maco del Ventuari, Ye'kwanas del Parú, Erebató, Cuntinamo, Merevari, y hasta de Frenario; Pemones del Paragua.

Lo que no sabían quienes se preparaban para la guerra con tanto cuidado, era que los Shirishana espiaban sus movimientos y viendo la cantidad de guerreros, también se habían reunido varias comunidades en una sola, con un ejército de casi mil hombres bien armados, diestros en el combate en la selva, y dispuestos a enfrentarse a cualquiera, por muy armado que este estuviese.

El viejo chamán llamado Curumo, convertido en gavián grande, espiaba también sus movimientos y se le oía chillar desde las alturas donde permanecía observando todo. Podía ver los actos de brujería preparando el camino para el combate, enviando conjuros para dar miedo a los Ye'kwana. Claro que el viejo Curumo no podía entender esto, por lo que se limitaba a contar los movimientos, y pudo observar cuando empezaron a llegar guerreros y a hacer fiesta. Cada día el viejo desde los aires podía ver como danzaban los brujos, invocando a quién sabe cuál espíritu y absorbiendo grandes cantidades de epena que es el yopo.

Entre tanto, el joven Wanatö pensaba en su prometida, y sufría en pensar las cosas que habría de aguantar entre esas gentes tan crueles, mientras llegaba el momento del combate.

Había transcurrido casi un año desde que el pueblo fue atacado y ahora estaban listos para la venganza.

-Mañana vamos a salir a buscar a los Shirishana para recuperar las mujeres - dijo el viejo Curumo - yo mismo los voy a guiar hasta donde están reunidos.

Con el viejo chamán a la cabeza, un grupo de aguerridos Ye'kwana, Macos y Pemones, que sumaban doscientos, salieron por el rumbo de la cabecera del Orinoco para encontrar la maloca de los que se habían robado las mujeres. Cada quién con su "aracusa" y un saquito de piel con munición y fulminantes. En un tubo hecho con madera y cerrado por ambos extremos, la pólvora. El tubo de madera había sido reducido por un lado para que coincidiera con la boca del cañón de la escopeta, de manera que se pudiese dosificar la pólvora directamente al cañón, ahorrando de esta manera mucha pólvora y tiempo al recargar, de tal manera que había hombres que podían recargar las armas mientras corrían.

La noche los alcanzó a la orilla de un caño, donde se dispusieron a pasar la noche. Algunos de los hombres habían podido cazar alguna pieza para comer, pero dada

la cantidad de gente, no alcanzaba la comida, por lo que tuvieron que pensar en algo para conseguir comida.

-¡Vamos a alumbrar pescado! - dijo repentinamente Wanatö, sorprendiendo al grupo donde estaba reunido.

-¿Cómo es eso? - preguntó el viejo chamán

-Bueno, cuando yo vivía con los yaránabi, aprendí que con una lámpara que se amarra en la cabeza se pueden ver los ojos de los peces y con algo afilado se pueden cortar o ensartar. Vamos a probar si funciona con hojas de platanillo - y se fue hasta una mata y arrancó una hoja seca a la que prendió arimándola a la hoguera que tenía el grupo. Alguien tenía una lanza que él tomó y se fue a la orilla del caño. Acercó la llama de la hoja encendida y vio un par de puntos rojos en el agua, ojos de algún animal, con sumo cuidado fue acercando la lanza al agua hasta que,... ¡zas! hundió la lanza en el agua que alcanzó algo que hizo temblar la lanza, sujeta firmemente en las manos de Wanatö. Con cuidado volteó la lanza y sacó del agua una enorme guabina ante los ojos atónitos de los compañeros que no habían creído del todo cuando él les dio la idea.

-¡Aah! - fue la exclamación general.

Al cabo de un rato, estaban cenando sabrosas guabinas asadas pescadas, o mejor dicho, cazadas de esa manera, alumbradas con candela.

Por la mañana temprano, reanudaron la marcha rumbo a la cabecera del Orinoco. El viejo Curumo discretamente se apartó del grupo y se ocultó bajo las raíces de un ceibo. Sacó un envoltorio de hojas de baro – baro, abrió las hojas y extrajo un polvo negro que llevó a la nariz. Absorbió algo de ese polvo, cerró el envoltorio y se acomodó para dormir. Al cabo de unos minutos, una hermosa águila Arpía con su vistoso penacho, alzó el vuelo, elegante, rumbo al sur.

En la maloca de los Shirishana ya se sabía de la movilización de los guerreros Ye`kwana y se estaban preparando para la llegada. Había gente apostada en los caminos, los brujos estaban enviando conjuros capaces de sembrar miedo entre los guerreros, conscientes de que si el enemigo teme, ya tienen más de la mitad de la pelea ganada. Todo era danza y epena que es el yopo.

-¡Aaaagh! - hizo el chamán al sentir como el polvo de yopo le entraba por la nariz y se le abotonaba en la nuca. Una avalancha de saliva se le desató, a la vez que trataba de rascarse la picazón que se le desató en el sitio donde se cruzan la línea que se forma entre las orejas y la que se forma de la frente a la nuca.

Los Yanomamö utilizan el polvo de yopo, un alucinógeno que extraen de una leguminosa, de una forma muy particular. Utilizando un cañón de carrizo de unos sesenta centímetros de largo, acomodan la dosis de la droga en un extremo que se colocan en la ventana de la nariz y un ayudante le sopla con fuerza por el otro extremo, para introducir el polvo en lo más profundo de su fosa nasal. Enseguida comenzó a danzar cantando una canción monótona, y abriendo los brazos y aleteando cual si se tratase de un ave en vuelo. La cara del brujo estaba transfigurada, con una mirada demencial producto de la intoxicación por el alucinógeno, cuando se sentó a hablar. Refería del movimiento de los guerreros enemigos.

-Están a un día de aquí, tenemos que usar las puntas envenenadas. Son muchos, pero nosotros somos más... traen unas armas que no son flechas... muy malas - y finalmente el chamán se quedó dormido.

Muchas de las mujeres que habían sido robadas ya habían parido y otras estaban embarazadas a punto de parir. Entre ellas comentaban los acontecimientos y deseaban que llegaran sus hombres, para poder regresar a sus familias, pero a la vez sentían miedo por lo que les pudiese ocurrir a sus hijos que, aunque eran hijos de sus captores, eran sus hijos y como madres, los amaban. Además, había mujeres que ahora también amaban a sus nuevos maridos. Toda una confusión de sentimientos había en ellas que no las dejaba pensar claramente. Kere`kwa estaba encinta y se notaba claramente que estaba próxima a dar a luz, pero ella no decía nada. Por ella se habían peleado a macanazo limpio dos jóvenes guerreros, pero el brujo de la comunidad se la quedó como suya, después de haber sido violada colectivamente por los captores. Entre tanto arriba, en el cielo, un águila volaba en círculos por encima del shabono donde estaban reunidos los guerreros Shirishana, pendiente de cualquier movimiento.

Las horas pasaron y pronto los Ye`kwana se dieron cuenta que estaban en terreno peligroso: innumerables caminos se entrecruzaban haciendo difícil seguir un rumbo sin perderse, porque en la selva, cuando hay muchos caminos, hay que ser baquiano para no perderse. Ellos, los guerreros vengadores, iban guiados por el viejo Curumo y éste sabía la dirección del shabono de los Shirishana.

-Vamos a esperar aquí a que regrese el viejo Curumo - dijo el joven Wanatö sabiamente, cuando la noche se venía encima.

-Dos hombres y tú, hombre viejo Mashiquiri, van a cuidar que no pase nada. Van a estar pendientes de que no vengan los enemigos y nos encuentren durmiendo. En realidad era tanta la excitación, que nadie podía descansar, hasta que de las sombras emergió la figura de Curumo que ya de noche, regresó de la labor de vigilancia y dio parte de lo que había visto.

-No nos esperan de noche - dijo el viejo - así que vamos a viajar de noche.

-Pero está oscuro, no podremos ver en la oscuridad - ripostó Wanatö.

-Ustedes sigan a un animal que va a aparecer - dijo el viejo - él irá delante para ver por ustedes.

El Chamán se apartó del grupo, se bebió algo que extrajo de una cartuchera de cuero y se recostó como si fuese a dormir. La gente se quedó descansando y esperando el animal que había anunciado el viejo. De repente una voz asustada gritó desde un extremo del campamento:

-¡Un tigre!

-¡Cuidado! No le vayan a disparar. Que este puede ser nuestro animal guía - dijo alguien.

En efecto, el tigre era un hermoso ejemplar, parecía ser inteligente, porque se puso a la cabeza del grupo, que inmediatamente se puso en movimiento. Con los leños encendidos de las hogueras, utilizados para alumbrarse, siguieron camino rumbo al sur. Los ojos del tigre destellaban cuando les daba el reflejo de los tizones.

Con la luz blanquecina de la madrugada, iban llegando a los conucos de la maloca que estaba cercada completamente con troncos enterrados apareados, para obtener protección contra ataques sorpresa. Silenciosamente se fueron apostando alrededor de la cerca de palos, sobre todo, frente a las entradas, porque ésta tenía solo dos. Nadie de los de adentro se había dado cuenta hasta ahora de lo que estaba ocurriendo, ni siquiera los perros.

El Brujo Yanomamö no supo cuando cayó muerto, porque una descarga de fusilería le destrozó el pecho. En ese momento todo fue un enorme griterío, de ladridos de los perros y llantos asustados de las mujeres. Un hombre salió corriendo, quizá pensando que podía con la velocidad, eludir la muerte que tronaba, pero fue una fatal decisión, porque cayó fulminado por un solo disparo. Los tiradores en realidad habían asimilado muy bien las lecciones de los soldados Ingleses de Guyana. El asedio continuó durante todo el día. De vez en cuando un Shirishana salía corriendo por una de las entradas y una cerrada descarga de las largas escopetas en manos de aquellos expertos tiradores, frenaba la veloz carrera. En realidad se trataba de una matazón, porque la batalla era muy desigual. De repente una lluvia de flechas salió del shabono hacia fuera tan bien calculadas que una de ellas fue a dar en el blanco por casualidad e hirió a un Maco que estaba descuidado. Pero los sitiadores no respondieron con fuego, sino que pacientemente esperaron hasta que salió un hombre a la carrera sobre el que cayeron todos los disparos y enseguida otro que sí logró alcanzar el monte en veloz carrera. Poco a poco iban saliendo los hombres, pero iban cayendo uno a uno sin siquiera luchar.

-¿Que ruido es ese? - se preguntó sobresaltada la preñada Kerek`wa - parece como si hubiesen explotado muchos truenos... ¿Y mi marido?

El chamán de la tribu, quién la había tomado por mujer, había sido la primera víctima, porque al haber salido al monte de madrugada, había caído sin siquiera saber que estaba cayendo. Kerek`wa, al igual que las demás mujeres secuestradas, inmediatamente supieron que se trataba de sus libertadores que habían llegado. Si solamente pudiesen hacer algo para ayudar, para evitar la matanza que se avecinaba, porque ellas si sabían lo crueles que podían ser los Yekwana cuando estaban bravos.

-¡No salgan! ¡Quédense adentro! - les gritó la misma Kerek`wa. Pero como los Yanomamö no le hacen caso a las mujeres y menos a las extranjeras, siguieron saliendo y muriendo.

-¡Disparemos flechas desde adentro! - gritó alguien, pero el líder estaba ausente y no había quién dirigiese la defensa. De todas maneras dispararon una, dos andanadas de flechas y escucharon un grito que los alegró, porque cualquiera que haya sido flechado con puntas de Peinamö, que es un veneno bien fuerte, no se salva.

El problema era que el agua estaba afuera y ellos no habían previsto tal contingencia, porque pensaban salir a encontrarla afuera esa mañana; no pensaban que andarían de noche. Ese error les costaría bien caro. En estas reflexiones estaba Yariwe, un guerrero de bastante prestigio en la tribu. Él no tenía miedo a morir, pero le mortificaba lo que pudiese ocurrir con las mujeres y los niños, pero debía pensar lo más rápido posible en una solución, porque ahora las cartas estaban echadas.

-¡Napë – Suwë! - llamó a Kerek`wa. Era la forma como la llamaban a ella desde que llegó.

-¡Japo! - que en lengua Yanomamö quiere decir: “¡Venga!”.

-Mira mujer, tu marido está allá afuera, muerto, tú eres de ellos y ellos te entienden la lengua. Anda afuera y le dices que se vayan, que se lleven a sus mujeres, pero que se vayan. Todos nosotros tenemos mucho miedo por lo que le pueda pasar a las mujeres y los niños.

-Pero yo estoy preñada - contestó Kerek`wa - mira mi barriga.

-Por eso es que te mando a ti, porque ellos no te harán nada – le ordenó.

Convencida por el guerrero, Kerek`wa se acercó a la puerta y se dispuso a salir.

-¡Yo soy Kerek`wa! - gritó desde adentro mientras abría la puerta para salir.

Cuando los guerreros Ye`kwana oyeron a la joven, se quedaron pendientes de la puerta.

Wanatö vio la escuálida y deforme figura femenina que, desnuda y sucia, apareció en la puerta. Sintió la más profunda tristeza, que se fue transformando en ira implacable. Alzó la escopeta, se la echó a la cara con mala idea, pero no fue capaz de disparar. Más bien caminó hacia ella y le tendió la mano, para sacarla de ahí.

-Esa gente está asustada - dijo la joven Kerek`wa - el brujo está muerto, ustedes lo mataron.

-Ella no es de los nuestros – dijo el chamán Curumo - seguramente está embrujada... ¡No le hagan caso!

Aprovechando la confusión, el guerrero que había aconsejado a la joven a salir, salió por la otra puerta del shabono con el arco templado, pero había veinte escopetas apuntando; cuando quiso correr, cayó fulminado. La joven lloraba acurrucada al lado de un viejo que le alisaba el cabello, el viejo Mashiquiri.

Una semana duró el sitio de la maloca, hasta que no quedó un solo hombre vivo. Entraron al shabono y recuperaron sus mujeres, pero a los hijos que éstas habían tenido de los Shirishana, los mataron al igual que a palos mataron a los viejos y a las mujeres Yanomamö. Prendieron fuego al shabono, pero a los niños pequeños que podían trabajar, se los llevaron como rehenes, para que sirviera de lección a los Sirishana que pudiesen pensar en invadir los territorios Ye`Kwana. Con el correr del tiempo, estos rehenes, se quedaron como esclavos, sirviendo a sus captores hasta que murieron.

Wanatö y Kerek`wa al fin se casaron, pero sin la fiesta que planearon. Su primer hijo fue varón, pero él no lo mató como se esperaba: lo crió como hijo suyo y se mudaron para Bolívar.

Pasó bastante tiempo de la lucha de Ye`Kwanas y Shirishanas que hoy son conocidos como Yanomamö. Un grupo de Yanomamö andaba de cacería por los lados del río Cuntinamo y encontraron el antiguo sitio de aquellos que murieron a manos de los bravos Ye`kwana cuyos restos estaban esparcidos por donde estaba el shabono. Uno de los cazadores encontró una cabeza que tenía una bala alojada en el cráneo y no le salía; solamente sonaba como una maraca y hasta hoy la conservan, pero dicen que es el cráneo de un Maquiritare.

SOBRE SECUESTROS Y SECUESTRADOS.

SINOPSIS:

Quién iba a pensar imaginarse en el año 49; cuando vinieron los primeros misioneros de la TRIBAL MISSION a establecerse en el Alto Orinoco, que con el correr de los años llegaría a ser un gran centro misionero; casi una corporación, en cuya central de operaciones, en plena selva, vivían ya para entonces, unas quinientas personas entre adultos y niños. Con una escuela para hijos de misioneros que servían en otras partes remotas entre las diferentes etnias indígenas. Para atender los casos de traslados de emergencia, habían decidido adquirir una avioneta que permaneciese en la base de la misión.

Así transcurrían los días, entre ires y venires de avionetas, barcos, inviernos y veranos, con dóciles familias indígenas que habían hecho su vida alrededor de la misión, en remunerada servidumbre.

I

En el cuartel general de la cuadrilla 16 de las Fuerzas guerrilleras, a 500 millas de la Tribal Mission, se lleva a cabo una interesante reunión entre los principales jefes guerrilleros de la Coordinadora.

— Debemos evitar que los gobiernos de este país y el vecino se pongan de acuerdo... Proponía calmado un comandante bajito como de unos cuarenta años, de barba escasa y pelo crespo. El comandante Simón, como lo llamaban, hablaba sin el acento característico que tienen los nacionales del país, acento que caracteriza a los Andinos, lo que denotaba un nivel muy aceptable de cultura material.

— Con los dos ejércitos actuando coordinadamente en la frontera, nuestra efectividad se vería reducida a la mitad... y siguió diciendo, -Yo creo que debemos llevar a cabo acciones que comprometan las relaciones bilaterales...

— Todo eso suena muy bien, camarada, pero...
Le atajó otro hombre de pelo largo y barba poblada, que tamborileaba con un lápiz sobre la mesa donde estaban sentados.

— Pero... ¿Cómo podremos lograrlo?

— Déjeme explicar... respondió Simón.

— Hay acciones concretas, que a mi parecer, serían muy efectivas para restar credibilidad al gobierno de nuestro país con el país vecino, y después, poco a poco, todos los compromisos que puedan hacer en contra del movimiento, se vendrán abajo.

— Pero...

— ¡No interrumpa, compañero! Le atajó Simón.

— Yo he pensado en acciones contra las instalaciones militares de la frontera. Ataques relámpago con un gran impacto psicológico, que le dé mucha publicidad. Cararabo, Ratón, Santa Cruz, Samariapo y hasta el mismo Atabapo, son puestos de vigilancia débiles, mal entrenados, atendidos por hombres sin mucha fuerza moral... a la vez que hacemos creer, o mejor dicho, ver, que el gobierno de este país es el que está detrás nuestro, para atacar a sus puestos...

Seguía hablando Simón de todos estos planes, muy animado, como si una nueva fuerza se hubiera apoderado de él; que le imprimía a sus ojos un brillo muy especial, mientras que otros hombres permanecían callados alrededor de la mesa y aún no intervenían.

Uno de ellos no vestía como los del monte, sino traje de ciudad, de buen corte. Era de baja estatura, blanco de color, de unos cincuenta años, de aspecto más bien rechoncho, que usaba unos lentes con montura dorada, entró en la conversación.

— En este maletín yo tener... plan completo de acciones que deberán ejecutarse para debilitar las relaciones entre los dos países. Yo quiero mostrar plan para ustedes...

A la luz de la débil bombilla, el hombrecito de los anteojos redondos, que era gringo, abrió el maletín y comenzó a exponer todo un plan macabramente preparado, con acciones sistematizadas, cada una con su respectiva trayectoria crítica.

El comandante Simón, el mismo Don Carlos, quién había sido el ideólogo de todo el movimiento guerrillero, y el resto de los participantes a la reunión, se quedaron atónitos ante todo ese caudal de información que había surgido del misterioso maletín del hombre de los lentes dorados. Mapas, fuerzas militares, movimientos de tropa, posiciones, todo preparado por la AGENCIA.

Luego... ¿No eran ellos, LA AGENCIA, los enemigos? Se preguntaba el mismo Don Carlos.

— Todo esto es tan raro... matememos a este gringo de una vez... Dijo de repente el hombre del lápiz nervioso.

— ¡Señores! Por favor, pidió ahora otro hombre de los que hasta ahora habían permanecido silenciosos.

— Permitamos que nos explique...

— ¡Claro!, Habló el hombre de las gafas doradas.- Todo esta operación necesita finanzas, dinero que nosotros aportamos. Las armas las consiguen ustedes en otra parte...

Ahora todos estaban fascinados con este gringo, que ofrecía aportar precisamente lo que ellos más estaban necesitando. Don Carlos, quién estaba ahora más intrigado que nunca, preguntó:

— ¿Qué quieren ustedes a cambio?

Mi país solo quiere que se respeten las propiedades de nuestro país en el suyo, y cuando su revolución termine, queremos seguir una buena relación comercial con ustedes... es todo.

— ¡Ah! Pensó don Carlos, -Estos lo que quieren es revolver el agua, para poder pescar en río revuelto...

— Bueno... preguntó.- Mire mister, ¿Quién nos garantiza que esto no es un engaño más de la AGENCIA?

— Mire don Carlos, contestó el gringo, nosotros sabemos de sus movimientos, infiltrados en “la AGENCIA”, el DAS, Ejércitos, Peruano, Colombiano, Venezolano, Policías de Seguridad, Guardias de Panamá, Brasil, Venezuela y también otras muchas cosas. No le damos información a esos países, porque hasta ahora no creemos conveniente, pero tampoco la hemos usado contra ustedes... Y ayudamos a ustedes, prosiguió el hombre, porque la corrupción se ha vuelto muy grande, tanto que desde aquí, con armas como las drogas, se están minando las bases de nuestra sociedad en mi país; a la vez que se desequilibra la balanza de pagos, cuando salen tantos dólares descontroladamente del país. Esa es la verdadera razón de nuestra oferta. Sus fuerzas armadas se han corrompido tanto que no deben tomar el mando de ningún país y usted debe estar consciente que es así... ¿Qué me dice?

II

— ¿Cómo dijo? Preguntó el Guardia.

Que yo mirando otro hombre Guardia por allá por monte, tres, así, le contestó el indígena, mostrándole tres sucios dedos de su mano derecha, y con escopetas como esa, señalando el fusil “Galin” que cargaba colgando del hombro.

— Si, esta mañanita salió mi conuco, preguntando por la casa de los gringos.

“Este pariente está loco - pensó el Guardia - Estamos a casi mil kilómetros de la frontera, para que sean guerrilleros, pero mejor voy a avisar...”

— ¡Un momento! Pariente - dijo al fin pasa - para acá, siéntate, casi le ordenó, mientras pasaba al comedor donde estaba el Cabo, Comandante del pelotón del puesto de la Tribal Mission en el Alto Orinoco.

— ¡Tac! Sonó el taconazo al cuadrarse marcialmente.

— ¡Con permiso mi Cabo!... Con la novedad de que en el recibo está un indio con la información de que fueron vistos unos hombres extraños, armados con armas de guerra por los lados de su conuco.

— ¿Cómo? Preguntó el Cabo, poniéndose de pie de un salto.

— Que en el recibo se encuentra un ciudadano...

De una vez, el Cabo, se dirigió al recibo donde estaba el visitante pacientemente esperando.

— Pariente, inquirió, ¿Cómo es la cosa?

— Que yo vi... y le conté toda la historia.

— Muchas gracias, dijo ceremonioso el Cabo.

Ciudadano, usted nos acaba de dar una información muy valiosa, nosotros vamos a tomar las acciones del caso, puede irse tranquilo... -¡Ah! ¿Cómo es que se llama usted?

— Ramón Pérez

— Ah, t’a bien Ramón, si los vuelve a ver me avisa, ¿Oyó?

— Bueno... y el humilde hombre salió del

comando satisfecho porque había hecho lo correcto a su juicio.

— Mi cabo, Preguntó el Guardia que había recibido al indígena

— ¿Hago el parte especial para la Comandancia?

— ¡No! contestó el Cabo autoritario ¿Quién va a

estar creyéndole historias como esas a esos indios tan inventadores?

— Pero mi Cabo...

— Quédate tranquilo, que yo los conozco como son de inventadores.

III

En la remota misión de la Tribal, que queda en la parte alta de la cuenca del río Hayamö, en el Alto Orinoco, John Gordon, un misionero, pacientemente está enseñando a dos indígenas a plantar semillas de tomates. Vive en esa remota región desde hace quince años, junto a su esposa Vilma y su pequeña hija de apenas seis años. Hombre de unos cuarenta y tantos años, ex combatiente de Vietnam, uno de esos extraños “Rangers” que fueron licenciados después de terminar la guerra. Experto en explosivos, radio, armas, artes marciales, piloto de combate. Quién sabe por qué razones tendría para convertirse en misionero. Su aspecto es el de un hombre dedicado a la enseñanza religiosa, pero su cuerpo es fibroso, como sería el de un atleta que se mantiene en forma, aún a sus cuarenta y pico. Ella, Vilma, es una mujer de aspecto delicado, muy delgada y blanca, a quién el sol le produce lesiones en la piel cuando se expone demasiado.

Ocupado en las labores agrícolas y en perfeccionar sus conocimientos de la lengua de los indígenas, con quienes está trabajando hace quince años, se ve taciturno, preocupado. Desde la ventana de su cocina, Vilma observa que no ha logrado concentrarse en ninguna labor desde hace una semana cuando recibió ese extraño mensaje, que ella no pudo entender, había una extraña mezcla de números y letras, como si se tratara de una fórmula matemática. Lo cierto era que desde entonces estaba haciendo ejercicios a diario y por las noches lo sorprendía bailando una extraña danza, muy hermosa, igual que un pausado combate en cámara lenta. Era un espectáculo fascinante ver a John dando pasos con una perfección tal, que semejaba un gran pájaro. Después, durante el día, cada minuto, estaba listo para saltar sobre cualquier cosa que irrumpiera... Como esperando alguna acción en su contra, la mirada escrutando el entorno, sin realmente poder concentrarse en nada.

IV

TOC, TOC, TOC, Sonó la puerta de la casa donde vivía el joven Billy Vander, piloto de la avioneta que la Tribal tenía en la misión del alto Orinoco. Una flamante Cessna 185 con conversión Robertson que la hacía tan versátil que era la envidia de quienes volaban por la zona. La conversión Robertson es una modificación de los planos que le proporciona al avión más superficie alar, lo que le da más sustentación, que le permite aterrizar y despegar más corto que cualquier avión de su mismo modelo, además que le adaptan un motor de mayor potencia que le permite alzar más peso y para las pistas que hay en la zona del alto

Orinoco, un avión de estas características, constituye una herramienta muy útil.

— Billy, Billy... llamaron a la puerta de nuevo. Tímidamente, Billy se asomó y comprobó con alivio que se trataba del Cabo. Eran las seis de la mañana y todavía había una densa niebla, característica esta de las mañanas de

verano en Amazonas. Paradójicamente, en el trópico, los días más cortos son los más secos. Es decir, Diciembre, Enero, Febrero y Marzo, y es lo que allí en Amazonas se llama verano, porque los ríos alcanzan sus niveles más bajos.

— ¡Un momento! Dijo entrando a terminar de vestirse.

Mientras se abotonaba la camisa, miró el intercomunicador, una especie de teléfono con que contaban en la base misionera y pensó en llamar al jefe del Comité, para avisarle de la novedad, cuando sintió el frío del metal apoyarse en su oreja -¡No lo hagas! le dijo un susurro en el oído

— ¡Vamos!

Billy era una persona muy blanca, pero ante tan grande susto, se había puesto del color de la cera.

— Por favor... no...

— ¡Honey! dijo una voz femenina desde la habitación

— What's going on? Era la esposa de Billy que se había despertado.

— Nothing! contestó éste.

— Please, stay there! y agregó en español.

— Yo voy con ustedes, pero a ella no la toquen, por favor...

— Ella no nos interesa, dijo el cabo, ahora perfectamente identificado con los asaltantes matutinos

— Solo queremos el avión, pero no arme alboroto, porque ella puede pagar su cuenta... ¡ah! Desconecte el teléfono.

En la oscuridad lechosa de la madrugada salieron los tres hombres, como si se tratara de buenos amigos, que tras una noche de farras, conversando, se dirigían al trabajo.

En el avión estaban tres hombres más, armados, que habían dejado maniatados a los otros Guardias del puesto.

— ¡Vámonos! dijo el que fungía de jefe

— Tenemos que poner combustible. Recordó

Billy.

— ¡Ya lo llenamos Comandante! Atajó uno de los tres que estaban esperando, además metimos una "caneca" como nos explicó.

Por lo que se podía ver, la operación había sido bien planeada, pero aún le quedaba una carta para no despegar todavía.

— Cónchale, lo siento... dijo Billy, pero olvidé la llave...

— Aquí está su llave... Cortó el Comandante estirándole la llave, -¡Vámonos!

Se montó el comandante en el asiento derecho, al lado del piloto y entre los asientos y el maletero, se acomodaron los otros cuatro hombres incluyendo el cabo.

— Aterrice en esa pista, fue la orden, pero en realidad ya estaban en finalesPariente, inquirió, ¿Cómo es la cosa?

— Que yo vi... y le contó toda la historia.

— Muchas gracias, dijo ceremonioso el Cabo.

Ciudadano, usted nos acaba de dar una información muy valiosa, nosotros vamos a tomar las acciones del caso, puede irse tranquilo... -¡Ah! ¿Cómo es que se llama usted?

— Ramón Pérez

— Ah, t'a bien Ramón, si los vuelve a ver me avisa, ¿Oyó?

— Bueno... y el humilde hombre salió del comando satisfecho porque había hecho lo correcto a su juicio.

— Mi cabo, Preguntó el Guardia que había recibido al indígena

— ¿Hago el parte especial para la Comandancia?

— ¡No! contestó el Cabo autoritario ¿Quién va a estar creyéndole historias como esas a esos indios tan inventadores?

— Pero mi Cabo...

— Quédate tranquilo, que yo los conozco como son de inventadores.

III

En la remota misión de la Tribal, que queda en la parte alta de la cuenca del río Hayamö, en el Alto Orinoco, John Gordon, un misionero, pacientemente está enseñando a dos indígenas a plantar semillas de tomates. Vive en esa remota

Despegaron, y pronto se perdieron entre la capa de nubes que a estas horas estaba pegada de los árboles.

— Yo también soy piloto- le dijo a Billy el Comandante - yo volaba Mirages en la Fuerza Aérea Colombiana, ponga rumbo 150 grados... y Billy, sin chistar, puso rumbo 150.

— ¿Hacia dónde vamos? Por fin preguntó, porque pensaba que estaba volando hacia Brasil.

— Ya te avisaré... fue toda la respuesta que obtuvo.

Cuándo el Comandante le dijo que eran colegas, y además piloto de combate, él, Billy, creyó que trataba de iniciar una conversación, pero ahora estaba comprendiendo que se trataba más bien de un aviso. Hecho el distraído, quiso manipular un sistema de radio con que estaba equipada la nave, para ubicar su posición en caso de secuestros o desastres, cuándo a través del audífono del casco le llegó la voz del comandante

— ¡Cuidado con lo que haces! Muchacho, no quieras hacerte el héroe, porque me vas a obligar a demostrarte que si soy piloto... desciende a mil pies...

— Billy, conocedor de la zona, a estas alturas del vuelo, ya sabía dónde estaba su destino, o mejor dicho, estaban aterrizando en la pequeña pista de la misión del Hayamö, que por suerte, o mala suerte, según como se viese, a esa hora estaba despejada. comandante había venido haciendo las reducciones y los ajustes al motor.

La pista era como otra de tantas pistas de la zona, especialmente para aviones pequeños, de los usados por mineros furtivos, de despegue y aterrizaje cortos. En las que se ponen ruedas en una cabecera y se alcanza a parar el avión en la otra cabecera.

El avión puso ruedas en el sitio preciso, pero cuando fue a frenar, un tronco que había sido atravesado en la pista, se les vino encima. Por solo acto reflejo, Billy, con su mano derecha, hundió hasta el fondo el acelerador y con la izquierda, tiró del comando con tal fuerza que se lo pegó del pecho, haciendo saltar al aparato como un caballo encabritado sobre el obstáculo, para luego caer como a diez metros más allá, pero dejó el patín de cola en el intento. Se detuvo el avión y salieron a tomar por asalto la casa. Todos debían estar durmiendo a esa hora, pero John no se encontraba. Por más que lo buscaron, solo hallaron a la asustada esposa, que les repetía que él andaba de cacería. Lo esperaron y no apareció como en media hora, pero como el día estaba avanzando, tendrían que apurarse, porque de aquí a la frontera, iban a tener que volar una hora y media.

— ¡Vamos! Se hace tarde, dijo de repente el comandante mirando el reloj. ¡Tráiganlas! Ordenó.

— No. Por favor... fue todo lo que la asustada mujer alcanzó a articular, pero sin recoger nada, la escoltaron hasta el avión. El comandante sacó el GPS de la nave, le programó unas coordenadas y se lo entregó a Billy.

— Dígale a Gordon, que si quiere ver vivas a sus mujeres, que vaya a esa reunión, solo y en tres días.

Sacó la pistola de 9 mm y apuntó a la cabeza de Billy, quién abrió los ojos desmesuradamente, sin comprender por qué lo mataría, si le acababa de dar un mensaje. De repente, giró la pistola y con una rapidez increíble, le metió una bala en el ojo derecho al cabo, quién sin saber nada, se desplomó con la mitad de la cabeza destrozada.

Entre todos quitaron el tronco de la pista, montaron la cola del avión sobre un tambor vacío, y se embarcaron.

El comandante, que si era piloto, y bien arriesgado, encendió el motor, lo aceleró a fondo, y cuándo soltó el freno, el avión dio un salto hacia adelante, la cola dio un golpe seco contra el suelo e inmediatamente se levantó y quedó suspendida. Despegaron sin problemas, pero todos, hasta la mujer que llevaban secuestrada, tenían los dedos cruzados y hasta entonces respiraron aliviados.

La nave puso rumbo 270 y en un vuelo que casi rozaba los árboles, cruzó la frontera hasta un aeropuerto clandestino, donde el problema sería ahora aterrizar sin romper el avión.

Cuando el avión estaba todavía en tierra, Billy, aprovechando un descuido, activó el radio posicionador del avión y nadie se había dado cuenta del detalle. Ellos, los del avión, necesitaban poner combustible del que llevaban, porque tendrían que volar unos cuarenta minutos más y la reserva no daba.

La nave dio una vuelta sobre una sabanita que se abría en medio de la selva, e hizo su aproximación. Puso ruedas sin problemas, pero cuando perdió velocidad, y aunque el piloto mantuvo el motor acelerado, al caer la cola y golpear el suelo, se desprendió, quedando colgada por las guayas de los mandos. El comandante sabía que esto podía ocurrir y ya estaba preparado. Apagó el motor y la nave se detuvo. Bajaron todos y en silencio, con la gasolina que pensaban equipar, le prendieron fuego.

— Bueno, dijo el comandante, de aquí en adelante, seguiremos a pie, más o menos una semana. -¿Cree que podrá caminar? Le preguntó a la asustada Vilma, quién calladamente lloraba u oraba, muy abrazada a su pequeña hija desde que comenzó todo.

El móvil de todo este asunto no era para pedir rescate, porque ellos, los guerrilleros, sabían que los misioneros gringos no pagan rescate, aunque ello significara la muerte para el secuestrado, pero ¡ah! Eran tan útiles, sobre todo gringos como este Gordon, que sabía de todo y sería buen sustituto del otro Gordon a quién habían tenido que eliminar, por haber reconocido al gringo de los lentes de montura dorada.

Entre tanto, en la misión, Billy explicaba por enésima vez como habían ocurrido las cosas, a la comisión que vino desde la base militar de la Parima, por petición de los misioneros de la Tribal quienes llamaron al comando de la ciudad, de ahí llamaron al alto mando. Cuando llegó la orden de moverse el viejo helicóptero Ranger, eran como las diez de la mañana. Para entonces los secuestradores estaban a cuatrocientas millas del lugar.

Gordon, desolado, no atinaba a pensar ordenadamente, se culpaba por haber dejado sola a su mujer. Aun sabiendo que esa acción se estaba planeando con anticipación, por aquel mensaje cifrado que recibió por la radio. Ahora, ¿Qué hacer? Tenía que acudir a la cita si quería salvar la vida de su mujer y su hija.

Por su parte, el jefe de la tribu y el brujo principal, apenados por el hecho de no haber defendido a sus amigos, la verdad era que ni siquiera se habían dado cuenta de lo sucedido, hasta que despegó la avioneta, cuando comenzó la movilización. Se llegó hasta la casa de la misión y le habló a John en su lengua.

— John, hermano, nosotros no supimos defender a tu familia, pero ahora te vamos a ayudar a buscarla. Vamos a hacer brujería para amarrar sus pasos adonde vayan y saber dónde están.

En el mismo helicóptero en que vinieron los militares, iban a trasladar al piloto de la avioneta, quién ante la avalancha de preguntas, estaba ahora más asustado que antes, pensando que ahora, parecía que lo querían inculpar a él.

Junto a la nave, cubierto con una sábana, estaba el cadáver del cabo asesinado.

Eran las dos de la tarde, ya los militares se habían llevado el cadáver y al piloto de la avioneta, cuando llegó una avioneta fletada por la Tribal para sacar a John Gordon de la selva.

Ahí, al final de la pista, estaban los indígenas de la tribu, un grupo de los más connotados guerreros, con armas y pinturas de guerra, listos para la expedición de rescate.

— John Gordon, dijo el jefe de la tribu, nosotros queremos ir contigo, pero avión muy pequeño y nosotros...

— No. Atajó el gringo, -Esto es asunto mío, yo voy solo.

— No puedes ir solo, John Gordon, replicó el jefe, nosotros...

El gringo no quería comprometer la seguridad de esas gentes sencillas, que de luchar a su lado, lo harían en tal desventaja ante las armas modernas de los guerrilleros, que serían más bien, un estorbo. Y él, John, no estaba dispuesto a cuidar parientes ahora.

La decisión de los indígenas era tal, que en vista de que no cabrían todos en el avión, se montaron solamente dos de ellos. El Jefe y el brujo, los dos principales de la

tribu. Se quedaron sentados con todo y sus flechas, embadurnando los asientos de la nave con la pintura de onoto que tenían en el cuerpo.

Por más argumentos que esgrimió el misionero, no fue posible hacer salir a los decididos guerreros del avión.

Finalmente, con los pintados guerreros, despegaron con rumbo 270; buscando las coordenadas señaladas en el GPS dejado por los captores. Los pasajeros, pensativos, no hablaban. Cada uno con su propio pensamiento. En los asientos posteriores, los indígenas, muy serios.

V

A la orilla de un riachuelo, habían tenido que detenerse porque la mujer y la niña estaban extenuadas.

— Aquí vamos a pasar la noche. Dijo el comandante, pensando, que el único verdaderamente peligroso, capaz de seguirlos era John Gordon. Porque tenía las coordenadas del sitio donde por mala suerte había quedado la avioneta quemada, pero el comandante no lo esperaría sino hasta dentro de tres días, para entonces, tendría el recibimiento que merece, porque la verdad era que el campamento solo estaba de ahí a una jornada de camino. Lo único mal en sus planes, era la pérdida del avión, pero ya conseguirían otro. En realidad, la seguridad en la frontera, era tan poca que en cualquier momento podían conseguir uno. Lo que los movió tan lejos de la frontera fue la necesidad de capturar al gringo.

Uno de los hombres capturó algunos pescados, otro hizo un fuego para asarlos, Vilma, por su parte, abrazaba a la pequeña y lloraba calladamente como resignada a lo peor. Desde que vio asesinar a sangre fría al cabo, no se atrevía a hablar.

— Señora, le advirtió el comandante, no vaya a querer intentar escapar, porque aquí abundan las culebras ponzoñosas, además, añadió. -Si se nos pone muy difícil... y gráficamente, pasándose el dedo índice por la garganta, le mostró lo que pasaría. A ella no le cabía la menor duda.

VI

La sabana estaba todavía ardiendo en una parte por el incendio que se produjo al quemarse la avioneta, cuando un hombre y dos indígenas ataviados con pinturas de guerra, abandonaron un pequeño avión que los condujo hasta el sitio, y luego despegó “rumbo a casa.” El hombre iba armado con un fusil AK44, una pistola de señales, puñal Brewer. Vestía una sencilla chaqueta de lona sin mangas, pantalones de mezclilla, botas de campaña y una cinta atada a la frente, para sostener el cabello. John Gordon se había transformado en una máquina de las que solo se ven en las películas de Rambo y que uno no es capaz de creer que existan, un auténtico Ranger capaz de infiltrarse en las líneas enemigas y combatir al enemigo desde adentro.

Los guerreros indígenas, rápidamente se dispersaron por la orilla de la sabana buscando huellas, mientras Gordon examinaba por enésima vez el GPS para comprobar que las coordenadas programadas correspondían con las del lugar donde se

encontraban. Ya habían revisado los restos del avión y no habían encontrado indicios de tragedia, que fue lo primero que temieron que hubiese sucedido. Ahora, uno de los indios venía corriendo con un pedazo de tela azul que debió desprenderse de algún traje de mujer y lo mostró a John.

- Yo encontré huellas de gente y este pedazo de tela, debe ser de tu mujer.
- Vamos a ver, dijo el gringo, a la vez que llamó.
- ¡Pajarito!... vente, nos vamos de aquí.

El tal Pajarito era un reconocido brujo, quién junto con Gavilán, el otro guerrero, eran un par con fama de ser bravos, que se habían hecho amigos del gringo y ahora estaban aprendiendo a leer con él, además de estar oyéndole su predicación, aunque no acababan de entender como un hombre tan valiente como Jesús, se había dejado clavar en un madero, para pagar las culpas de quienes lo clavaban y también las de ellos. Ese asunto hacía pensar a Pajarito y a Gavilán, y en esto estaban de acuerdo, que ese hombre era bueno, pero estaba loco, el gringo, claro, mientras no hiciera daño a nadie, podía vivir, y vivir ahí, en su casa, cerca de la tribu. Solo que ahora ellos, por no saber, se habían dejado robar la mujer del amigo y se sentían culpables, aunque no era su problema.

A menudo ocurría entre ellos también, que de repente aparecían enemigos de otras tribus y se robaban algunas de sus mujeres. Entonces era una buena razón para guerrear.

Porque las mujeres son tan necesarias... pensaba Gavilán.

- *Siembran el conuco, lo limpian, cosechan, hacen el casabe, crían a los hijos y de noche... bueno, también pescan.* Mientras olisqueaba una hoja que había sido quebrada.
- ¡Esta mañana! dijo mientras enseñaba la hoja.
- Desde luego que fue esta mañana, dijo el gringo para sí.
- No deben estar muy lejos, dijo Pajarito

Los indígenas se miraron entre sí y corrieron al unísono por el monte hasta perderse de vista. El gringo trató de seguirlos, pero no pudo, y cansado se sentó a descansar al pié de un árbol. La preparación física a que él se había sometido, no había sido suficiente.

Cuando Pajarito y Gavilán estuvieron seguros de que John Gordon no los seguía por la selva, se detuvieron y del fondo de las toras, donde guardaban las puntas de flecha, sacaron sendos envoltorios de raíces y tallos de plantas, y como si hubiesen estado de acuerdo previamente, seleccionaron una raíz en forma de garra y comenzaron a rasparla, una vez que hubo suficiente raspadura, uno de los dos buscó una hoja grande, capaz de servir de cuenco, mientras el otro cortaba una liana de agua y la escurrió en el cuenco formado por la hoja. Una vez con agua, vertieron el raspado de raíz de garra de tigre, masticó una hoja que también llevaba en la toga y la escupió en el cuenco. Luego, apresuradamente como habían hecho toda esa preparación, se tomaron el brebaje y se sentaron al pie del árbol donde estaban. Un sopor los invadió y un sudor frío comenzó a cubrirlos, el sueño parecía dominarlos cuando de pronto, se vieron convertidos en tigres. Dos hermosos ejemplares de tigre pinta menudita que son los más feroces, y como si entre ellos hubiese una comunicación más allá de las palabras, emprendieron veloz carrera en persecución de los fugitivos.

En la orilla del riachuelo donde habían establecido el campamento, ya era noche cerrada, aunque había una humedad agobiante, hacía frío, un frío que hacía sentir la ropa mojada y pegajosa. Además de que los mosquitos azotaban como arena, para saciar su voraz apetito. La niña dormía ahora abrazada a su madre, mientras ésta velaba acurrucada junto al fuego que habían encendido para alumbrarla y calentarla.

El silencio en la selva, a esa hora, era casi total, interrumpido aquí y allá por algún chirrido de insecto o el canto de algún ave; pero todo se fue quedando en un silencio cada vez más profundo, hasta que fue un silencio total. Todos notaron este cambio y sintieron como un frío sepulcral se apoderaba de todo. Sus cuerpos, el ambiente, aire, fuego... Sentado en un tronco frente a la asustada Vilma, El Comandante la miraba sin ver, mientras, llenaba una vieja pipa de maíz que no encendía.

Un grito y un rugido quebraron el espeso silencio nocturno.

- ¿Qué pasa? Preguntó El Comandante
- Fue el compañero Veneco, contestó alguien que ya se movía en dirección del grito.

Una linterna de mano con baterías débiles alumbró en esa dirección cuando algo con fuerza descomunal golpeó a quién la sostenía y lo batió contra los árboles, mientras que emitía un gruñido, esta vez, más profundo, que el anterior. Todo estaba ocurriendo tan rápido que los hombres no alcanzaban a reaccionar, solo el comandante alzó la Uzi y vació el cargador apuntando hacia el lugar de donde provinieron los rugidos, secundado por los otros guerrilleros que se replegaron hacia el lugar donde estaba el Comandante. La asustada mujer apretaba contra su pecho a la niña, que lloraba desesperada al no alcanzar a entender lo que estaba ocurriendo, pero el ruido de los disparos ahogaba los gritos. Todo quedó en silencio.

VII

Gordon recuperó el aliento y reanudó camino, pero esta vez caminando, aunque a paso rápido. Iba a la vez rastreando las huellas de los fugitivos que le llevaban bastante ventaja. Contaba con que ellos, los fugitivos, no lo esperaban todavía, sino hasta dentro de tres días. La noche lo alcanzó caminando y no pudo alcanzar siquiera a los indios, que se habían desaparecido. Definitivamente, no estaba en forma.

— *¿Quién me diría que los trajese?, no debí traerlos; ellos no conocen esta selva y a lo mejor se pierden...*

Estos pensamientos se agolpaban en la mente de Gordon. Se buscó un árbol donde dormir. Cuando encontró el que le pareció apropiado, con agilidad casi felina, se trepó hasta una horqueta como a diez metros del suelo y se preparó a pasar la noche. No había peligro de lluvia, porque era la estación seca, era el mes de Marzo.

Cientos de pensamientos cruzaban su cerebro, pero se dio ánimo sabiendo que era a él a quién querían, no a su familia. Sin poder conciliar el sueño. Como a las diez de la noche escuchó las ráfagas de ametralladora y tan rápido como se subió al árbol, se bajó y con una pequeña brújula de bolsillo, tomó el acimut de los disparos, luego otros disparos, después silencio. Orientado por los tiros y pensando lo peor, salió por ese rumbo, pero

ahora iba convertido en una especie de robot, programado para búsqueda y destrucción del enemigo.

VIII

— ¡Vamos! vamos a ver qué fue lo que atacó a esos camaradas. Señora! - le dijo a la asustada mujer que lloraba junto a su hija, Quédense ahí junto al fuego, que nosotros vamos a ver qué fue lo que les pasó a esos hombres.

— Por este lado estaba el Veneco guardiando, vamos a ver - dijo uno de los hombres. La débil luz de la linterna alumbró el camino, que ya conocían desde temprano. Cuando llegaron donde estaba el compañero se quedaron horrorizados por lo que vieron. El llamado Veneco había sido virtualmente destrozado; la cabeza tenía dos orificios en la frente, por donde fluía una materia sanguinolenta que parecía masa encefálica. En la cara una expresión de terror, el cuello roto, el abdomen abierto y parte de los intestinos afuera.

Al comandante le sobrevinieron arcadas, aun siendo un hombre acostumbrado a ver cuadros atroces. “*Pobre hombre*”, pensó para sí, veamos el otro ordenó, y mientras caminaban se preguntaba que animal podría haber atacado con tanta saña.

— ¿Qué animal será capaz de hacer eso? -Preguntó por fin, en voz alta.

— No sé, contestó uno, parece tigre, pero los tiros deben haberlo ahuyentado.

Llegaron donde estaba el otro cadáver; el cuadro era tan atroz como el anterior. De nuevo el comandante sintió arcadas y sin poderse contener se apartó a vomitar.

Arrástenlo hasta donde está el otro cuerpo. Por la mañana los enterramos. Recojan los fusiles y los traen a la hoguera; tenemos que mantenernos unidos, voy hacia donde tenemos la mujer quién era perfectamente visible desde donde estaban.

Se sentía el sonido de un cuerpo al ser arrastrado sobre la hojarasca y el Comandante iba llegando a la hoguera cuando otro grito, y otro más de los dos hombres que gritaban desesperados.

Sin más, el Comandante accionó la Uzi hacia donde provenían los gritos, pero la respuesta fue silencio, entonces gritó.

— Quien quiera que sea, dé la cara!

— Quien quiera que sea, dé la cara! - repitió el Comandante, y agregó: Estoy yo solo, máteme, pero dé la cara. Salga o las mato - y movió la Uzi hacia la mujer secuestrada que apretó a la niña contra sí ante el temor de morir y abrió desmesuradamente los ojos.

De pronto, de la oscuridad salió a la luz un enorme y hermoso tigre de los llamados pinta menudita y se le paró enfrente.

Lentamente, el Comandante, fue levantando la Uzi hacia el hermoso y sanguinario animal hasta que desde la cintura oprimió el gatillo. Fue cuando se dio cuenta que el proveedor de cartuchos se le había terminado; no tuvo tiempo de cambiarlo, el felino, de un salto, le cayó encima, aplastándole la cabeza entre los afilados colmillos, y mientras por los agujeros dejados en el cráneo, brotaba masa encefálica, de un certero manotazo le rasgó la camisa y le abrió la barriga a la vez, como si hubiese sido hecho con un afilado cuchillo, por donde salieron, brillantes, como dos metros de intestinos que inmediatamente se llenaron de sangre.

Ante tal espectáculo, la aterrada mujer emitió un grito ronco y desgarrador que parecía salido de la más profunda locura de una persona, mientras le tapaba los ojos a la niña para que no viese aquel espectáculo tan macabro; tal vez pensando que ella sería la próxima víctima de tan hermoso animal. Fue entonces cuando apareció el otro animal. Ante su presencia, el primero pareció reponerse de su furia y fueron a sentarse frente al fuego.

Vilma quería orar, pero su mente no alcanzaba a hilar una oración coherente, solo podía decir:

— Señor... Señor...Señor...

La asustada mujer, tratando de orar, se acercó al fuego y asió un leño encendido, pero los felinos no se movieron de donde estaban; hasta que uno de ellos, se paró y caminó hacia ella, tal como se acercaría un gato mascota de una persona. Temblando de miedo, Vilma no se atrevió a mover el leño encendido y el tigre le rozó una pierna con su costado, pasándole la dura, pero de suave pelaje cola por las piernas, luego, cual gato, se regresó ronroneando juguetón y empujó su cabeza hacia la niña, quién inocente, le rascó detrás de las orejas.

— Ji,ji,ji,...

Era entonces la risa infantil que parecía agradarle al enorme gato, hasta que sin más aviso, al unísono, de un salto, se perdieron en la oscuridad cada vez menos oscura de la madrugada.

IX

Casi a la carrera por la selva y tropezando con las ramas y bejucos, usaba la linterna para excitar la pintura fosforescente de la brújula cuando oyó nuevamente los disparos en ráfagas, esta vez más cerca, entonces redujo la velocidad. Caminando lo más rápido que pudo, pero con extrema cautela, se acercó lo suficiente para identificar los disparos. Primero tiro a tiro, luego una ráfaga.

— *Una Uzi!* - pensó.

Luego oyó el grito desesperado de un hombre, para luego oír el grito enloquecido de su propia mujer. Si se hubieran podido ver sus facciones en la oscuridad, no se habría podido adivinar la tormenta que azotaba en su cerebro, pero no se debía precipitar, y para eso fue entrenado en Indochina. Se acercó con sigilo, cuando dos figuras, más bien dos sombras, pasaron junto a él en sentido contrario; no las alcanzó a ver, solamente las sintió pasar, se sobresaltó. pero ya se alcanzaba a ver el fuego de la hoguera y se podía oír el llanto de la mujer y la niña.

— Gracias a Dios están vivas aún, y más allá de las mujeres, un cuerpo yacía boca arriba, con los brazos abiertos en cruz.

La luz de las llamas daba un aspecto fantasmagórico a la escena. Sigilosamente se acercó a su mujer, protegido por la sombra que ella misma proyectaba. Se mantuvo detrás de ella sin hacer ruido casi por veinte minutos, hasta que pudo darse cuenta que estaba sola. Por entre las ramas de la selva, se alcanzaba a distinguir la claridad lechosa

de la madrugada. Ella lloraba y abrazaba a su pequeña hija, pensaba en lo que sería de ellas, solas en ese monte y con dos enormes tigres rondando.

— ¡Pshh! ¡Pshh!,

Oyó ella que le hicieron desde la oscuridad y volteó asustada, pensando que serían nuevamente los tigres.

— ¡Oh! - exclamó.

Sus ojos no podían creer lo que estaban viendo, era su esposo, pero no era el mismo hombre con quién estaba casada, era un soldado.

— ¡Papi! ¡Papi! - exclamó su hijita alegre,

— Yo sabía que tú ibas a venir.

Apresuradamente Vilma le contó lo sucedido con los tigres que misteriosamente aparecieron, acabaron con esos hombres, ahora pobres hombres, uno de ellos, los tigres, que se acercó a la niña, ronroneando como un manso gatito y luego de haber permanecido sentados junto al fuego por varios minutos, que a Vilma le parecieron horas, desaparecieron como por encanto.

En la madrugada de la selva tropical cantó una gallineta, anunciando la llegada del día. Más allá, a lo lejos, un paují trasnochado, dejó oír su canto ronco y pujoso. Poco a poco la selva fue recobrando el sonido, la luz y el color. Fue cobrando vida. Cuando aclaró el día, ya los cadáveres de los cinco hombres habían sido quitados de la vista de la niña, para evitar que ésta, al verlos, sufriese el impacto de ver cinco cadáveres destrozados por un feroz y cruel ataque de felinos.

Con ramas, hojas y piedras, John los cubrió lo mejor que pudo, aunque al último cadáver que encontró, el del Veneco, le habían llegado dos morrocoyes que ya estaban empezando a halar un pedazo de intestino.

Cuando estuvo listo el piadoso acto de cubrir los cadáveres, para evitar que las alimañas los devorasen, se pusieron en camino.

Dos figuras ataviadas con pinturas de guerra se acercaban por el camino; eran Gavilán y Pajarito que celebraban que el gringo loco y su mujer y su hija estuviesen bien.

— No hermano Gordo, le dijo Pajarito, nosotros agarramos camino equivocado y tuvimos que dormir en un árbol. Esta mañana fue que encontramos este camino y pensábamos que te podía pasar algo malo solo.

— ¿Verdad Gavilán?

— ¡Uhú! - fue la respuesta del llamado Gavilán.

— ¿Y cómo está mi niña con cabellos de barba de maíz? - le preguntó a la niña que lo abrazó cariñosa, pintándose una mejilla con onoto del que tenía embadurnado todo el cuerpo. Cuando la abrazó, le ronroneó al oído como hacen los gatitos cariñosos.

— Ji, ji, ji - fue la inocente respuesta de la niña

— Bueno, dijo John Gordon, vámonos a casa, blandiendo el GPS en su mano derecha.

ROBERTO EL RABIPELADO.

Asustado por la sequía, la falta de comida, ya famélico, Roberto decidió que tenía que moverse hacia un lugar más fresco, en donde hubiese agua y comida, porque si seguía en el chamuscado bosquecito donde residía, se moriría de hambre, o sed.

Roberto era un rabipelado que había nacido y crecido en el cerro “El Diablo”, donde antes había abundante comida, porque en los alrededores siempre estaban criando pollos gordos y se podía llegar hasta los morichales cercanos sin el menor peligro. Quizá algún perro llegaba a ser un peligro, pero esos se podían controlar.

Un día, asustados los animalitos del bosque, vieron desde la espesura como iba subiendo una enorme cosa que rugiente hacía temblar el suelo del cerro, hasta la cumbre, lugar donde la madre de Robertico había hecho su madriguera con hojas que amorosamente había entretejido con ramitas secas en la copa de un frondoso árbol. Roberto no recordaba como en esa oportunidad su madre, muy asustada, los enganchó a su útil cola y salió a toda velocidad, mientras la feroz máquina hacía trizas su árbol y echaba por tierra su hermosa casa. Cosa que después, ella misma no alcanzaría a entender cómo logró salvarse y salvar a sus pequeños, porque esa oportunidad, la señora tragavenados, que se había quedado dormida al abrigo de un fresco tronco podrido sucumbió aplastada por las orugas de la poderosa máquina, que sin la menor piedad, dejó pelada y aplanada la cumbre del cerro. Luego, pudo presenciar como levantaron edificios en la cumbre. Después pudo ver como muchas máquinas grandes y pequeñas subían por la vía que hicieron cargadas de personas que iban y venían. Poco tiempo más tarde, siendo ya Robertico un hermoso joven rabipelado, pudo ver con curiosidad, como enormes máquinas aplanaban la sabana y surgían bellas avenidas, a los lados de las que como por arte de magia, aparecían casas y edificios de lo más bonitos. Lo único que a Roberto no acababa de gustarle, eran esos ladridos que lo asustaban, y cuando él se asustaba, la pelada cola se le ponía tan tiesa que no le servía para nada, pero por lo demás, a él no le importaba mucho, con tal que hubiera comida.

Pronto comenzaron a ocurrir accidentes. Un día, doña Iguana intentó ver de cerca una línea blanca que se veía entrecortada en la calzada negra y una máquina la aplastó; desde entonces, siempre ocurrieron los accidentes de este tipo, pero Roberto, el rabipelado, siempre se mantuvo al margen de todo eso, total, a él esas cosas nunca le gustaron.

Un día, comenzó a sentir la necesidad de salir del cerro para conseguir agua, porque unos muchachos de esos que hacen gomeritas para matar pajaritos, prendieron un fuego y la seca foresta se prendió como fósforo, ese incendio dio al traste con las posibilidades de obtener agua de las plantas, además de que cada vez los alimentos, estaban más escasos y la sequía mas fuerte, apenas despertó se puso en camino, pero con tan mala suerte que fue a dar a un patio de donde salía olor de agua fresca, que se botaba por un

tubo roto, y también habían dos enormes perros, que más con susto, por el extraño animal con que se acababan de encontrar, que por propia agresividad, se pusieron a ladrar como locos, haciendo que Roberto se desmayara del susto también.

El dueño de la casa retiró los perros, que alegres por la pieza cazada la olisqueaban curiosos y la metió en una caja de cartón vacía y la llevó hasta el cerro, donde con cuidado, vació su contenido, pegando un brinco, al comprobar que Roberto había recobrado el sentido. En realidad, solamente se estaba haciendo pasar por muerto, pero siempre estuvo bien despierto y salió disparado cerro arriba otra vez, respirando hondo por haber salido bien librado, pero sin tomar agua aún.

Pasó toda esa noche deambulando por ahí, pensando en la forma de conseguir un poco de agua, solamente un poco... Si consiguiera un poco de comida, para no morir de hambre, pero eso iba a ser difícil, por ese lado no iba a encontrar ni una cosa, ni otra, porque los muchachos... y los pájaros se habían mudado para otras partes y no iban a dormir en árboles quemados, quizá por el otro lado, pero ya él se sentía muy débil, tanto que no le quedaban ni siquiera fuerzas para hacer teatro. Tenía que lograrlo de todas maneras, o morir en el intento. Cuando el sol se puso, se decidió a cruzar la trampa negra para irse al morichal primero a beber agua, ya no aguantaba la sed, luego ya vería que hacer. Sigilosamente se llegó hasta la orilla de la acera, caminando agachado por la orilla del pajar que todavía no se había quemado, luego se mantuvo agazapado todavía un buen rato, hasta que vio que no había peligro; algo le decía que si lograba pasar se salvaría. Por fin decidió aventurarse y se adentró en la calzada negra; era más ancha de lo que parecía, o era que ya las piernas no le daban. Cuando ya casi alcanzaba la raya blanca, vio una de esas máquinas que con los ojos brillantes, que lo cegaban, se le echaba encima a toda velocidad, él, Roberto, en un intento por enfrentar el ataque, o por tratar de asustar a esa cosa, se paró sobre sus patas traseras y mostró feroz los afilados dientes, pero la brisa que dejó la rápida máquina cuando pasó, casi lo hizo rodar, lo dejó tan desconcertado que no alcanzó a percibir que otra máquina también con los ojos brillantes se le vino encima y esta vez no la pudo esquivar.

Al otro día, el dueño de la casa donde habitaban los miedosos perros, vio el cuerpo de Roberto, que aplastado por las ruedas de varios carros yacía en medio de la calzada, casi enfrente de la entrada del Centro de Investigaciones construido en la cumbre del cerro. Inexplicablemente, la pelada cola de Roberto estaba erguida todavía, tiesa como una aguja sobresaliendo del pavimento.

LOS GATOS.

En la casa de doña Leo, había muy buena atmósfera, se respiraba un aire de bondad, amor que hacía que cualquier persona que entrase en contacto con esa familia en esa casa, quisiera permanecer el mayor tiempo posible en ella.

Así también lo percibieron los gatos callejeros del lugar, que comenzaron a llegar y a multiplicarse cada vez más. En la medida en que los gatos se multiplicaban y se hacían más numerosos, la familia de doña Leo se arruinaba más y más. En la medida que se arruinaban más, comenzaron a aparecer enfermedades extrañas en la familia; los hijos de una de las hijas de la doña, aparecieron de pronto con una enfermedad que les afectaba el cerebro, toxoplasmosis, que la transmitían los gatos. Estos animales eran tantos y estaban aparentemente organizados, que ellos supervisaban todas las actividades que se realizaban en esa casa. Uno supervisaba cuando cocinaban, otro vigilaba a la persona que cosía un vestido, otro miraba paciente a los niños jugar. Y no era extraño que alguien sentado en una poceta, viese a un gato indolente, que se acicalaba descuidadamente, como si nada. Todo era una invasión de gatos. Los había blancos y hermosos, negros, pintados, de los más hermosos colores y pelajes, todos parecían haberse posesionado de la casa. Ya era un problema la cantidad de gatos, si sobraba comida, los gatos se la comían, habían llegado hasta el colmo de abrir la nevera para robarse un pollo o algo de carne. Una cosa si era positiva, que no había ratones por los alrededores. Pero de pronto era posible encontrarse con un pequeño montoncito de tierra, que al pisarlo, se convertía en algo pegajoso y maloliente que es el excremento de gato.

— Pà bachaco chivo - ijo Don Silvano, dueño de la casa y patriarca de la familia.

— *Si funciona con bachacos, deberá funcionar con gatos... P'a gato... perro.*

Al día siguiente, dos hermosos cachorros de Doberman lloraban en una caja de cartón pidiendo leche y solícitos los niños, atendían a los animalitos que apenas comenzaban a abrir los ojos.

Esa noche, los perritos lloraron como llora un cachorro cuando tiene frío y miedo por la noche.

“Tienen que acostumbrarse”, pensaba don Silvano, con un poco de sueño, que no alcanzaba a querer incorporarse del chinchorro de algodón Maquiritare donde estaba durmiendo. Hasta que los cachorros dejaron de chillar y don Silvano se quedó dormido nuevamente.

Por la mañana temprano los niños se levantaron para jugar con los cachorritos, pero no estaban por ningún lado. Por más que los buscaron, no fue posible encontrar ningún cachorro. Toda la mañana anduvieron preocupados por los cachorros, pero parecía que se los había tragado la tierra, no los hallaron.

Don Silvano pensó.

“¿Sería que los gatos se los comieron?”

Y con esta duda pasó todo el resto del día.

“¿Cómo puede ser posible que los gatos hayan matado a los cachorros? ¿Será que se los comieron?”

Cuando don Silvano se fue a dormir, ya tarde en la noche, unas gotas de líquido viscoso que caían del techo, mojaron su cara y salpicaron las sábanas. Sobresaltado, se levantó de la cama y encendió la luz. Un grito ronco y ahogado salió de su garganta al ver las sábanas y almohadas bañadas de rojo, que inmediatamente él adivinó que era sangre.

— ¿Qué es esto? - se preguntó en voz alta. En ese momento, una de sus hijas entró corriendo al cuarto alarmada, porque el grito de don Silvano la había despertado, y ella pensó que algo le ocurría. Ahora era ella, la hija, quién con los ojos bien abiertos preguntaba con voz entrecortada.

— ¿Pppero, que pasa? ¿Papá, que te pasó?... esa sangre... tu cara...

Entonces, don Silvano sintió que entraba en su boca algo del líquido que manchaba su cara... era sangre. Ahora el terror se dibujaba en los rostros de ambos, padre e hija se miraban asustados, y ella se abalanzó hacia él para tocarle preguntándole:

— ¿Qué te pasó?

Y angustiada lo palpaba para saber si estaba herido. Él, sin hablar, señaló hacia la cama y fue cuando se dieron cuenta que del techo caían todavía gotas de sangre sobre las sábanas que teñidas de rojo, hacían que la cama fuese odiosa.

¡Eso es sangre! - dijo la hija de don Silvano, con la voz en un hilo.

— ¿Qué está pasando?

Don Silvano sacó una linterna de un cajón y salió al patio, en medio de una multitud de gatos que se apartaban a su paso. Se montó en un tambor vacío donde recogía agua de lluvia; para alumbrar el techo y para sorpresa suya, vio el cadáver a medio comer de uno de los cachorros perdidos. La expresión de rabia de don Silvano, fue tal que se tiró del pipote y la emprendió a patadas contra los gatos, que ágiles, se apartaban de las patadas que les tiraban, como riendo de una actitud infantil de un humano maduro.

— Vámonos de aquí - dijo a su hija - vámonos todos ahora.

— Pero papá ¿cómo nos vamos a ir a esta hora? ¿Para adonde?

— ¡No sé! Para donde sus hermanas, esto ya no lo aguanto.

A esa hora comenzaron a recoger los pocos enseres que les quedaban.

Temprano en la mañana, Lucas Pereira, yerno de don Silvano, vino a saludar a los suegros y encontró que estaban recogiendo los corotos y preparando mudanza.

— Bueno, ¿y es que se van? ¿Qué pasa aquí?

— Lo que pasa... y don Silvano le echó el cuento de los gatos y la forma como se iban desarrollando los acontecimientos.

— Bueno suegro, no hay que mudarse por eso - le contestó Lucas - vamos a matarlos con una escopeta que tengo, por lo menos los que podamos. Déjale uno a los zamuros y los demás se ahuyentan solos - dice el dicho.

Por último le dijo, ya saliendo:

— Ahorita regreso, voy a buscar la escopeta y les prometo que en menos que canta un gallo...

En efecto, Lucas regresó con la escopeta y una caja de cartuchos de perdigones, pero cuando buscaron los gatos no había ni uno solo. Lucas estuvo toda la mañana y parte de la tarde, pero no fue posible ver ni tan siquiera uno. A eso de las cuatro de la tarde, Lucas decidió regresar a su casa. Se despidió en voz alta y salió en su camioneta. Apenas hubo salido, comenzaron a salir los gatos de todos los rincones del patio, el techo, desperezándose, ante la mirada atónita de las personas de la casa, quienes no querían creer lo que veían sus ojos. Parecía que los animales sabían lo que los humanos hablaban y hasta pensaban, porque además, parecían estar pendientes de lo que la gente hablaba. Al cabo de cinco minutos, un carro se detuvo en la puerta, era Lucas que regresaba.

Cuando vio la invasión de gatos, cargó la escopeta y disparó, pero solo lo hizo una vez, porque los enfurecidos animales le brincaron encima y prácticamente lo cubrieron, Lucas gritaba desesperado, pero todo fue tan rápido que no dio tiempo para que los atónitos familiares pudiesen hacer nada para ayudar al infortunado Lucas, quién cayó al suelo envuelto en un gran charco de sangre que fluía de su cuello todo mordido para quedar quieto, con unas cuencas que alguna vez contuvieron ojos, muy abiertas.

Cuando vino el Forense, certificó muerte por desangramiento debido a un ataque de felino que le cercenó la yugular, con pérdida de los ojos, lengua, orejas, nariz.

Después del sepelio, la familia empacó sus cosas y abandonaron la casa. Se mudaron para la casa de una hija que ahora era viuda, la viuda de Lucas.

Hoy en día, la otrora hermosa casa de la familia de don Silvano, casa donde daban ganas de quedarse a pasar un buen rato, se ha convertido en una casa abandonada, habitada por cientos de gatos de los que por las noches se escuchan los maullidos, en espera de otra casa con buenas vibraciones.

LA VIEJA PONEDORA.

En una inmensa incubadora para 10.000 huevos, de la American Egg Company, después de veintiún días nació una nidada de pollitas rojas, que irían a constituir el relevo de la cada vez más floreciente industria ovícola del país, la crianza de las pollitas, totalmente mecanizada, las conducía hacia la madurez, sin saber nada que no debieran saber, solo que ellas serían parte de una poderosa máquina de producir huevos, y ellas deberían ser la parte emblemática, el motivo de orgullo, orgullosas de pertenecer a esta empresa. Todo se desarrollaba plácidamente, comer, dormir, crecer, crecer, comer, comer, comer. Cuando le fue quemado el pico, como parte de una profilaxis para evitar el canibalismo, el dolor lo mitigó comiendo.

Llego el día que fueron destinadas a sustituir un grupo gigantesco de ancianas que ya no producían, y que iban a ser destinadas a desecho. Ellas se lo merecían, eran un grupo que se había vuelto despreciable y eso lo veían ellas como la muerte, necesaria para que la fabulosa empresa se mantuviera en vigencia. Aquí era donde ella intervendría poniendo un promedio de 1 huevo por día durante un periodo de unos 450 días.

En la placidez de la factoría, solo se conocían, y solo profesionalmente, las habitantes de las jaulas más cercanas. La del frente, la de la derecha, la de la izquierda, arriba solo se oían las voces de las habitantes de esos departamentos, igualmente las de abajo. La comida era siempre la misma, excelente calidad, agua en abundancia, todo muy limpio, donde los huevos al nacer, rodarían sin sufrir daño hasta un punto donde se concentraban para luego ser empacados y distribuidos a los mercados.

Todas estas gallinas habían crecido sin recibir daño alguno, más que cuando le quemaron el pico, y eso era por su propio bien, también una que otra vacuna.

Su vida fue un constante comer y poner huevos durante mucho, muchísimo tiempo. La noción del tiempo se le perdió entre tanto huevo, pues no había noche en aquel enorme espacio, unas enormes lámparas, se encargaban de mantener iluminado el tiempo y el espacio. Tal era la monotonía que ya ni se recordaba de aquellos tiempos de polla, no le daba tiempo ni siquiera para pensar en mañana, pues debería cumplir con su cuota de 1 huevo, para no ser el hazmerreír de las demás vecinas que siempre estaban haciendo chistes sobre ella, que si su cresta era más parecida a la de un gallo, que si las barbas eran demasiado rojas, que si su huevo era demasiado duro, que si su comida no le duraba mucho, que si tal, que si cual, total siempre había un motivo por lo que la criticaban.

Después vino la fiebre aviar, con la mortandad en las granjas. Los directivos de la compañía quisieron sacrificar a toda la población de gallinas, para intentar frenar la epidemia, pero como todo, murieron muchas de mis hermanas, pero yo sobreviví un año más. Luego el estrés y las depresiones me hicieron reducir la postura, o sea, me estaba llegando la edad de jubilación y debería ser sustituida por gallinas jóvenes, para mantener el volumen de postura, total, yo solo era alguien utilizado por un fin y un tiempo

y eso estaba llegando a su fin. Unas hermanas gallinas opinaban que luego de ser jubiladas íbamos a pasar a vivir a un sitio donde estaríamos bien alimentadas y ya no tendríamos que poner más huevos, un sitio donde pasaríamos nuestra vejez de la manera más tranquila, otras opinaban que seríamos convertidas en alimento para las más jóvenes, yo pensé que era mejor esperar a que los acontecimientos se dieran, para ver que iba a ser de nosotras.

Una noche empezaron a ponernos de a ocho en unas cajas de plástico como jaulas, que iban apilando en un pasillo, luego unos humanos nos cargaron en un camión, apilando cajas sobre cajas. Yo quede junto con otras siete en medio de la carga, donde la humedad y los malos olores casi no me permitían respirar, y debía estar pendiente para que las de más arriba no defecaran sobre nosotras, o sobre mí, Si íbamos a un sitio de descanso, nos estaba llevando de muy mala manera.

Durante el viaje, casi agradecí el hecho de que fuéramos en la parte del centro, porque dentro del caos reinante, alcanzaba a escuchar los reclamos de las gallinas que iban en la parte de arriba, con la brisa helada que estaba pegando casi se congelaban

Y las que iban en la parte inferior, casi no podían respirar por el calor que generaba el montón de cajas de encima, más la parte de la lámina caliente de la plataforma del camión. Hasta que nos llevaron a un sitio donde muy de madrugada nos bajaron del camión y apilaron las cajas en el suelo. Fueron unas nueve o diez horas que estuvimos viajando, pero llevábamos como unas doce sin probar comida ni agua. Las más débiles estaban comenzando a sufrir desmayos por la falta de agua, pero allí estaba yo, bien fuerte todavía, un poco asustada porque dentro de mi jaula habían fallecido dos de mis compañeras que no habían soportado el viaje, bueno ellas habían estado llorando de miedo todo el viaje y creo que más bien fue el miedo lo que las mató, su corazón no pudo con tanto estrés.

De pronto nuestra caja fue levantada hasta la parte superior del montón y abrieron la puerta y me tomaron por las alas y me levantaron junto con otra compañera. Bien sudadas que estábamos y cubiertas con excremento, pero vivas. Yo pateaba mientras nos amarraban las patas de ambas con un cordel de algodón y nos entregaban a un humano que nos acomodó dentro de un saco plástico y sin ningún miramiento nos condujo hasta una cosa azul, que después de dejarnos encerradas junto con una cantidad de frutas y unos animales que nunca había visto en mi vida y que después supe que los llamaban pescados asados, quemados más bien diría yo, pero con muy fragante olor a carne descompuesta que quizá por el tiempo que llevaba sin probar comida lo estaba viendo como una cosa exquisita. Lo que más quería en realidad era un poco de agua; la sed me estaba volviendo loca. Mi callada compañera no hablaba mucho, era porque tenía un gran dolor por aquí por la parte derecha del abdomen, como del hígado. En un descuido me lo confesó, pensaba que se iba a morir, yo le decía que no, que ya se le pasaría.

Finalmente llegamos a un sitio hermoso y donde con más cuidado el humano nos sacó de la bolsa plástica donde nos había metido, y donde para completarnos, estábamos a punto de quedar secas, deshidratadas porque el calor de la bolsa era

terrible. Pero no importa eso, ya estábamos afuera y nos estaba sirviendo agua, yo me abalance al cubo de agua porque la sed me quemaba ya el pico, me di unos largos tragos de tan delicioso líquido, nadie sabe lo delicioso que es un trago de agua hasta que la sed no lo está matando, el hambre no era nada como la sed. Mi amiga y compañera no se reponía de su gran dolor y se recostó sobre su pecho, buscando un poco de aire a ver si se le pasaba, solo alcanzó a darse un par de sorbos de agua, quizá porque yo le insistí a ver si se le pasaba un poquito, como para coger fuerza. Luego el humano colocó en mi pata una hermosa cinta roja, que larga me arrastraba, luego ató la otra punta de la cinta de un peso que era imposible de mover, especialmente con el agotamiento que tenía en este momento, pero me puso unos granos de comida, al fin, y yo le di unos picotazos como para empezar, yo estaba asombrada por lo que estaba empezando a suceder, comida, como que aquella compañera de la granja que opinaba sobre el sitio de descanso, tendría razón al final. Todavía medio aturdida por todos estos pensamientos alcancé a ver como se llevaban a mi compañera para otra parte, creo que la estaban llevando a un sitio para curar su dolor, pero no alcancé a ver adonde, cuando una voz varonil, hermosa, profunda me dijo muy cerca de mi oído me dio la bienvenida,

— Hola preciosa!

Era un gallardo pinto, con una hermosa cresta roja, fuertes patas rematadas en filosas espuelas, alas que arrastraba hasta el suelo cada vez que danzaba a mi alrededor todo galante. En ese momento no conocía sus intenciones con esa danza, en realidad nunca había conocido un gallo. Podía decirse que yo, aunque una gallina madurita, a punto de jubilarse, no había vivido más que para poner huevos, muy lejos de ser virgen, sentí esfumarse parte de mi inocencia cuando aquel galán se me encaramó en el lomo y en una suerte de torsión juntó su colita con la mía y eso me produjo una sensación totalmente nueva,

— ¡Wow! - me dije y después del tercer bis dije - ¡Wow! ¡Wow! ¡Qué atleta!
Volví a decirle –bis?

Y volvió...

Yo estaba atada a una hermosa cinta roja que a su vez estaba atada a un gran peso, pero todo esto no fue obstáculo para él.

Habían tantas cosas que tendría que aprender, porque a decir verdad, estaba aprendiendo a ser gallina, que ironía, después de vieja, pero de qué manera, como me gusta.

Anoche dormí atada, pero esta mañana el humano, me soltó la hermosa cinta roja de la pata y me liberó, que miedo me da ahora estar suelta y tengo que andar muy pegada con mi galán, el hermoso gallo, pues hay otro animal y es una cachorrita de perro que es muy traviesa y cada vez que me ve, quiere asustarme para que le suelte un huevo... ay, yo no sé, pero cuando me asusto se me relajan los esfínteres y se me sale el huevo que tenga listo para poner, golosina que a ella le gusta mucho, pero a lo mejor piensa que yo soy una máquina que al asustarse sale un huevo. Para defenderme, mi galán enfrenta a la cachorra y esta sale pitando cuando él le da su picotazo. También

estoy tratando de seguir las instrucciones que me está dando mi galán sobre comer, dormir en las ramas de los arbolitos, sobre buscar gusanos, lombrices, rastrillar el suelo para sacarlas, seleccionar piedrecillas que me van a ayudar a moler los granitos, a reparar mis plumitas rotas. Ya se me están gastando las uñas que tenía bien largas, de tanto rastrillar el suelo. El único problema que tengo hasta ahora es el pico cortado, que no me permite picar granos en el suelo, pero ya aprenderé... Tenía razón aquella compañera al decir que después de una vida de poner, pasaríamos el resto de la vida en un lugar paradisiaco de descanso.

LA TRAMBUCADA.

Cuando un animal muere, nunca se sabe de dónde es que salen los zamuros, pero lo cierto es que siempre llegan. Y pareciera que viven alrededor de los sitios donde ocurre la muerte, como si supieran el día y la hora del festín.

Algo así sucede en el río. Alrededor de los sitios donde suelen zozobrar las embarcaciones, por rápidos, raudales, obstáculos por rocas, acostumbran familias solas y hasta comunidades enteras, gentes que a la vista de un naufragio, acuden para recoger, llevar, comer, saquear, en fin, todo lo que sea aligerar la carga de la nave que naufraga.

El sol está llegando al ocaso, todo el viaje ha sido normal, pura rutina. Vamos en un viaje corto, porque solo llegaremos esta vez hasta el Atabapo, y con bastante menos carga de la que acostumbramos cargar. Se trata de carga voluminosa; harina de trigo, de maíz, alimentos para animales, refrescos embotellados. Ya hemos hecho la mayor parte del viaje y estamos pasando por la zona del chorro de Hormiga. En esta época del año no existe el chorro como tal, porque el río está en su nivel más bajo; comienzos de Abril. Ya se avecinan las lluvias y a menudo, por las tardes, se desatan los tan temidos chubascos, que son vientos huracanados cargados de lluvia. Vientos que levantan olas enormes y hasta sacan los techos de las embarcaciones que se aventuran en el vendaval.

En esta época no hay chorro aquí, pero las piedras que ocasionan las corrientes están afuera del agua o cerca de la superficie agazapadas, casi a flor de agua, cazando con toda la mala intención a alguno que se atreva a pasar sin las debidas precauciones, sin conocer el camino entre este verdadero laberinto invisible.

Pasando por este laberinto, al timón de “La Sirena” va Ramón Ruiz, apodado en el ambiente del río, como “El Diablo”. Es uno de esos hombres que se han hecho viejos en el río, pero aunque se sabe que él es viejo, no se sabe qué edad tiene. Un baquiano de los laberintos invisibles, pelos y señales del río y el cielo. De ahí le viene el nombre de “El Diablo”, porque en noches de luna y hasta sin ella, aprovecha para “rendir”. Dicen las malas lenguas que Ramón tiene una hierba que se echa en los ojos y puede ver en la noche. Que se trata del palo de bachaco, que crece en los conucos que no se han sembrado todavía cuando llegan las lluvias. Mata que usan los “pitadores” para poder ver en la oscuridad.

Sopla una leve brisa, pero estamos ante la inminente llegada de un negro nubarrón que se ha formado del lado de Venezuela. Nubarrón que nos traerá de

seguro un fuerte chubasco. Hasta ahora, la embarcación discurre por la costa Colombiana, por donde pasa el canal más profundo y por donde navegan los conocedores. Protegidos por la vegetación de la orilla de la brisa que está soplando de Colombia, pero el chubasco más temido es el que viene de Venezuela, negro como la noche. Hay que llegar a la isla que está como a una milla adelante, para protegernos.

Impasible, “El Diablo”, timonea “La Sirena” cuyo motor ronca sereno a tres cuartos.

Cuando la lancha sale a descubierto, dejando la protección del barranco y la vegetación, ya en medio del río, cruzando para la isla, comenzó a soplar el chubasco con toda la fuerza que trae la negrura que se nos viene encima. Pero el vendaval que sopla no es el que estábamos esperando, sino uno que se desató del lado Colombiano mientras estábamos protegidos con el barranco y los árboles. En segundos el río se picó y olas de bastante empezaron a batir contra el costado derecho de la embarcación, que de pronto se me antojó demasiado pequeña, demasiado cargada para las olas. Por un lado las olas buscando para entrar en la lancha y por otro, el ventarrón queriendo arrancar el techo, produciendo un escándalo entre las láminas de zinc, que por estar amarradas también, no se fueron al aire. La fuerza del viento nos dá de lado, la lancha comienza a derivar hacia la izquierda, a salirse del canal que está cercado por dos paredes invisibles formadas por las rocas sumergidas casi a flor de agua, pendientes de los que se salen del canal.

— *¡Que vaina! Nos estamos atravesando*” Piensa “El Diablo”

— *Ahora este chubasco...*

Una sacudida, un sonido aterrador de lámina de hierro que golpea algo duro...

— *¡Dios! ¡ Pegamos con piedra!*

Comenzó la locura, nos montamos en una de las piedras que estaban escondidas por las olas y la lluvia. La lancha montó la proa por el lado de babor y quedó encima de la piedra, con lo que comenzó a entrar agua por la popa. Primero un poquito... Un chorrillo.

— *¡Las bombas!*

Fue el grito desesperado de “El Diablo”:

— *¡Prenda la motobomba!*

Con la premura del caso, un marinero trajo la motobomba y la instaló, pero con la prisa no se le puso agua de ceba.

— *¡La bomba no hala agua!*

— *¡Échale agua! ¡Cébala!*

— *¡Dios, que locura!*

— *¡Bota carga de atrás! A ver si levanta un poco. Ahora el chorrillo es más grande...*

Un chorro.

Yo daba órdenes y las ejecutaba a la vez, pero algo me decía que nos estábamos trambucando.

La motobomba comenzó a funcionar y ahora si estaba bombeando, pero la cantidad de agua que estaba entrando era mayor que la que salía. De repente, ya entre oscuro y claro, una cara de mujer asoma por la borda, una de hombre, y otra de niño. Eran como diez las curiaras con gente que llegaron y comenzaron a cargar refrescos, harina, caramelos...

A cargar para la orilla me dicen, y yo...

— *¡Gracias a Dios!*

— ¡Saquemos el agua! Que los amigos nos están ayudando.

¡Vaya usted Ramón! - le dije yo, y por momentos parecía que se salvaba la carga, con la ayuda tan oportuna que nos estaban prestando.

La motobomba seguía sacando agua, pero esta seguía entrando, ahora con más fuerza, hasta que quedó toda la popa entre el agua. En el desespero, yo le decía a la gente que me estaban “ayudando”

— ¡Saquen de aquí atrás, para alivianar la popa!

Y ellos cargando. Viaje y viaje. Toda la noche estuvieron cargando y al despuntar el alba, no había ni un alma por ahí. Solamente estábamos un marinero y yo. La gente que tan solícita me ayudó durante la noche, desapareció como por encanto. Solamente “El Diablo” estaba en la playa de la isla, cuidando algunas cajas mojadas de refresco, pero solo.

La carga que no se perdió por haberse mojado, se perdió porque quienes nos estaban ayudando, estaban cargando para otra parte, nos estuvieron saqueando.

Al fin, como pudimos, reflatamos a “La Sirena”, pero la carga que se salvó fue la que quedó a bordo y la que “El Diablo” estuvo cuidando en la playa, porque la que sacamos hasta la orilla, no se sabe a qué parte fue a dar.

Si algún día vas a navegar por el río, no vayas a trambucarte, porque... Bueno, tu sabes... vas a encontrar ayuda...

LA PERRA.

Piaroa.

Me contó un anciano, que una vez había un hombre que vivía solo en una churuata en medio de la selva, con la única compañía de una perra que era muy cazadora. Todo transcurría con tranquilidad hasta que un día comenzaron a ocurrir cosas extrañas. Cuando regresó del monte adonde andaba cazando, consiguió que alguien había estado haciendo su cazabe, el que ahora estaba secándose al sol. Otro día consiguió que alguien había lavado su chinchorro, que pendía de los colgaderos, todavía húmedo.

¡Hum! - pensaba el hombre.

“Es tan extraño, aquí hay una perra y alguien ha venido y cocinado mi cazabe, ha lavado mi chinchorro, ha cortado mi leña y no ha pasado nada con esta perra”. Ya sospechoso, el hombre, cuando salió la próxima vez, dejó la perra amarrada dentro de la casa. Cuando regresó, encontró que habían cocinado un sancocho de arencas que alguien que no era él, había pescado del cañito que pasaba al lado de su casa. Más intrigado ahora, decidió tender una trampa, para capturar al o la intrusa. Inventó un viaje de cacería en el que duraría todo el día y lo dijo en voz alta enfrente de la perra, mientras la amarraba dentro de la casa, para que nadie entrara sin que ella ladrara.

El hombre salió como si tal fuese de cacería y se escondió en los alrededores hasta que escuchó cortando leña en el monte. Se dirigió a su casa y ahí con sorpresa encontró el fogón prendido y el budare montado como para hacer cazabe. En la estaca donde acostumbraba a atar a su perra, solo estaba la cuerda con la que lo hacía y una piel de perro amarrada a ella. Agarró la piel de perro y la tiró a la candela y se fue de la casa otra vez sin haberse hecho presente.

Por la tarde, cuando regresó, encontró una mujer desnuda que con vergüenza trataba de cubrir su desnudez con las manos. Cuando él le preguntó que le había pasado, ella le contestó que su ropa por accidente, se había quemado y que no tenía nada que ponerse.

Como el hombre no tenía mujer, tomó aquella mujer como esposa, pero él sabía, o casi sabía, que ella era su perra que había desaparecido misteriosamente al llegar ella. Ahora, cuando él regresaba del monte, no solo encontraba que las labores de la casa habían sido hechas, sino que también había cazado alguna presa para la comida, claro era una perra, pero era ahora su mujer. El único defecto que tenía era que cuando le venía el período que tienen todas las mujeres, se le iba para otras partes con todos los hombres que hubiesen alrededor, pero de resto, era una muy buena mujer.

LA NUBE.

Esta mañana temprano, me dirigía como de costumbre hasta el puerto de Samariapo en la motocicleta que me regaló mi amigo Pablo. Como suele ocurrir en esta época, la más seca del año, había un incendio forestal de grandes proporciones que se extendía por ambos lados de la carretera, produciendo una enorme nube de humo que impedía totalmente la visibilidad en la carretera. Temerariamente me adentré en ella. No tenía el característico olor, pero sí oscurecía el cielo, que mostraba al sol de las ocho, herido por llamaradas del fuego, que sin ninguna clase de contemplación, devoraba hectárea tras hectárea de bosque y sabana. Y lo peor era que nunca había un culpable, parecía que a nadie le dolía toda esta destrucción, que además tenía al sol herido como estaba.

Yo, adentro de esa nube, con las luces de la moto encendidas y con todos esos pensamientos estúpidos, no me percaté de que a medida que penetraba más, el paisaje iba cambiando y para cuando salí de la nube, la carretera tenía el aspecto de una vía abandonada desde hace mucho tiempo, parecía que sobre ella hubiesen caído piedras y bombas hace mucho y luego se desarrollaron árboles y arbustos que la hacían intransitable por otra clase de vehículo que no fuese moto. Ahora no se veía el sol, pero la luz alumbraba tenuemente, como si estuviese a punto de llover; además que la temperatura ambiente había bajado ostensiblemente y hasta hacía frío.

Intrigado por el derruido aspecto de la vía, me detuve a mirar el asfalto con más atención. Apagué la moto y me agaché a observar el pasto. ...La vegetación era la misma, abundante Trachipogon, reseco, pero no estaba quemado, más bien, como si nunca se hubiese quemado. Arbustos de Chaparro y Manteco invadiendo la carretera y por los huecos que se habían formado en el asfalto se desarrollaban hermosos. Repentinamente, de un bosquecito cercano a la vía, un horripilante chillido rompió el espeso silencio predominante e inmediatamente sentí que se me erizaba el pelo y los chorros de adrenalina que entraban en mi torrente sanguíneo, me hicieron correr hasta la moto que con una fuerte patada arrancó y me alejé de ahí a toda velocidad, tratando de no chocar con los árboles y arbustos que predominaban por doquier en la carretera. Después de haber recorrido un tramo como de uno mil metros, vi un animal largo y negro, pero algo nunca visto, era como una enorme cucaracha de unos dos metros de largo y la altura de la moto, que corría delante como a unos 100 Km por hora. Eran como 100 Km por hora, porque con la moto corriendo, no fue posible alcanzarla. Esto sí era una cosa bien extraña, no era posible entender lo que estaba pasando; era como si estuviese en otro mundo, pero ¿Cómo fue que pude pasar a otro mundo? Si yo solamente voy para Samariapo en mi motico y no voy a tanta velocidad, es un viaje normal, de rutina... El humo, la candela, el sol... ¿Dónde estaba el sol? Había luz, pero no veía el sol. Hasta ahora no me había percatado de que el sol había desaparecido, pero no la luz.

El animal, que a la postre resultó ser una enorme cucaracha, tenía una capacidad de maniobra extraordinaria, dio una curva de 90° con una estabilidad increíble y se detuvo en la parte alta de una enorme roca.

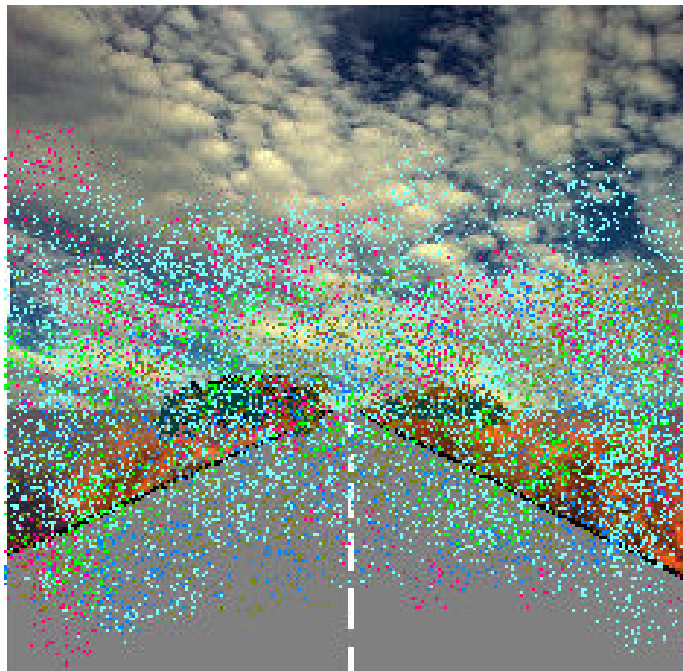
“¿Qué es lo que está pasando?” - me preguntaba a cada momento. “¿Qué le pasó a esta carretera? Ese animal parece una enorme cucaracha... no, más bien es eso...”

No alcanzaba a entender nada... me detuve a observar ahora la fulana cucaracha, porque era la primera vez que estaba viendo una de tal tamaño. En eso, otro chillido agudo y penetrante me puso en movimiento, volví a prender la moto, pero antes de ponerla en movimiento, un enorme insecto volador pasó con un ruido de batir de alas que semejaba al que se produce al batir las hojas de papel celofán, por encima de donde me encontraba, en dirección al sitio de donde había partido el chillido.

Comencé a sentir un pánico cada vez mayor, tanto, que opté por regresarme y sin pensarlo más di vuelta atrás. .

Había recorrido una distancia igual a la que me faltaba para arribar a Samariapo y no había llegado allá, ahora había desandado el camino en una distancia igual o mayor a la que hay entre Samariapo y Ayacucho y no aparecía la nube. Ya me comenzaba a preocupar por la gasolina de la moto, porque al acabarse, no podría andar a la velocidad que se necesitaría para alejarme de los chillidos.

La nube.



La nube.

De cuando en cuando cruzaba la carretera volando algún insecto enorme; parecía como si solo hubiese insectos, pero los chillidos eran como si fuesen de algo peligroso. Yo seguía rodando en mi motico y rogaba a Dios calladamente que no se fuese a terminar el combustible, mientras tomaba una curva, allá a lo lejos, la nube cubría la carretera como un manto. Aceleré la moto lo más que pude y me adentré en la nube con la luz encendida. Cuando estaba dentro pasó a mi lado en sentido contrario algo que podría ser uno de los camiones que hacen transporte entre Ayacucho y Samariapo y que repletos de gente bulliciosa y cosas, se desplazaba adentrándose.

Al fin salí de la nube y de la zona de devastación donde estaba. Y sin pensarlo me regresé para el pueblo. Por ambos lados de la carretera podía ver el paisaje familiar de sabana quemada, el calor sofocante y ese sol, quemante como siempre. Algo negro pasó volando enfrente a mí, pero con alivio vi que se trataba de un zamuro.

LA NIÑA.

Pedro Pérez es uno de los tantos colonos que cargados de ilusiones y sueños por realizar que han llegado al valle de Manapiare, para preparar la tierra para el cultivo, algunas veces utiliza mano de obra local que en su mayoría son indígenas.

Atraídos por la posibilidad de trabajos y por lo tanto de obtener utensilios de labranza de metal, bajan de la parte alta de las cuencas del río Parucito y el Iguana, indígenas Panare que a su vez traen consigo a otros indígenas, los Hoti que se aventuran a ver otras gentes y a ganar mayormente utensilios de metal como machetes, cuchillos, ollas de aluminio, etc. Por lo general los negocios se hacen al trueque.

Cuando una mujer Hoti como es el verdadero nombre de la etnia Guaro-Guaro, da a luz gemelos, uno de ellos debe morir. Si son gemelos univitelinos, dejan vivir al que

nació primero, y si son varón y hembra, dejan vivir al varón y sacrifican la hembra. Es posible que la costumbre obedezca a que una madre mal alimentada no puede nutrir eficientemente a dos bebés que serán dos personas no aptas para sobrevivir en las duras condiciones de la selva, pero si sacrifican a uno de ellos, se le dan garantías al otro de que será mejor nutrido y por lo tanto, más apto para la supervivencia. Cabe decir que de los indígenas de Venezuela, los Hoti son los que han tenido menos contacto con la llamada civilización occidental.

— Papi, papi, ¿Tu quiere carajito? - le pregunta el viejo Panare a Don Pedro Pérez.

— Guaro-guaro parió morocho, dos, así y mostró los dos dedos de la mano derecha para significar el par.

Don Pedro, a quién el viejo Panare llamaba Papi en la creencia de que ese era su verdadero nombre, porque sus hijos pequeños le llamaban así, preguntó a su vez:

— ¿Que qué?

— Que si quiere carajito, volvió a recalcar el Panare y explicó:

Mujer Guaro-guaro parió esta mañana, parió morocho, así y mostró los dos dedos de la mano derecha otra vez. Don Pedro pensó. *“¿Para qué quiero yo más muchachos?” “Si yo me hice vasectomía fue pa’ no tener más familia”*.

— No, Monuelo, fue la respuesta seca del colono.

— Ah bueno, entonces el papá va a matar uno.

— ¿Qué?

— Si, papá va a matar uno.

— ¡Ah carajo! Entonces ya va, voy a ir a la casa y ahorita vuelvo. No lo maten todavía y salió a toda prisa.

Mientras la brisa mañanera bañaba su rostro, Don Pedro iba recordando cómo...

— Vámonos para Manapiare le dijo su mujer a don Pedro,

— Ahí la tierra es muy buena y yo me siento muy a gusto, y sin detenerse pensar mucho, le esbozó todo el plan que había urdido.

— Te consigues una tierrita y hacemos un conuco...

Total que cargados de ilusiones y sueños por realizar, llegaron al pueblito y se ocuparon de conseguir una tierrita, una casita... los muchachos estaban pequeños y aún iban a la escuela local regentada por los curas.

Como él se había hecho vasectomía, y ya no podrían tener más familia, a veces a la esposa, María, le daba por jugar con muñecas. Fueron varias las veces que la sorprendió bañando o vistiendo alguna o peor aún, acunando en su pecho y cantándole una canción de cuna con su voz desafinada, pero llena de amor a una vieja muñeca de trapo de su hija mayor de diez años Lilian.

— Dormite mi niña...

Claro que al ser descubierta se defendió como buena leguleyo, y aunque su cara se tornó en ese momento tan roja como un tomate maduro, jamás aceptó que era una necesidad de hembra, para ella el parir.

Pedro, que pretendía saber algo de la naturaleza humana, había llegado a considerar la posibilidad de buscar un “padre sustituto”. Alguien que tuviese los mismos rasgos y las mismas características raciales que él, para que le preñara la mujer y ese

retoño no fuese tan diferente a los demás niños, pero nunca lo dijo en serio. Ahora esta podría ser una buena oportunidad para tener ese bebé tan deseado...

Casi sin darse cuenta llegó al puerto del poblado, amarró el bongo y salió para su casa. La esposa, María, al verlo solo lo miró extrañada.

— ¿Qué pasó? Le preguntó preocupada al no ver a su hijo que había salido con él, pero que todavía no había llegado a casa; estaba rezagado en el puerto.

— Nada, fue la respuesta y le preguntó.

— ¿Quieres un carajito?

— ¿Uh?

— Que si quieres un bebé, la mujer de Pedro el Guaro-guaro parió morochos y me están regalando uno - explicó.

— ¡Sí! yo lo quiero...

— Ajá, pero primero vamos a preguntarle a todos, dijo D. Pedro, porque ese niño va a crecer... ¡Muchachos! Vengan acá... Todos...

Cuando el papá o papi como los hijos le decían, llamaba en esa forma, era porque algo importante estaba por ocurrir o bien que algo había aparecido dañado sin que hubiese culpable. Al reunirlos a todos, él, don Pedro se las ingeniaba para descubrirlo.

— ¿Señor?... ¿Qué papá? - fueron contestando uno a uno los hijos.

Pedrito el mayor, Lilita, Mili y Quello "la bordona". Manolito orgulloso sonreía al lado del padre, porque él si sabía de qué se trataba. Al ver la cara de alegría de María, la madre, supieron que se trataba de un feliz acontecimiento para todos.

— ¿Qué será? - se preguntaba Lilita, la más despierta del grupo de niños.

Como respuesta a sus pensamientos, el papá les dijo.

— Los llamé, porque nos están dando un bebé de unos morochitos que parió la mujer de Pedro el Guaro-guaro.

— ¿Quién, Marina? - preguntó Lilita

— Sí, pero antes de aceptarlo quiero que sea decisión de todos, porque si va a ser un hijo para nosotros, va a ser un hermano para ustedes y ustedes dicen si lo vamos a querer o no - les dijo serio el papá.

— ¡Sí! - fue la respuesta unánime.

— . Pues entonces vamos a buscarlo...

María, quién sabía la respuesta porque ella ya había decidido aceptarlo, se fue a su cuarto y rebuscó en una caja con telas y trapos usados y sacó algo que podía ser usado como pañal.

— Vámonos pues - apuró D. Pedro.

A toda prisa salieron los esposos para recoger al nuevo miembro de la familia. Don Pedro no sabía que era lo que iba a encontrar, porque cuando le dijeron que la mujer había dado a luz, no se atrevió a asomarse en el mosquitero con que estaba tapada. Un hombre debe respetar la privacidad de las personas y la única privacidad que esas gentes sencillas y humildes tienen es la que proporciona el mosquitero que por lo general es hecho de tela para que no solo los zancudos se queden afuera, sino también los jejenes, tan pequeños que pueden pasar por la malla de los mosquiteros comunes,

además que perfectamente oculta lo que ocurre bajo esas telas. Cualquier comportamiento curioso no es de hombres. Un hombre debe esperar a ser invitado e invadir un “coto privado” es de mujeres.

Apenas llegaron al sitio, María salió rumbo al chinchorro de la parturienta, cuyo marido y partero, dentro del mosquitero la miraba preocupado. Al levantar el mosquitero, María llamó alarmada.

— ¡Pedro! Esta mujer se está desangrando, vamos a llevarla donde el médico rápido. Y mientras hablaba, iba levantando la mugrienta tienda de campaña que era el mosquitero. Los Panare que estaban alrededor le tradujeron al Guaro-guaro quién inmediatamente se puso en movimiento también. En realidad era la primera vez que estaban entre los “blancos” y desconocían sus costumbres. Cuando D. Pedro llegó a la escena se asustó al ver el charco de sangre bajo el chinchorro. La parturienta había perdido tanta sangre que al intentar pararse, sintió un mareo y si Don Pedro no la sostiene alzándola en brazos, se cae. Sin más la llevó a la embarcación, mientras Pedro, el Guaro-Guaro recogía el chinchorro y al niño más grandecito, María agarró a los recién nacidos. Eran dos criaturas mínimas, de más o menos un kilo escaso; varón y hembra. Dos cosas que movían los bracitos y las piernas. Partieron a toda prisa para el pueblo a ver si todavía era posible salvarla.

En la zona rural, los recursos médicos son muy precarios y muchas personas mueren por falta de una inyección a tiempo. Siendo esta situación, una de las principales causas de deserción del campesinado, refugiándose en las ciudades donde se facilitan esos recursos.

En este momento el peor enemigo con que se estaban enfrentando era el tiempo, porque la hemorragia no se detenía y quedaba todavía un buen trecho por andar.

Al fin llegaron al pueblo y corrieron a la medicatura donde un médico que aún estaba haciendo su año rural, Dr. Fermín Struven, Maracucho de origen Alemán. Cuando el médico reconoció a la paciente determinó que era urgente la necesidad de hacerle un curetaje de vida o muerte, porque tenía los dos cordones umbilicales adentro y por ellos era que se estaba desangrando.

Comenzó su trabajo, pero sin ningún tipo de anestesia, por aquello de que los recursos... Solamente con la ayuda del enfermero. En las primeras de cambio, cuando el doctor introdujo los dedos enguantados en la vagina de la mujer, el dolor fue tan agudo que el ofensor, en este caso, el doctor, recibió una certera patada en la mejilla que le hizo ver estrellas.

— ¡Pedro!, vení acá p'a que me ayudéis, que tu india me pateó - llamó entre airado y adolorido.

— Y esa bicha patea duro... ¡mirá!

Cuando Don Pedro entró a la sala de partos, vio desconcertado como la pobre parturienta yacía en una pequeña cama con las piernas abiertas que descansaban en unos soportes de metal y en medio de las piernas, pero un poco más abajo del nivel del cuerpo, una bandeja con utensilios lustrosos.

— Tú me vas a sostené esta pierna en el soporte, p'a que no me vuelva a pateá. ¡Mirá!

Y le mostró la mejilla empolvada con tierra por la patada recibida.

— Es que esa vaina duele tanto que un hombre no soportaría el dolor - añadió el galeno.

Pedro no sabía nada de lo que estaba ocurriendo, lo único que pensaba era en que si la mujer se moría, tendrían no uno, sino dos bebés que criar.

Finalmente la mujer dejó de forcejear y el doctor pudo trabajar un poco más relajado con la cureta. De pronto cayó algo en la bandeja y dijo:

— Ya salió uno, ahora falta el otro. Siguió raspando y al cabo de unos minutos más, otro pedazo de ombligo que el marido al atenderle el parto, a lo mejor sin la debida experiencia, le había roto adentro y por ahí se estaba desangrando.

— ¡Se salvó esta carajo! - exclamó jubiloso el doctor y agregó:

— Ahora a recuperar esa sangre que perdió.

“*Semejante paquete*”, pensó Don Pedro: la mujer enferma y los dos carajitos más el marido y el otro...

El Dr. se asomó al pasillo y le dijo a María y los demás que estaban esperando ansiosos y dijo:

— T'a listo, vaya y le ayuda al enfermero a arreglar las cosas para dejarla aquí esta noche.

— ¿Dónde están los carajitos? - preguntó.

— Ahí están en una cestica que les arreglamos en la sala de curas - contestó María.

En una esquina, bajo el alero de la medicatura, cerca de donde estaba la familia esperando, se encontraba acucillado Pedro el Guaro-guaro, haciendo como que jugaba con un palito, pensando en quién sabe qué cosas, deduciendo por las caras de las personas, como se iban desarrollando los acontecimientos.

El Dr. Struven se fue a su escritorio y garabateó algo en una planilla, para luego pasar a la sala de curas que además servía de consultorio, y hasta a veces de improvisado quirófano, y tomó en sus manos a uno de los recién nacidos y lo inspeccionó.

— ¡Hum!...Veamos, ...varón, completo, pulso... ..peso - lo llevó al peso

— Un kilo cuatrocientos - lo midió y anotó.

— Ahora esto... hembra... peso - la montó en el peso.

— ¡Molleja! ...esta vaina debe ser injerta con ratón... un kilo, esta no se va a criar y si se cría será una enana...

Miró a don Pedro quién venía entrando en ese momento y sonrió cuando vio la sonrisa de éste dibujada en su rostro.

Don Pedro le acotó.

— Ese ratón precisamente, es el que vamos a adoptar.

— ¿Están locos? - preguntó Struven.

— Eso se va a morir, no se va a criar, esa niña no tiene tamaño... eso no sirve...

Evidentemente, el Dr., de origen Alemán, había absorbido bastante bien la idiosincrasia de sus ancestros y quizá basado en la confianza que tenía con esta familia, se atrevía a decir tales cosas que a Pedro, por principios, le parecían chocantes, pero que no dejaba de tener razón. Esa criatura, desde el punto de vista biológico, no era el

mejor representante de su especie, pero su cuerpecito tan diminuto, tan indefenso, que bien podría estar muerto a estas horas, inspiraba a toda la familia, ahora asomados a la puerta anhelantes, el más profundo amor que se puede ofrecer a alguien a quien todos han decidido aceptar como familia.

— Esta niña necesita incubadora - dijo el Dr. pensativo.

— ¡La hacemos Dr.! contestó don Pedro, solo dígame como es... si se puede hacer en madera...

— La verdad - dijo el Dr. Reflexivo - mmm, no tiene mayor ciencia. Temperatura y humedad controladas y cerrado para que no haya gérmenes, será más que suficiente, ¿Crees que puedes hacerlo?

— ¡Seguro! - contestó don Pedro quién era un consumado carpintero - esta misma noche...

— Vení p'a explicarte - le dijo el Maracucho, y lo invitó a acercarse a su escritorio, donde comenzó a dibujar algo parecido a una caja...

Esa noche, en el galpón donde don Pedro tenía el taller, se oyó el rascar del serrucho, el golpear del martillo, el tallar del cepillo... y para la mañana, ahí estaba la flamante "incubadora". Una caja de madera y vidrio cerrada con una parrilla debajo de la cual había dos bombillas incandescentes que proporcionaban calor, y una bandejita de hielo que contenía agua que al evaporarse con el calor de los bombillos, proporcionaba suficiente humedad relativa. Sobre la parrilla, el colchoncito hecho de la almohada que él mismo confeccionó para su mujer con plumas de pato real que él mismo cazó, donde se acostaría el cuerpecito de la bebita. Por un lado, una entrada de aire fresco filtrado, por el otro lado, dos agujeros a los que le había fijado con grapas, dos guantes quirúrgicos que servirían para manipularla.

Al otro día llegaron los Pérez Pinto a su casa con el grupo de indígenas convalecientes, Pedro el Guaro-guaro, Marina, la esposa recién parida, un hijo como de cuatro años a quién habían llamado Amigo y los diminutos bebés, quienes ya tenían sus respectivas boletas de nacimiento. Él Fermin Andrés Guaro-guaro, nombre en honor al Dr. que salvó a la madre y ella, Milagros Carmelina Pérez Pinto, porque había sido presentada como "hija legítima" de Pedro Pérez y María Pinto de Pérez. Milagros, porque fue un milagro su vida y su llegada.

Acomodaron a la familia Guaro-guaro lo mejor que pudieron, le asearon un cuarto aparte, una camita para su bebé, y hasta un ventilador para espantar los zancudos.

Carolina, ahora en su flamante incubadora, enfrentaba otro problema. En el pueblito no había leche para prepararle el biberón, aunque si había suficiente provisión de cerveza y ron, era Diciembre del 88 y ahora estaban a 23. Todos de fiesta.

Esa noche la familia Pérez Pinto, cuando la niña emitía algún sonido, corrían todos alrededor de la mesa donde estaba la incubadora. Por fin llegó el día, y como si Carmelina hubiese estado esperando la luz del día, comenzó con el trabajo que hace todo bebé cuando tiene hambre.

Don Pedro, quién se había ido temprano al fundo, amarró una vaca que había parido el día antes y le ordeñó una botella de leche calostrada que María hirvió y rebajó con

agua, para hacerla digerible por la diminuta criatura, pero otro problema ahora, la boca de la bebé era demasiado pequeña y la tetina del biberón no le entraba en la boca.

— ¿Qué hacemos? Preguntó don Pedro, preocupado ahora por la contingencia, porque a él, un hombre de muchos recursos, lo único que se le ocurría en este caso era estirarle la boca a la bebé. A lo mejor si se hubiera tratado de algún motor o un becerro, no le habría preocupado lo más mínimo, él sabría qué hacer.

María le dijo:

— ¡Consigue un gotero!
“¡Que mujer tan inteligente!” – pensó – “¿Cómo no se me ocurrió? En vez de estirarle la boca, reducimos el pico del tetero”.

Se dirigió al botiquín de medicinas y encontró un frasco de gotas para los vómitos, botó el contenido y sacó el gotero.

Con mucha paciencia y amor infinito, María, logró que aquel pedazo de carne de apenas un kilo y algunos gramos, empezara a chupar leche de la punta del gotero. Ahora si podía decirse que se salvaría, porque los padres auténticos, después de llegar del hospital, no la quisieron ver, ni tan siquiera la madre auténtica. Era como si desde el nacer, hubiese estado muerta.

Muy adentro del sentimiento de María, su corazón sonreía de gozo por haber recibido tan inmenso regalo de Navidad que el niño Dios le había traído a toda su familia, mientras que él, don Pedro, pelaba el cochino que cenarían esa noche, pensaba aliviado que ya no tendría necesidad de buscar un sustituto para que le preñara.

LA HORA SEÑALADA.

— Ya son las siete - dijo don Paiva,

— Es la hora de salir...

Las siete de la noche, noche buena para salir a cazar. La luna se ocultaba como a las nueve. Don Paiva, o mejor dicho, Don Ricardo Paiva, era uno de esos hombres curtidos por el sol y el viento del río, uno de esos hombres que han aprendido a leer en sus aguas, las estrellas del cielo, la luna, el canto de los pájaros, los grillos, las ranas y todo cuanto le rodea. En pocas palabras, un auténtico baquiano del río y la selva. Claro, que en sus sesenta y nueve años, es mucho lo que ha de haber aprendido.

Hace varias noches que se despierta sobresaltado, soñando con amores mozos, pero la noche anterior no se despertó, aunque debió tener alguna pesadilla, porque reía y gemía como si algún feliz evento estuviera ocurriendo en ese sueño.

Apenas amaneció hizo café, y cuando ya estuvo claro; se puso a reparar la curiara, después recargó algunos cartuchos de escopeta, compuso la linterna de enfocar, para poder encandilar los animales, limpió la báculo y se puso a esperar la noche.

Esperando en su chinchorro, se quedó dormido y volvió a soñar con la misma joven que se acercaba y luego comenzaba a acariciarlo despertando la libido que él creía dormida hace mucho tiempo. Esa joven que además de hermosa, había sabido revivir todo un mundo de sensaciones explosivas, que por tanto tiempo habían permanecido ausentes y eso lo mantenía excitado.

En esto pensaba él, don Paiva, mientras echaba la malla, batería, canaleta, báculo y todas las demás cosas que se usan para cacería, además del chinchorro, por si acaso. En realidad se estaba preparando para una mudanza, porque se estaba llevando todas sus cosas.

Con un termo de café salió del puerto, río abajo, fumando un cigarro de tabarí. Después de bajar un rato, arrió en la boca de un cañito, amarró la curiara y salió a tierra, inspeccionando el lugar. En eso, cantó una rana de esas cuyo canto es similar al sonido que se produce al achicar una curiara con totuma y pensó:

“Va a llover duro, ¡ hum!”. Acto seguido sacó el chinchorro y lo colgó de una rama de chigo, disponiéndose a dormir un rato hasta que se ocultara la luna. Se sacudió los pies y se metió en el chinchorro. Parecía que estaba apurado en dormirse, cuando se acordó de la malla de pescar. Se levantó, y fue a buscar donde ponerla. Encontró un sitio en un remanso, aguas abajo de la boca del cañito donde se encontraba y la instaló. A lo lejos vio el relámpago apurando al aguacero. *“Eso no es p’ahorita”*, pensó mientras regresaba al improvisado campamento. Al fin se dio por satisfecho y se volvió a meter en el chinchorro apurado por dormirse.

Apenas se hubo dormido, llegó la joven nuevamente a sus sueños, y juntos, rejuvenecido él, salieron a recorrer parajes de belleza insospechada, por campos bañados de luz y color... se perdieron en la lejanía...

Avanzada la mañana, su hijo Armando lo encontró muerto en su chinchorro, con esa expresión plácida de los que mueren en paz, todavía mojado, porque ya era cadáver cuando comenzó la lluvia.

LA FLECHA.

Nota:

Los episodios y personajes de la presente obra son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personajes del presente o del pasado será pura coincidencia.

Todo es oscuridad en el pueblo, una pandilla de políticos se están robando el emblema del partido de gobierno, por orden del máximo líder juvenil del partido de oposición; que como una hazaña de muchacho, llevan a cabo la acción.

— ¿Y cómo lo sacamos? - pregunta Edgar, un despierto jovencito, menor de edad que secunda los pasos del líder juvenil.

— Amárrala con el mecate y amarra éste al carro, que después la halamos para reventarla y después la botamos donde no la encuentren más nunca - le contestó El Tuerto.

Otro, uno gordo, también jovencito, propone hacerlo rápido, porque los pueden descubrir en la travesura si no se apuran.

De pronto una luz proveniente de los faros de un automóvil, los hace ponerse en movimiento y se esconden para esperar que pase el auto, tal como si estuviesen entrenados para eso.

Pasa el vehículo y comienzan a salir de la oscuridad los asustadizos jóvenes que se habían tirado por todos lados.

— ¡Amarren esa vaina rápido y vámonos! - les apuró El Tuerto.

El llamado Edgar, con la destreza de un llanero, lanzó un lazo, que fue a caer en la punta del emblema y quedar trancado en la punta misma. Amarraron a un yip el otro extremo del mecate y de un solo tirón se desprendió de su base y cayó con gran estrépito que fue ahogado por las gruesas gotas de lluvia de Agosto que se había desatado. Ahora el problema estaba en desaparecer al voluminoso armatoste. Embarcaron en silencio sobre el yip, pero se encontraban a escasos mil metros de la alcabala de la casa del Gobernador y si no hubiese sido por la complicidad de la lluvia, con el estrépito de la cosa al caer, los habrían descubierto.

— Vamos a botarla al río Cataniapo - opinó El gordito que a la postre se llamaba Julio

— Déjate de pendejadas - le contestó El Tuerto -¿Cómo vamos a pasar por la alcabala?

La verdad era que pasar por la alcabala, con lluvia, a las cuatro de la mañana, y con esa cosa arriba de un carro, era tan obvio, que no se atreverían, pero Edgar le dijo:

— ¡Claro que sí! Y vamos a pasar por la alcabala. Los policías a esta hora van a estar dormidos, pero además nosotros vamos a pasar mandaos y esos tipos ni se darán cuenta, ustedes van a ver.

— ¡Ese es mi amigo! Dijo Bernabé, como para darle coraje a sus compañeros.

Tiburón, otro de los jóvenes traviosos, sacó una botella de ron, que con el frío de la lluvia, estaban necesitando, porque estaban empapados ahora. Terminaron de amarrar la flecha, emblema del cual se enorgullecían los Copeyanos de Ayacucho, y que se hallaba instalada a la entrada de Puerto Ayacucho, la capital más joven de Venezuela y que se hallaba bajo un Gobierno Copeyano en ese momento.

A la mañana siguiente, todo el pueblo se enteró de la travesura de los jóvenes. Todo el mundo enseguida se imaginó al grupo de jóvenes, comandados por el secretario Juvenil Adeco, pero nadie podía probar nada. En las filas del partido de Gobierno, inmediatamente mandaron a hacer con el Flaco de la herrería que está al lado de los talleres, otra flecha con carácter de urgencia. Para las seis de la tarde, no había pasado nada.

Fascinado por el extraño símbolo que estaba observando, Juan Guerra estaba por perder el conocimiento debido a la falta de oxígeno y tenía que salir a respirar. Era urgente salir, pero algo lo retenía casi atado al fondo del río. Sus pulmones iban a estallar; se soltó y con un impulso salió a la superficie.

— ¡Ahh!

Y se quedó renovando el aire de los pulmones mientras pensaba:

“Qué raro, yo como que he visto esa figura en otra parte... ¿Qué querrá decir?”

Y mientras cavilaba con ideas extrañas rondando su cabeza. Descansaba después de haber aguantado el resuello durante tanto tiempo bajo el agua.

Hacían algunos días que unos muchachos, pescando sumergidos en el río Cataniapo, habían encontrado algo que bien podían ser los restos de una extraña nave, o quizá un bote, pero que debió ser de usos militares, porque estaba pintado de color verde. Pero el verde no era el acostumbrado verde oliva de los militares, sino un verde más claro, quizá por el efecto del agua.

Se han dado muchos casos de naves que salieron en alguna misión y nunca regresaron a su base, como los famosos Avenger que salieron al triángulo de las Bermudas...

Estos pensamientos pasaban por la mente de Juan, mientras tomaba aire y se reponía. Alrededor de él, los muchachos se sumergían y salían a respirar, casi como un juego. Bajo la superficie, la actividad era febril, con las manos, con pedazos de madera, removían la arena que cubría la extraña cosa que parecía un bote o un avión; por lo menos los símbolos así lo parecían. Se trataba de un círculo blanco trazado con una línea de unos diez o doce centímetros de ancho sobre un fondo verde, en su interior otro círculo, concéntrico del mismo color y grueso y en el centro, un punto rojo de unos veinte

centímetros de diámetro. Parecía más bien, un blanco de unos setenta centímetros de diámetro. A la derecha de esta figura, otra que era la mitad de la anterior cortada oblicuamente de izquierda a derecha en ángulo de cuarenta y cinco grados, limitada por una línea blanca del mismo grueso que se abría a la derecha. Todo sobre un fondo verde, que se oscurecía en las partes que se iban descubriendo de la arena. Tendría que salir más de la extraña cosa fuera de la arena, para averiguar que más símbolos había.

— ¿Y si es un avión Alemán de los que huyeron cuándo la caída de Berlín? ...Con oro en lingotes. O algún avión Americano que se extravió en algún momento... Nada de raro, porque cuando la guerra, en Cacurí y que hubo una base aérea de los Gringos, y si uno de esos aviones... ¿No será más bien un navío militar?...

Pensando en esto y mil cosas más estaba Juan, cuando Joel, su cuñado, lo sacó de su ensimismamiento preguntándole.

- ¿Usted tiene una señorita buena? Cuñado.
- Tengo dos que creo que lo son todavía...
- No cuñado, señorita p`a jalá esa vaina... un güinchepués.
- ¡Claro!, ¿Cómo no se me ocurrió antes? Vamos a buscarla a la casa...

Al cabo de algunas horas regresaron con el winche manual al que llamaban “señorita” para tratar de levantar el pesado armatoste.

— ¡Tráncalo de esa horqueta! - le mandó Joel a un robusto muchacho indígena que ágil se trepó al árbol que le indicaba el cuñado de Juan. Por su parte, Juan se hallaba en el fondo del río, ayudando a amarrar una cadena del aparato, al que los muchachos, en tres horas de ausencia de Joel y Juan, habían sacado bastante arena. En realidad, Juan no estaba ni amarrando el pesado objeto, ni mucho menos sacando arena, estaba como hipnotizado viendo la figura, que ejercía sobre él una extraña fascinación. Era como si existiese un vago recuerdo, muy adentro del subconsciente, que no alcanzaba a salir a flote.

“*Se habla mucho de vidas pasadas, reencarnaciones de personas...*”. Pensaba Juan al contemplar los extraños símbolos con los pulmones a punto de estallarle otra vez.

“*¿Será que en otra vida yo fui piloto de este avión?*”

Subió a tomar una bocanada de aire y se volvió a sumergir.

Casi convencido de que se trataba de un avión, Juan se imaginaba que a lo mejor, atado todavía a un asiento, iba a encontrar su propio cadáver, cubierto por una chaqueta de cuero y tocado con un yelmo de los usados por los pilotos de los años cuarenta. Incluso, podía casi ver los huesos enguantados, asiendo todavía los mandos. Absorto, se dio cuenta que estaba solo en el fondo del río, cuando la estructura comenzó a traquear por efecto de la tensión que ejercía el winche de mano que accionado por Dupa, el fornido indígena que ilusionado por la cantidad de aluminio que podría vender como chatarra y por los beneficios que podría obtener al sacar el aparato.

Algo sorprendido, Juan, vio como en la línea de tiro de la cadena, no había nadie, solo estaba él, porque se descuidó, pero ya se iba a poner fuera de peligro.

— ¡Epa Juan, quítate de ahí! Le gritó Joel desde la orilla, cuidado...

En ese momento traqueó algo que se reventaba, pero lo que se había reventado no era la cadena, ni una parte de lo que estaban sacando del agua, sino la rama donde

habían amarrado la “señorita”. Esta no se reventó del todo, solo se dobló hasta que quebró sin más daño.

—Amárrala de una rama más gruesa,... en aquella - señaló Joel que era quién dirigía la operación.

Juan, entre tanto, con otros jóvenes de los que estaban zambullendo, se volvió a sumergir y pudo ver un pedazo de viga de acero que provenía del centro de la cosa, pero también pudo deducir que entonces no era un avión lo que estaban sacando, porque la viga también tenía soldaduras.

Tendrá que ser una lancha entonces, pensó, porque en la construcción de aviones no se usan vigas doble T. Será entonces un pedazo, puede ser... de la proa... pero qué raro... no parece tampoco una lancha...

Ahora que había sido tirada por la “señorita” se podía ver un poco más de los extraños símbolos, pero todavía tenía una gran parte enterrada en la arena. La verdad era que Juan no se estaba ocupando mucho de las labores de limpiar la arena, solamente se sumergía cada rato, pero a mirar los símbolos que permanecían casi ocultos, enigmáticos, y si de sacar arena se trataba, él sacaba solo del lado donde estaban pintados éstos. Por fin Guzamana, uno de los muchachos, enganchó bien la cadena de la estructura y la “señorita” fue bien amarrada, esta vez de un tronco grueso y comenzó a halar lo que fuese. Como existía el peligro de que se rompiese la cadena, la cosa o el winche, Joel mandó a salir del agua a los bañistas una vez amarrada la cadena.

Vuelta y vuelta la cadena de la “señorita”, vino sacando del agua una estructura metálica de lo más extraña.

Ya la “señorita” se aflojó y les fue permitido a los muchachos acercarse al armatoste y Juan también se tiró al agua, impaciente por ver de qué se trataba. Lo que vio lo dejó decepcionado, pues se trataba de una enorme punta de lanza como de cuatro metros y los extraños símbolos que tanto lo intrigaban eran el emblema de campaña de Lorenzo Fernández, candidato de Copei cuando Carlos Andrés ganó la Presidencia por primera vez... La Rueda.

Era la flecha de Copei, que se habían robado veinte años atrás, una noche lluviosa, los jóvenes Adecos.

LA COBRA.

ADVERTENCIA:

Cualquier parecido con personajes de la vida real, es pura coincidencia. Las situaciones descritas en esta obra son imaginación pura del autor.

Existía la prohibición absoluta de portar armas de fuego que no fuesen de cacería, y hasta las escopetas eran un problema, porque el Gobierno temía que de un momento a otro se desatara una explosión social de dimensiones catastróficas, ya sea por la malísima situación económica que atravesaba el país, o simplemente por ganar el poder. Lo cierto era que el Gobierno estaba tratando de desarmar al pueblo y el escaso éxito, hacía aumentar aún más la represión. Por otra parte, la Guerrilla o quizá la Mafia, se habían apoderado de dos avionetas Venezolanas y secuestrado un buen número de ganaderos y gringos en ambos países. Además que habían vuelto a saltar embarcaciones Venezolanas en el río con la consecuente pérdida de motores y mercancías.

La cosa es comprensible, porque algunas veces es preferible morir de un tiro, que duele menos que morir de hambre. Tal vez sea ese el criterio de los asaltantes de barcos, bancos o lo que sea. Lorenzo Briceño, en vísperas de zarpar con un cargamento de gasolina para aviones, se vio obligado por las circunstancias a adquirir algún arma que le pudiese servir para enfrentarse a los malandros. Se llegó hasta la boca del Vichada con la idea de comprar un arma barata y pertrechos.

En toda la frontera entre Colombia y Venezuela, funciona un mercado negro, de lo que sea. Teniendo dinero, se puede comprar hasta un avión de combate.

- ¡Buenas!
- Buenas, siga adelante.
- ¿Que hubo Coletto, cómo estás?
- Bien, gracias, contestó el tal Coletto desde el chinchorro de moriche donde descansaba.
- ¿Que lo trae por acá? Don Lorenzo
- No, de visita, paseo.

— ¡Ligia! - llamó el tal Coletto - tráiganos dos tintos. Pero siéntese Don Lorenzo, que ahora que lo veo, le cuento que unos manes; (por hombres en Inglés) estaban hablando borrachos de una gasolina de aviones que usted dizque lleva en su lancha.

— ¿Sí? Preguntó Lorenzo interesado de repente, porque ya algo había oído él.

— ¿Que decían?

— Pues... hablaban del precio que conseguirían por esa gasolina Colombia adentro.

— Tenga cuidado Don Lorenzo, mire que esa gente no es gente buena.

— Dígame Coletto, ¿No sabe usted de alguien que venda una "metra" o un arma buena y cómoda de precio?...Digamos ¿una Uzi?

— No.

— ¿Y usted?

— No, Don Lorenzo, pero tengo unj

— No te creo! Búscalos para verlo - le apuró Lorenzo con curiosidad creciente.

Coletto entró en el cuarto y al cabo de unos minutos, apareció con un flamante fusil automático de los usados por las fuerzas armadas, realmente un Fal, bien engrasado, con culata plástica.

— Aquí está - dijo el Colombiano mientras alargaba el arma hacia Lorenzo, quién de inmediato comenzó a examinarla, como buscándole una señal, que no tenía, aparentemente no era de los Venezolanos, porque no tenía impreso el escudo. Accionó el cargador para extraer una bala y salió una de la recámara.

— ¡Ochenta bolos el tiro! Dijo el hombre vivazmente.

— ¿Cuántos me ofrece? - preguntó Lorenzo mientras recogía el cartucho que cayó al suelo para ver si por detrás decía algo y en efecto, en el culote estaba impreso el nombre de la Compañía Nacional Fabricante de Cartuchos.

— Los que quiera, a ochenta bolos cada uno.

Contestó a media voz el hombrecito.

Con la política del Gobierno de prohibir a la gente común andar armado, aunque por no hacerlo pudiese peligrar la vida misma y lo difícil de esconder un arma de ese tamaño, Lorenzo pensó que no valía la pena exponerse y devolviendo el arma a Coletto, preguntó:

— ¿No tienes... digamos... una pistola más bien?

— ¡Claro chino! Tengo una 22; ¿Quiere verla?... Sin compromiso...

Volvió a entrar al cuarto y enseguida apareció con una pistolita que más bien parecía un juguete. Una Star Española. Usada, pero bien engrasadita y en una cartuchera de cuero marrón.

— Véala - dijo y la alargó hacia Lorenzo, quién comenzó a examinarla mientras preguntaba

— ¿Cuánto?

— Deme 25 mil.

— ¡Pago! - dijo Lorenzo y añadió

— Aunque esto es un juguete, puede ayudar en algo, peor es nada...

¿Pertrecho? - preguntó

— ¿Cuántos quiere?

— Unos mil...

— ¿Tantos?... ¿Va a hacer guerra?

—Es que voy a practicar un poco - contestó Lorenzo apocado.

Se volvió a meter al cuarto, que debía ser un depósito de armas o algo así y al cabo de algunos minutos, volvió a salir con veinte cajitas de cincuenta tiros...

— Ahora son cuarenta y cinco - dijo al salir.

— ¿Cuarenta y cinco qué? Dijo cogido desprevenido por la afirmación

— Cuarenta y cinco mil bolos, acotó sonriente Coletto, consciente de que lo había sorprendido pensando en otra cosa.

— Veinticinco mil la bicha y veinte los tiros.

— ¡Ah! También... ¿Cómo los quiere?... ¿En efectivo o cómo? - preguntó a la vez Lorenzo.

— No, en gasolina, contestó Coletto. Si me la trae acá se la recibo a seis mil el tambor.

— ¡Hecho! - dijo mientras pensaba - Cuatrocientos entre veinticinco... son dieciocho por... claro! me sale como por mitad...

— Llévesela Don Lorenzo - lo cortó el paisano.

— Y me trae o me manda la gasolina.

Es de todos sabido que la gasolina que se usa en la frontera, viene toda de Venezuela y además, la coca que se procesa del lado Colombiano, también se hace con gasolina Venezolana. Lo que hace que este producto sea tan apetecido por nuestros vecinos. El precio no importa, y menos ahora que el Bolívar no vale casi nada.

Salió Lorenzo con su flamante pistola y sus tiros. Haciendo que no le daba importancia al asunto, para que no se diera cuenta el Colombiano de su emoción al tener una pistola suya, aunque fuese una 22. Lorenzo no veía el momento de estar a solas, para poder contemplar el arma, porque el examen enfrente al Colombiano fue un examen muy técnico, o por lo menos eso fue lo que intentó transmitir. Prendió el motor y salió con rumbo al Venado. Pasó por Ratón, pero no entró a la alcabala. De todas maneras, ya a las seis de la tarde, no hay vigilancia. Nadie lo notó, pasó además pegadito a la costa Venezolana por la boca del Sipapo y llegó al Venado como a las seis.

Dice un dicho entre quienes andan en el río que no hay nada más peligroso que un teniente recién graduado y entre los más peligrosos está uno apodado La Cobra, sobrenombre que le cuadra no por lo peligroso, sino por las grandes orejas que adornan su pequeña cabeza, lo que lo hace parecido al mencionado reptil. Lo hace más peligroso aún, la presencia de una mujer cerca, porque es cuando se siente el gallo del patio y el policía mayor.

Para mala suerte de Lorenzo, al llegar con su pistola entre las ropas, en el puerto se encontraba La Cobra con una novia o algo parecido; practicando para cuando fuese general. Regañando a un extranjero de esos que vienen a comprar gasolina, cuando la dichosa pistola se escurrió irreverente entre la ropa interior y los testículos de Lorenzo, enganchándose la punta, en algo del pliegue de la pierna derecha. Al sentir la sensación de dolor, se retuerce y se lleva la mano al arma para acomodársela, pero estando frente a la Cobra, este notó el extraño movimiento y levantó la cabeza más parecida al del reptil.

— ¿Qué cargas ahí? - preguntó señalando con el dedo arqueado a manera de "pistolita".

— ¡Nada! ...Solo una pistolita que se me enganchó aquí - dijo señalándose la entrepierna.

— ¡P'avé! Dijo La Cobra caminando hacia él y desentendiéndose del Colombo quien dio gracias a Dios para sus adentros y se escabulló entre los barcos del puerto.

— Es una pistolita 22 mi teniente, vea - dijo más humildemente aún - la compré por lo de los atracos... usted sabe...

— ¡Ch'acá! - dijo la Cobra, envalentonado ahora por la humildad de Lorenzo y la presencia de la joven que lo acompañaba.

— ¡Papeles! - inquirió imperativo - ¿Dónde están los papeles?

— No, no los tengo, mi teniente.

— Entonces... Decomisao, y ustedé preso.

Está visto que esa clase de gente es valiente cuando está en presencia de los débiles, pero al encontrarse con quien los enfrente sublevado, prefieren pasar desapercibidos o caminar en sentido contrario para no encontrárselos.

— ¡Acompáñeme! - dijo entonces solemne - está arrestao.

“¿De qué vale discutir?” - pensó Lorenzo -Este loco es capaz de darme un tiro, mejor me quedo callado.

— ¡Móntese en el yip!

Lorenzo, en silencio, se encomendó a Dios y se montó en el Jeep que le señalaba el Teniente, quién en silencio condujo hasta el comando de Samariapo. Iban: Teniente y novia en el asiento delantero y Lorenzo en el asiento trasero. Al llegar al comando, mandó a registrarlo exhaustivamente, y una vez realizado esto, le ordenaron sentarse en el suelo, en un rincón, con las manos entrelazadas en la nuca.

— Pero bueno, ¿qué es esto? - quiso protestar Lorenzo.

¡Silencio! - le espetó un Cabo bajito y media lengua - ¡No hable si no se le ordena!

Lorenzo esperaba que le pidieran dinero, pero La Cobra pensaba que todavía no estaba “maduro”. Él sabía que detrás de toda esa aparente humildad, Lorenzo estaba muy lejos de serlo y además, en la mirada no se le notaba una pizca de temor. Entrenado como había sido en la Academia, sabía mucho de la naturaleza humana, a pesar de su juventud.

— Te voy a llevar a Ayacucho - le dijo - y allá vas a dormir en la policía, y te van a quitar la pistola, porque no se sabe cuántos muertos tenga... y si tiene los vas a pagar totitos y... Hay que preguntar a Colombia... ¿Dónde la compraste? - preguntó.

— En el mercado Negro - contestó.

— ¿Dónde queda el mercado negro? - volvió a preguntar.

— Mire Teniente, el mercado negro queda desde Castillete, dando la vuelta al país, y además, cada isla del Caribe es una sucursal - agregó.

— Esto lo debería saber yá, porque en esa Academia donde se graduó Ud. deben enseñar eso, y no aquello de quién no es uno de ustedes, es un delincuente. Los malvivientes o verdaderos delincuentes, si tienen derecho de estar armados con las armas que deseen, porque ellos, además, tienen derechos humanos y defensores públicos...

— ¡Silencio! - le espetó La Cobra.

— ¡Dame mi coñazo! - le ripostó Lorenzo a la vez que se ponía de pie ya enojado por el abuso - porque cuando uno cae en sus manos, debe reclamar su coñazo si no se lo dan...

— ¡Silencio! - repitió.

— ¡Pégame! - insistió Lorenzo - si me vas a llevar preso, llévame, pero no me vas a quitar plata, si esa es la ley, hazlo, pero ajústate a derecho, porque yo sí sé que hacer - dijo en un arranque de valor.

— ¡Silencio! - repitió por tercera vez, dio la espalda y salió del recinto.

— Listo, pensó Lorenzo, salió a buscar la peinilla, me va a joder...

Al cabo de unos minutos, La cobra, apareció vestido de campaña, con arneses porta granadas, con dos granadas, visores nocturnos, una Uzi, pistola, puñal, además de varios cargadores repletos de balas de Uzi. Todo parecía que se trataba de combatir contra toda la guerrilla Colombiana.

— Hágame el oficio para entregar al preso, le dijo al Cabo bajito y media lengua.

— Y usted y usted - les dijo a dos soldados que estaban por los alrededores, viendo - prepárense, porque me van a acompañar... con visores nocturnos y granadas... dos cada uno. Ah! ... Cuatro cargadores.

— Teniente - dijo esta vez Lorenzo por lo bajito -

No me vaya a quitar esa pistola, que es lo único que tengo para defenderme, por favor - suplicó. Usted sabe que el río está plagado de piratas y que cargado de gasolina como voy, soy un blanco muy probable.

— Mi amigo - contestó La cobra arrogante - la Ley es la Ley y usted no tiene permiso para esa arma, y yo no lo dejo circular en esas condiciones. Yo lo llevo a la Comandancia y allá deciden qué hacer con usted...

— ¿Cuánto? - le preguntó Lorenzo.

— ¿Cómo?

— Dígame cuanto - contestó Lorenzo, arriesgándose a que sí ese hombre era honesto, se vería en un enorme lío, por tratar de sobornarlo.

— Ven acá - lo llamó La Cobra - pensando a su vez que su "cliente" ya estaba "maduro".

— Dame veinte y no ha pasado nada.

"¡Cónchale!" - pensó Lorenzo - "el joven sabe lo suyo".

— T'a bién - dijo al final - usted gana - y abriendo el bolso de cintura, sacó los billetes, que entregó resignado.

La Cobra agarró el dinero como si no quisiera que lo vieran. Con mirada aviesa, miró alrededor y los guardó empuñados en el bolsillo derecho.

— Venga conmigo, dijo cambiando el tono áspero por uno más amigable y Lorenzo lo siguió hasta la oficina donde le devolvió el arma "aconsejándole"

— Saque su porte de armas, no lo quiero ver más por aquí con esa pistola. Y dijo solemne:

— Esa es un arma de guerra y si se la vuelvo a encontrar, no lo va a salvar nada.

Lorenzo, con su arma, esta vez en el bolsillo, salió caminando por la carretera en la oscuridad de la noche, pensando que había valido la pena pagar los veinte mil que caer en manos de la policía con un arma que de verdad no sabía si estaba limpia o no,

pero la balanza de la “Justicia” se inclina hacia donde está el dinero, desde lo más bajo hasta las más altas esferas de la vida de este país, donde la corrupción y desvergüenza campean y donde hoy por hoy “Moral y luces.”..

EL ENCANTO.

Siempre se ha hablado de máwaris, de otros niveles de civilización en otra dimensión diferente a la nuestra. De “encantos” y “encantados” como lo llamarían algunos de otras regiones del país y hasta del mundo, pero ninguna persona civilizada se atrevería a dar crédito a tales historias por temor a ser tomado por inculto o por hereje, porque además, hablar de esas cosas, o aceptar siquiera la posibilidad de que eso existe, sería anticristiano y por lo tanto pecado.

A veces resulta más fácil ser inculto que ser hereje. De cualquier manera, hay hechos que ocurren en ciertos niveles de conciencia como lo que le sucedió a Totowe. Joven voluntarioso y desobediente que siempre hacía lo contrario de lo que se le indicase.

Sí su padre le decía:

— Por aquí...

Él contestaba:

— ¡Por allá!

Sin ningún tipo de respeto por las personas mayores.

Cierto día, en que el joven se encontraba cazando tortugas con flechas, a orillas del pozo Totori -Yaji, que en lengua de los Yanomamö quiere decir “Casa de las Tortugas” desobedeciendo lo que le decía su padre:

— Mira mijito, no vayas a cazar tortugas a ese pozo. Ese pozo está encantado.

Él no daba malas respuestas a su padre, quién era el único en la aldea que no recibía groserías, pero era igualmente desobedecido por el joven, quién se creía un gran guerrero, porque ya había matado su primer hombre en combate.

Como a él le gustaba mucho la carne de tortuga, sin oír a nadie, tomaba el camino del Hayamö, río donde estaba el pozo, para cazar y pescar.

Un día cuando llegaba cerca del río oyó voces, gritos alegres, como de gente jugando, chapoteos de chiquillos nadando, murmullos de gente que conversaba. “¿Cuándo se vino esa gente?” Se preguntó y fastidiado pensó.

“*Ahora habrán espantado toda la cacería. Voy a ver quiénes son*”. Y con sigilo, se fue acercando al borde del barranco, pero protegido de la vista de los bañistas hasta que pudo observar a unas jóvenes desconocidas que se bañaban y chapoteaban alegres, mientras que otras solo se asoleaban en las piedras o en la playa, engalanando la belleza del lugar, pero no eran mujeres de la aldea. Totowe jamás había visto mujeres de tanta y singular belleza. Tampoco por el color de la piel eran Yanomamö. Todo era tan extraño, pero se atrevió a pensar que fuesen los hécura del bosque o del río, más extraño era aún la ausencia de hombres.

“¿Serán acaso hécuras?” - se preguntó – “*Pero yo soy un valiente, un waiteri no tiene miedo y menos aún de mujeres.*”

Sin pensarlo más, salió de su escondite y en veloz carrera, cayó a la playa y siguió por esta hacia las mujeres, quienes aparentemente sin darse cuenta, seguían bañándose. A medida que el guerrero se acercaba a la orilla de la playa, con el arco y la flecha levantadas y profiriendo gritos, se fueron escabullendo silenciosamente dentro del agua, todas las jóvenes. Cuando el guerrero llegó a la otra orilla de la playa, solo se hallaba una de ellas, quizá la más bonita de cuantas había visto y, además, le sonreía sin mostrar temor por la ferocidad que mostraban los gestos agresivos del joven, pero con la timidez de una mujer ante un hombre.

— ¿Quién eres? - le preguntó, mientras montaba una flecha en el arco y apuntaba a la joven.

— ¿Espíritu? ¿Para donde se fueron los demás?

Ahora quién no estaba tan seguro de su valentía y ferocidad era él, quién al no ver a las demás mujeres y niños salir del agua, estaba convencido de que se trataba del encanto del pozo y hasta comenzaba a lamentar no haber hecho caso a los mayores, especialmente a su padre.

— No temas - le dijo sonriente la joven.

El “valiente” y asustado joven apuntó la flecha hacia ella, pero ella le atajó:

— No tires Totowe, no voy a hacerte daño.

Más extraño aún y convencido de que se trataba de algo sobrenatural, porque ella sabía su nombre, algo tan suyo, tan personal, tan delicado, soltó las flechas, sus piernas se quisieron ablandar y se negaban a obedecerle, porque él quería correr para su aldea, llegar a su casa y acostarse quietecito, siquiera unas dos semanas, como cuando mató su primer hombre en combate, con lo que se graduó de guerrero y se pasó un mes entero sin tocarse su cuerpo con las manos y ayunando para limpiarse.

Ahora, ante una mujer tan hermosa, él, todo un guerrero, se había quedado sin fuerzas ni siquiera para correr. No podía o no quería. Además él todavía no tenía una mujer y esa que estaba ahí, le gustaba. ¡Uf que sí!

— Acércate, ven - le dijo ella y extendió sus manos. Esa acción de ella le dio fuerzas para voltear y emprender una veloz retirada a todo lo que le daban los pies, sin siquiera voltear para ver nada, de la misma forma como llegó. Atravesó la playa, el pequeño cañito donde el agua es cristalina daba por la rodilla, saltó al barranco que subió a gatas, corrió así mismo, a gatas hasta que pudo pararse, pero sin detenerse ni mirar para atrás, siguió su carrera por el camino en la selva hasta la aldea, y aún sin detenerse llegó a su casa, su chinchorro y se tiró sin aliento, extenuado por el esfuerzo.

Nadie en su shabono se dio cuenta del hecho de que Totowe llegase corriendo, entrara en su casa, y él, por orgullo, no le contó a nadie lo que ocurrió aquella mañana de verano.

Nada fue igual desde entonces, vivía ensimismado, pensando en aquella hermosa joven del pozo, pero no había vuelto a Totori-yaji hacía mucho tiempo.

Pasaron muchas lunas, el río se llenó y se secó de nuevo. El joven guerrero ni cazaba, ni salía a pelear contra los enemigos de su aldea. Los comentarios de la gente decían que estaba embrujado por la tribu a quien él le había matado un guerrero en combate. Otros que simplemente era un flojo. Lo cierto fue que los padres de una niña a la que había estado llevando comida para casarse con ella, la comprometieron con otro y ni eso le importó. Eso que es tan importante en la vida de un Yanomamö. Su padre, preocupado le preguntó un día:

— Hijo, quiero saber qué es lo que te está pasando... Hace mucho tiempo me he dado cuenta que has cambiado mucho, cuéntame...

El joven levantó la vista del suelo donde dibujaba con un palito, lo miró a los ojos con semblante demacrado, porque solo comía lo indispensable.

- ¡Nada! - contestó y volvió a bajar la cabeza.
 - ¿Cómo que nada? - preguntó su padre y agregó.
 - Mírate cómo estás, parece que tuvieras paludismo, aunque no te da fiebre.
 - No creas que no me he dado cuenta – agregó - que pasas gran parte de la noche despierto. Yo me preocupo por ti, porque tú eres mi hijito...
- Se acomodó por un lado del joven y continuó diciendo...

— Me fijo que casi no comes. Antes eras un buen cazador, y ahora ni sales. Antes te gustaba guerrear y ya no vas con la gente. Antes te gustaba cazar tortugas con flechas y ahora ni vas al río... ¿Qué ha pasado en tu vida?

— ¡Nada! - fue toda la respuesta del joven, quién se paró de ahí y dejó a su padre con las palabras en la boca. Y sin decir nada, sacó dos flechas y un arco que estaban encajadas en la palma del techo, justo arriba de su chinchorro y salió por el camino del Hayamö.

Caminaba por la selva como un autómatas, por un camino que no se mira con los ojos, pero si con los pies descalzos, rumbo a Totori-yaji. Cuando estaba cerca, caminó con sigilo, despacio, como queriendo no espantar la cacería, con la secreta esperanza de volver a ver aquella joven que le robara la calma, pero nada. Al fin llegó a la orilla del río y nada... Silencio.

Calladamente se paseó por la playita recordando el sitio donde estaba aquella bella mujer, recordando su rostro, su sonrisa.

“¿Cómo haría ella para saber mi nombre?” Se preguntaba.

“Bueno, los hécuras lo saben todo” Se contestaba.

Se subió a una piedra alta desde donde se podía divisar todo el pozo y podía ver cualquier tortuga que asomase la nariz en cien metros a la redonda. Esperó toda la tarde, pero fue en vano, no pudo ver nada. Solamente el canto de los pájaros de la selva que cantaban con alegría poco usual o quizá fue que él tenía mucho tiempo sin oler la selva, el río, sin ser él mismo.

Fue menguando el día. Ya entrada la tarde, decidió regresar a la aldea, pero no acababa de irse porque tenía el secreto deseo de verla otra vez.

— ¿Por qué no le pregunté su nombre aquella vez, en vez de huir como un cobarde era lo que más le molestaba.

Esa noche vio en sueños a la joven, sentada en la playa donde la viera un año antes y se vio a sí mismo sentado frente a ella, hablando de amores. Ella le dijo en el sueño que fuese a la playa ese otro día, para verlo otra vez...

Apenas amaneció saltó del chinchorro y con energías que había dejado de sentir hacía tiempo; cosa extraña, tenía hambre. Comió del asado que estaba en la troja de su madre, era báquiro, especie de cerdo salvaje que abunda en esa zona. Lo sintió delicioso.

Después de comer, tomó el arco, las flechas y el machete y salió por el camino del Hayamö, dispuesto a cazar lo que fuese. Dispuesto a reivindicarse en su tribu, con su familia y consigo mismo.

Ahora sus pasos en la selva eran como habían sido siempre; ágiles, silenciosos, firmes. ¡Qué diferencia! Del hombre que pasó ayer por aquí y el que iba ahora. De pronto... se detiene... algo camina adelante, monta una flecha... Prepara....”*Creo que es un paují... no, es una gallineta*”.

Apunta, suelta y... ¡Thup!

Aleteando en el suelo, moribunda queda la gallineta atravesada por la flecha. Se acerca, la recoge, saca la flecha y emprende el regreso con el primer trofeo de caza en mucho tiempo.

Cuando Totowe salió del camino del monte, ya en la aldea, con la gallineta muerta en espalda colgando, su padre, que estaba viendo de lejos, pensó:

— *Se salvó mi hijo.*

— Aquí tienes mamá, para que cocines y comas - le dijo orgulloso y altivo como siempre a su madre, quien no podía dar crédito a lo que oían sus oídos y veían sus ojos: su hijo recuperado y cazando otra vez. El joven dejó la pieza cobrada en manos de su madre y dio media vuelta y salió por el camino del Hayamö otra vez, pero pensando ahora en llegar hasta las orillas del Totori-Yaji. Caminando por un camino que no se ve

con ojos que no están acostumbrados a verlo. Y con el pensamiento fijo en la joven del sueño. Llegó hasta las orillas del río, pero nada, todo estaba en silencio. Al cabo de unos minutos de estar ahí, comenzó el trinar alegre de los pájaros. Un turpial trinaba sin parar, los chupacacaos graznaban más allá, el cristofue, la paraulata, la pizcua, el azulejo, el piarro y hasta las garzas emitían su feo graznido, que para ellas constituía una verdadera melodía.

“Qué raro” - pensó Totowe – “Los pájaros están alegres hoy también... Ayer estaban igual. ...¿O seré yo que estoy alegre, que el canto de los pájaros me parece más bonito?”

Miró alrededor y vio la exuberante belleza del bosque, del río; las flores más hermosas, las aves de más vistosos colores y se dio cuenta que en veinte inviernos que había vivido, era la primera vez que apreciaba lo que tenía alrededor, lo que siempre había tenido, había visto, pero nunca se había detenido a mirar, a sentir esa música, esa paz que se respiraba. Era paz y lucha tenaz. Lo había sabido siempre. Ese instante era como si de un golpe, todos sus sentidos se hubiesen abierto; que era ave, río, selva, aire, a la vez. Podía sentir el vibrar, respirar, jadear, soplar, vivir y morir de todo.

“¡Todo esto soy yo, es mío!” - pensó en voz alta, casi a gritos.

— ¡Y mío! - dijo una dulce voz ya conocida y añorada tanto tiempo.

Sobresaltado volteó y se quedó mudo, mirando tanta belleza que desnuda le sonreía con una ternura igual a la de aquel lejano día. Quería abrazarla, correr, pero no corrió, sino que tomó esta vez, la mano estirada que la joven le ofrecía, y se miraron a los ojos y ambos sabían todo. Ella sin hablar, hablaba y contestaba las preguntas que éste, sin hablar también decía a ella las cosas que llevaba por dentro.

Tomados de la mano caminaron por la playa, por la selva, entonces él supo que las aves cantaban para ellos, quienes de la mano entraron en el agua y se perdieron en la profundidad del pozo.

Una vez adentro del mundo de los encantos, él fue descubriendo maravillas, vio como en esa dimensión no había enfermedades y todos los animales que habitaban en el río asumían aspecto humanoide, pero que conservaban los que permitían saber que: este era tonina, aquel, tortuga... el otro danto. También había peces que eran peces y que eran para comer, pero los peces de cuero, también eran máwaris que habitaban esas profundidades. Pasaron dos camilleros que transportaban un herido que gritaba de dolor y la joven le dijo:

— ¡Ven conmigo! - y se fueron detrás de los camilleros que pedían paso.

— ¡Dejen pasar! ...Permiso... Dejen pasar - hasta que entraron en un salón y depositaron al herido que se quejaba, boca abajo en una mesa. Ellos llegaron atrás.

— ¡Permiso! ...¡Permiso!

Ella siempre tirando de la mano del joven hasta la mesa donde estaba el enfermo a quién el doctor no encontraba la forma de extraerle la punta del arpón que traía clavado en la espalda.

Ella explicó:

— Este es un tortugo que ha sido flechado por una persona que no deja de cazar y algunos animales quedan heridos sin ser capturados. Todos los habitantes de este pueblo son animales que ustedes, los de su mundo, están cazando sin piedad; sin querer darse cuenta que poco a poco nos vamos extinguiendo y muy pronto solo seremos un recuerdo.

Él, Totowe, se sintió culpable y agachó la cara. Ella le dijo:

— Mira a tu alrededor, verás que hay seres que tienen cicatrices de heridas hechas por hombres.

Entonces fue que él, Totowe, pudo darse cuenta que esas personas de verdad eran animales. Las toninas tenían un hueco en la espalda, y el herido tenía el arpón trancado fuertemente en el caparazón. Se acercó al herido y vio que el arpón se podía sacar girando y sin pensarlo dos veces lo asió, lo giró y tiró con fuerza hacia arriba y... Salió al instante. Como por encanto, la herida sanó, pero quedó una cicatriz en la concha. El supuesto doctor le dijo al tortugo:

— Anda, vete y tienes que tener más cuidado con los hombres, y usted amigo, le dijo volteando hacia Totowe,

— Gracias, fue muy oportuna su aparición... podría ser un buen doctor.

Totowe, extrañado, no sabía que contestar. Estaba tan confundido que no había echado a correr solamente porque la joven lo sostenía por una mano y de vez en cuando lo apretaba o tiraba de esta infundiéndole ánimo o diciéndole “Te amo”

— Gracias, dijo ella, no fue nada y lo haló hacia fuera. Una vez afuera ella lo invitó a comer a su casa donde vivían sus padres, personas sencillas, pero el padre de ella, parecía liderizar a las demás personas, por la reverencia con que era tratada la joven y ésta a su vez, con la reverencia que trataba su padre, una persona mayor, algo gordo y de un color más claro que los otros habitantes del pueblo. Totowe no entendía porque la joven era tan hermosa si su padre no se le parecía en nada, pero así es la vida y él no quería cambiarla, solo quería permanecer para siempre al lado de ella.

En el mundo donde estaba no sentía hambre, ni calor, ni enfermedades, ni frío, ni odio, ni rencores, para esa gente no existía realmente ni el bien ni el mal, como lo concebimos nosotros los humanos, solo existía el ser.

Llegó la noche y ella le comunicó que podían dormir juntos, pero que si llegaban a tener sexo, él no podría regresar a su mundo.

— ¡No me importa aquel mundo! - contestó él.

— Quiero que mi mundo sea tu mundo - añadió.

— Pero debes estar seguro, - contestó ella - porque una vez que te hayas quedado aquí, no podrás regresar.

Esa noche ambos se fundieron en un abrazo, tan sublime que fue la máxima expresión de amor entre dos seres de dos mundos diferentes y entre el calor de los dos cuerpos desnudos, pero sin ser una sola carne.

Amaneció, y ambos felices, sobre todo él, quien no había sido nada feliz en mucho tiempo.

Después de un frugal desayuno, el padre de la joven le dijo a Totowe:

— Debes volver a tu mundo, tu madre llora por ti, te cree muerto.

Totowe se sintió muy triste, porque su madre estaba triste y porque tendría que separarse de su amada, pero tenía que ver y consolar a su madre.

La joven que resultó no tener nombre y que él llamó Ema, lo acompañó hasta la playa, que era como la playa del pueblo, y se despidieron con un tierno abrazo y ella le dijo:

Cuando duermas te visitaré en sueños - y se zambulló en el agua.

El joven estuvo largo rato contemplando el lugar por donde se había zambullido su amada Ema. Ese día había amanecido brumoso y más bien amenazaba con lluvia y al joven le dio mucho sueño. Puede ser que por las emociones de la noche anterior, se recostó en la sombra de un chigo, especie de guama que crece a las orillas de los cursos de agua, y quedó profundamente dormido, tanto que no sentía la gran cantidad de jejenes que caían como arena sobre él.

No supo cuánto había dormido, pero el sol estaba empezando a salir; ya las aves comenzaban con sus llamadas a saludar el día y un paují emitió su canto gutural entonando una ignota canción de amor y fiereza. Una corocora salió volando de casi encima de su cabeza, de una rama del chigo con su estridente canto coro-coro-coro... Más allá, una pava de monte, ya rajaba la mejor leña para calentar el plátano o pasar el ceje.

“¡Uy! Como dormí”... No sé cómo fui a dormir tanto - pensó el joven Totowe.

“Debo llegar a mi casa” - y tomó el camino de su casa.

Había andado como unos diez minutos y ya el día había avanzado bastante. El sol ya comenzaba a salir y a aclarar la selva por dentro.

Todo era igual que ayer, el mismo camino, la misma selva. En ese momento vio una figura humana que venía, y otras más detrás. Él apuró el paso para saludarlos, pero se horrorizó al ver sus caras. Eran hombres, pero con cabezas de animales. Tigres, báquiros, loros... Ante semejante visión, salió en veloz carrera, pero los supuestos animales gritaron y salieron en una rápida persecución. Y en realidad sabían perseguir, acosar, cerrar todas las vías de escape, como los Yanomamö y además eran muy numerosos.

— ¡Ven hermanito! - decían, pero al hablarle se le veían los afilados colmillos que los incipientes rayos del sol infiltrándose en la selva, hacían brillar al dar la luz en sus caras.

— ¡No! - contestaba el joven.

— Ustedes me quieren comer... ¡Napemi! - gritaba, que en lengua Yanomamö quiere decir mamaita, pero la superioridad numérica era muy notoria y al fin se impuso. El joven fue sometido por el grupo. Uno de sus captos peló una mata de majagua, cuya corteza es de una fibras muy duras que se usa como correa y lo ataron de las manos, pero este joven era un hombre muy fuerte y aún

atado fuertemente, como estaba, cuando hacía fuerza, se llevaba a varios consigo. Por fin el hombre se cansó y se desmayó, porque todavía estaba débil y flaco. Lo amarraron a un palo, cual animal cazado y lo llevaron por el camino de vuelta, por donde venían, rumbo a la aldea.

Cuando despertó, se vio amarrado y colgando de un palo que se movía. El bosque se veía al revés y la gente que lo cargaba ahora tenían cara de gente. Reconoció a Yoyowe, su amigo de la infancia, a Coyewa, a su padre, al viejo Shapori que es el chamán, quien emplumado con plumón de gavián como si fuese para una fiesta, presidía la marcha, muy ufano.

— ¡Bájenme de aquí! - les pidió de repente.

— Me duelen las manos, ¡Bájenme de aquí! Yo no soy mono para estar guindando de un palo, no soy una pereza...

— ¡No! - le contestó el Piache - tú no querías venir con nosotros y te tuvimos que cazar como a un cachicamo.

— ¡Bájenme! Yo no me voy a escapar –replicó.

— ¡Bajémosle! - pidió el padre - miren sus manos y pies amoratados, mi hijito no es un animal, es mi hijo, por el que yo estoy sufriendo.

¡No! - contestó el viejo Shapori.

— Ya pronto llegaremos y después lo soltamos, no ahora, porque si se nos va, lo perdemos - acotó.

— ¡Yo no me voy a ir! ¡Suéltanme! - imploró el joven.

El viejo piache no contestó más y nadie más habló salvo el joven que seguía implorando.

— ¡Bájenme...!

Llegaron al shabono y su madre llegó corriendo y llorando de alegría.

— ¡Ay hijito! Yo creía que estabas muerto, que te había robado algún hécura del monte y le sobaba la cara, la cabeza y el pecho.

Volteando hacia el marido le preguntó:

— ¿Por qué lo traen como un animal? Mi hijo no es una pereza, no es un danto...

Nadie contestó, siguieron caminando hasta la casa del chamán y lo depositaron en el suelo todavía con el palo entre las piernas y las manos. Inmediatamente comenzaron los preparativos para el ritual de exorcismo, porque ya hacía veintiún días que el joven se había perdido y hasta ahora era que lo habían encontrado. Ya lo habían dado por muerto, pero no se habían encontrado los restos en la selva ni en el río. Iban a brujear al río grande cuando lo encontraron caminando, pero no entendían la razón por la que se había echado a correr cuando los vio, y esa expresión de horror de su cara, como si hubiese estado poseído un demonio, fue la razón por la que lo acorralaron como a un animal y era la razón por la que no lo soltaban todavía. Su madre se acercó a él y le preguntó.

— ¿Dónde estabas hijito? Yo estuve muy triste, tu padre y todos aquí estábamos muy tristes.

El joven les contó la historia desde el día que comenzó todo. Les contó lo de la joven, del mundo paralelo bajo el río, de las gentes, de su amor por la joven, del daño que se le hace al bosque cuando se trata locamente, del río, de la irracionalidad de todas las gentes al matar animales de manera indiscriminada, de la guerra, del fuego de las selvas y sabanas quemadas, de los barbascos y sus efectos. En fin, les estuvo hablando todo el resto del día. Habló con tanta lucidez que el viejo chamán consideró que necesitaba una brujería, pero se quedaría en observación en la casa de éste, al fin y al cabo, era su tío. La cosa, en realidad estaba más difícil de lo que creían, porque había sentimientos en medio, y hablaba de cosas que no se entendían como eso de cazar con medida, y pescar de una manera más difícil que la tradicional forma de envenenar los peces con barbasco, además de la locura de convertirse en un pueblo de cobardes no peleando como valientes con los demás pueblos enemigos. Definitivamente, a este joven había que rescatarlo de la locura.

Al día siguiente temprano comenzó el trabajo de exorcismo del joven. Después de varios toques de epena, que es el yopo, el chamán estuvo listo para invocar la ayuda de los espíritus de la selva. Invocó al pore de la lapa, para que buscara bajo el agua, al pore del tapir chamán para que viera, en fin, a todos los hécura que pudiesen ayudar, pero no había nada que hiciera desistir al joven de su amor por ese pore. Así, pasaron los días y el joven todavía soñaba con la joven, hasta que una noche se despertó y salió afuera a orinar y accidentalmente oyó una discusión donde se decidía su vida, en vista de que no daba señales de mejorar. Su tío el chamán pensaba que era mejor matarlo y guardar sus cenizas para una fiesta y tomárselas con tati-uqui, que es carato de plátanos maduros, pero su padre se oponía férreamente. Totowe tuvo mucho miedo y tristeza, porque él sabía el ascendiente que el viejo piache tenía sobre los guerreros del pueblo y esa misma noche, cuando todos dormían, tomó el sendero de Totori-yaji, que queda en el Hayamö y se internó en la espesura. Apenas llegó a la orilla, caminó hasta la playa llamando a su Ema. Se sentó a la orilla del agua y apenas se sentó, asomó la cara, saliendo del agua. Y se sentó a su lado. Fundidos en un tierno abrazo, hicieron como siempre habían deseado, luego, él le contó a la joven lo que pasaba en su aldea, de cómo se hablaba entre su misma familia sobre su muerte.

En la aldea no se enteraron de nada, pero al notar la desaparición del joven, por el shapori, salieron los hombres a perseguirlo. Se habían dado cuenta con el cantar de los gallos, dándose inmediatamente la voz de alarma. La algarabía de gente corriendo subió al camino.

Completamente absortos se encontraban los jóvenes a la orilla del agua, sentados en una piedra, en la claridad lechoza de la madrugada ribereña que cargada de brumas irrumpía en las sombras menguantes, cuando de pronto, una flecha vino a clavarse en la arena junto a la piedra.

— ¡Vamos! - dijo ella, y tomados por la mano, se hundieron los dos en el agua.

Quando la horda de guerreros que venían dispuestos a asesinarlos, llegó a la orilla, solo vieron el aguaje. Más allá dos toninas, muy juntas, salían a respirar de cuando en cuando.

.EL DUEÑO DE LA NOCHE.

Piaroa.

En el principio, en el mundo, solo había noche en el sitio donde se encontraba la churuata del Gran Piaroa, dueño de la noche. En el resto del mundo, todo era de día. Por lo tanto, las gentes trabajaban y trabajaban sin descansar y eso ya se estaba volviendo aburrido. Solo en ese lugar, el sitio del Gran Piaroa, la gente podía dormir y claro está, descansar después de trabajar durante el día.

Un día, se pusieron de acuerdo varias personas, entre ellos el mono, porque en ese tiempo la gente se podía comunicar con los animales, para visitar el sitio del dueño de la noche, con la intención de que al ser visitado, el dueño de la casa, les obsequiara regalos como es costumbre que ocurra cuando una visita es apreciada entre los indígenas de nuestra tierra, pero en concreto, querían pedir expresamente la noche. El mono quería pedir gracia para hacer morisquetas que le permitiesen ser bufón y la persona a visitar podía hacer tales regalos, porque un dios puede hacerlos.

En el camino hacia la casa del Gran Piaroa, pasaron por el sitio de un hombre que estaba techando su casa. Este hombre era un brujo, que les pidió ayuda para terminar de techar ofreciéndoles acompañarlos en el viaje, a lo que unánimemente se opusieron los viajeros, excusándose por encontrarse ya en viaje, cosa que no querían demorar por más tiempo. Como el brujo se vio defraudado en su petición a los viajeros, prometió vengarse de ellos de alguna manera.

Después de pasar algún tiempo entre la gente del Gran Piaroa, cuando se fueron a ir, el dueño de la casa les entregó una cajita tejida con cogollos de palma, de esas que tejen los piaroas, para guardar el yopo, también los utensilios que se usan para consumirlo, y les dijo.

— Cuando ustedes hayan terminado de trabajar, solo entonces, deberán de abrir esta caja. Dentro de ella están los regalos que les estoy dando; lo que cada uno de ustedes estaba pensando pedirme está ahí, pero recuerden bien - les dijo - solo cuando terminen de trabajar...

Los visitantes se despidieron y se fueron contentos, pensando cada cual, en su respectivo regalo. Apenas hubieron desaparecido de la vista del anfitrión, el mono curioso, propuso:

- Abramos ya la caja y tomemos de una vez, cada quién, nuestros regalos.
- ¡No! Contestaron los demás al unísono y el de mayor edad agregó:
- Hagamos como nos indicó el Gran Piaroa.

Y siguieron camino. Más adelante se encontraron un gran árbol cargado de frutas, que maduras y jugosas invitaban a comérselas, los viajantes, hambrientos y cansados, se subieron al árbol para comer fruta encaramados.

Tan distraídos estaban, comiendo, que no se dieron cuenta cuando el mono se bajó del árbol, y lleno de curiosidad, abrió la misteriosa cajita.

En ese preciso instante, todo se puso oscuro y comenzaron a brillar las estrellas, los cocuyos, comenzó a cantar el sapito que canta: tseeh, tseeh, y los grillos, y se pusieron a dormir. Pues se habían escapado las cosas que les habían regalado y que estaban tapadas en la cajita. Eran la noche y todo lo que trae ésta, las estrellas, el sapito, los sueños, los cocuyos,

pero de alguna manera, el brujo que habían defraudado, influyó con hechizos, para que el anfitrión les incluyera también pesadillas y los zancudos en la cajita... Dicen mis parientes, que por esa razón, es que siempre se nos hace de noche antes de terminar un trabajo, y a veces requiere de varios días para hacerlo.

Hoy, todavía se puede ver la churuata del Gran Piaraa, también la churuata pequeña donde se guardan los huarimes que son nuestras vestimentas rituales con las que cinco chamanes hacen petición de buenas cosechas, en fiestas de propiciación, en el lugar donde hoy se llama la Piedra de la Tortuga, que está en el limpio que hicieron los antiguos para comer las frutas del árbol de todas las frutas, junto al río Orinoco, porque los blancos, no sabían cómo eran las cosas de los Piaraa.

EL CONGELADOR.

Me he despertado sobresaltado, soñando algo terrible, macabro, asqueroso, algo digno de un cuento de terror, una pesadilla.

Ambientado en los años cincuenta, en una ciudad donde hay frío y el agua sucia se congela en tiempo de invierno, que está saliendo o entrando en estación. Ya estábamos para cenar, como a las seis de la tarde, pude ver como un camión de estacas dejaba en el camino de casa a un grupo como de veinte personas. El camión tendría una falla, porque cuando arrancó, lo hizo con el motor encendido en llamas, hasta alcanzar la autopista, que repleta de vehículos, pasaba cerca de nuestra casa campestre. Algunas personas de las que quedaron varadas siguieron caminando por el pantanoso camino hacia las luces de la ciudad que ya se iban encendiendo a medida que cerraba la tarde. Otras caminaron hacia nuestra casa. Mi esposa, mi madre y una vieja sirvienta de muchos años con nosotros, preparaban una barbacoa, cuando llegó la primera persona, una mujer amiga nuestra.

— ¡Violeta! ¡Hacía tiempo que no te veíamos, pasa! - le invité alegre,

— ¡Tiempo sin verte! - al tiempo que le dije a mi esposa medio gritado desde el portón:

— Mi amor, tenemos visita, prepara un pedazo más de carne que Violeta nos está visitando.

— Dile que pase para acá, para charlar mientras cocinamos - contestó ella desde la cocina. Aquí está mamá también.

Pasaban los minutos y aún la cena no estaba lista; solo se escuchaba la actividad en la cocina, cuándo llegó mi tía Delfa y volví a gritar desde la entrada:

— Mi amor... aquí está mi tía, pon otro pedazo de carne en la brasa.

— Dile que pase para acá - contestó ella.

Mi esposa y ella, mi tía, sin hablar más, se fue a la cocina también.

La casa era de corredores que circunvalaban un patio interior, con un amplio jardín cuyo centro era una fuente de aguas verdes y limosas que salían de un niño que hacía pipí. Alrededor se daba la vuelta con los vehículos para volver a salir por el amplio portón que daba acceso a la casa. Toda una casa de estilo colonial Español que debía ser muy vieja, porque la cocina era de leña.

En la cocina se oía la actividad hasta que llegó la hora en que la cena estuvo lista y me llamaron a la mesa. Carne a la barbacoa, ensalada... La cena estuvo especialmente deliciosa,

— ¿Y Violeta? - pregunté.

¿No viste cuando salió? - contestó ella, mi esposa.

— Se fue enseguida - agregó.

Las demás mujeres comían en silencio. Algunas presas de carne estaban algo crudas todavía, pero si al abrirlas, estaban todavía crudas, mi esposa las volvía a poner en la brasa y retiraba

otra mejor cocida, pero esa barbacoa especialmente, les había quedado estupenda y se los dije:

— Cada día mi mujer y mi madre, preparan mejor la carne asada.

— Gracias - contestó mi madre sin levantar la cara

Gracias - contestó coqueta mi esposa.

Mi tía no dijo nada, siguió degustando tan delicioso plato.

Después de la cena, mi esposa, me pidió que limpiase el hollín de la chimenea de la cocina para el día siguiente.

Al otro día, a media mañana, las mujeres, incluyendo la vieja sirvienta, salieron de compras para la ciudad. Decidí aprovechar para limpiar la chimenea. Escobillón en mano, comencé por la parte superior y cuando estuve abajo, quise tomar algo frío. Fui al refrigerador, busqué agua, y como siempre ocurre en mi casa, no había agua fría; busqué hielo, y tampoco encontré. Recordé el congelador grande que teníamos en el pantry, para guardar carnes y fui a ver si hallaba hielo o agua fría, abrí la puerta y casi me desmayo de horror, tanto que todavía siento nauseas.

Colgando de un gancho de los que se usan para colgar carne en los congeladores grandes, se hallaba el torso de Violeta, sin piernas ni brazos, ni vísceras, con los ojos muy abiertos, pero muy limpio. Ahora puedo comprender ese agradable sabor de la cena de anoche.

EL CHORRO.

La falca salió al alba para pasar el chorro temprano. No es que el chorro fuese tan fuerte, sino lo seco que está el río lo que lo hace difícil de verdad. Una verdadera prueba de conducción de precisión, porque no es posible dar marcha atrás, sin quedar atravesado en alguna piedra y por ende botar la carga y hasta el barco. Una vez que se está metido en el raudal, debe irse siempre adelante.

La embarcación, poco a poco, va llegando a la zona de las piedras, que amenazantes, muestran los dientes. Lo angosto del canal y lo tortuoso, hacen que quién tenga que conducir un bote cualquiera por sus aguas, sienta esa sensación de temor que debe que ser ocultada, pero que se apodera de todos los que se adentran en el paso. Ya las piedras que estaban adelante, están en la popa, escasamente a un metro de la pata del motor. Y en la proa, otro promontorio de piedras a las que hay que pasar por la izquierda. Lentamente, la nave va subiendo y se alcanza a ver pasar la piedra, con su cara amarillo-verdosa, cuyas negras líneas que la entrecruzan muestran sus aristas filosas que ya han roto más de un barco.

Ella, la roca, mira expectante y maliciosa desde abajo.

La subida sigue siendo lenta, pero ahora los motores van a un poco más de gas. La corriente aumenta a medida que se va subiendo. Otra piedra va pasando esta vez por la derecha, de repente ¡Una sacudida! Hemos tocado una piedra con un lado de la popa, pero la falca no alcanzó a montarse. Ya están otras piedras que como una barrera, cierran el paso al frente, acercándose a la proa peligrosamente.

Un marinero fornido, un Buha Brasileiro, salta con la punta de un cabo en la mano y empuja la proa hacia fuera, mientras el práctico endereza la popa sacándola de las piedras que amenazan atrás. Una vez hecha la maniobra, la lancha comienza a subir de nuevo, se embarca el Buha quién con la palanca continúa botando la proa hacia fuera de las piedras. Allá adelante, como a cien metros, se ve ya el primer chorro. La Bragueta, nombre puesto por algún chistoso que en algún momento de la historia, vivió en esos parajes con toda la salvaje belleza de la selva Amazónica, paisajes donde en cada rincón de la espesura se adivinan duendes, máwaris, espíritus que habitan por doquier, contra los que no se podría nunca luchar.

— La Bragueta está como más brava esta vez.

Comentó el compadre. Hombrecillo de baja estatura, de edad indefinida, uno de esos que hay tantos por todas partes en el río, baquiano de las aguas y de la selva.

— ¡Hum! ...No nos vaya a echar una vaina... Contestó Lorenzo, quien funge como capitán de la embarcación y agregó:

— No es que el chorro sea tan fuerte, pero las piedras están tan mal puestas... “*Como p’a que uno se joda*”. Esta última parte para sí mismo.

El golpe de timón a babor, el rugido del motor al enfrentar la corriente que entra perpendicular por la izquierda y hay que voltear rápido a babor, porque a la derecha están

esperando unas afiladas rocas, que impacientes, parece que quisieran subirse un poquito para golpear los barcos.

- ¡Más máquina! - grita Lorenzo y hace señas al motorista.
- ¡Para acá! – y señala con la mano izquierda.
- Meta la palanca, ¡Rápido!

Y el Buha hunde una palanca por estribor. Por momentos la lancha parece dominada por la corriente, pero al fin comienza a verse el quiebro hacia estribor.

- *Un poco más...*

La lancha comienza a subir y a cobrar velocidad, que el práctico rebaja al disminuir la aceleración del motor. Cesa el rugido y ahora es un ronroneo suave otra vez... Un poco más de gas y la nave comienza a subir de nuevo. De nuevo una piedra al frente, otra a estribor. La piedra que quedaba a estribor está ahora detrás y la que estaba al frente a babor.

- ¡Más máquina!

Pasan las piedras por ambos lados. Ahora la embarcación da la sensación de ser muy grande para el tamaño mínimo del canal por donde va pasando. Pegado casi a la orilla, sorteando además de las piedras, los troncos caídos. Para esquivar un tronco recién caído al agua, el práctico se abrió un poco más de lo recomendado... El sacudón que indica que se han montado en una piedra.

“*¡Que vaina!*” - pensó

- ¡No rebaje! Manténgalo ahí - dijo Lorenzo. ¡Dele p’a la derecha a ver si se despega!

Pero la fuerte corriente mantiene la lancha pegada contra la piedra. Cuando Lorenzo levantó la vista hacia el chorro grande...

- “*¡Lo que faltaba...!*” - pensó.

Un bongo grande bajaba ya en la corriente del chorro, que si así como subiendo, no hay vuelta atrás, bajando es peor, porque no es posible frenar por las corrientes. De patrón venía un indio Puinabe apodado “El Tuerto”, tipo de mala fama, pero baquiano reconocido en el río. Cuando llegó donde estaba la falca varada en la roca, todo parecía indicar que se estrellaría inminentemente.

— “*¡Se va a estrellar!*” - pensó Lorenzo y se preparó para el desastre que se les venía encima. Los ojos del compadre parecía que se iban a salir de sus órbitas. Del susto no alcanzaba a reaccionar, cuando de pronto, un hábil quiebro dado al timón en el momento preciso, lo hizo pasar a escasos centímetros de la lancha. La ola que produjo al pasar, hizo el milagro. La lancha se levantó de la piedra donde estaba y fue a caer al canal otra vez. El práctico, práctico al fin, aprovechó ese instante y aceleró el motor para pasar rozando el tronco por un lado y la piedra que pasó por la izquierda con su cara burlona de amarillo verdoso, riéndose del susto que los hizo pasar.

Ahora con mucho cuidado, se van acercando a la pata del chorro grande de San Francisco.

En la pata del chorro, otra vez un rugido de motor y el golpe de timón esta vez a estribor, porque las corrientes chocan perpendiculares por estribor. El golpe de timón y el acelerón repentino, son para orientar la nave en las corrientes de manera que se alinee en

ellas. Si esta maniobra no se hace a tiempo, lo más probable es que la embarcación se verá arrastrada por la fuerte corriente hacia abajo y abajo están esperando más piedras.

Ahora se puede apreciar el chorro de San Francisco en toda su extensión. Se aprecia un desnivel como de dos metros en unos cincuenta, lo que hace que las corrientes sean de lo más fuerte ahora. La gran pregunta es *¿Será que sube?* Y es esta la pregunta que se hace Lorenzo mientras la embarcación continúa remontando suavemente. El motor comienza a roncar ahora un poco más fuerte, para poder vencer la fuerza de las aguas que embravecidas tratan de mandar p'abajo cualquier objeto que se les enfrente y estrellarlo con las piedras que se hallan distribuidas atravesadas aguas abajo.

Es mucha la lancha y el bongo que se han hundido aquí... Compa - habló al fin el compadre.

— ¡Pele el ojo! - respondió nervioso Lorenzo.

Y no es para menos, la pendiente del chorro es muy grande, pero no hay vuelta atrás. Aquí la lancha pasa o se queda para siempre, porque al bajar con las corrientes sin motor, se destrozaría contra las piedras.

Metido en las corrientes, la lancha de pronto desaparece y aparece luego en la cresta de una ola, para desaparecer otra vez, pero remontando. El motor ahora ruge y la lancha se ve frágil a merced de las aguas.

Por momentos, los pasajeros ven como la embarcación se detiene frenada por la corriente y hasta como baja un poco, pero pasados unos angustiosos segundos, vuelve a subir. Muy lentamente va llegando a la cabeza del chorro. Ahora la lancha se ha detenido con la corriente que es más fuerte aquí, aunque no hay olas como algunos metros atrás.

— ¡Prenda el auxiliar! - grita Lorenzo a un marinero.

— *Para ayudar...*

El marinero corrió hasta la popa del bongo auxiliar que llevan remolcado para casos de emergencia, donde un motor fuera de borda pende con la pata levantada. Lo baja, arranca en momentos cuando la lancha está siendo dominada por la corriente, que por momentos se hace más fuerte, acelera y ésta detiene su bajada, luego, perezosamente comienza a subir de nuevo. En el puente nadie habla y el compa con los labios apretados como una línea recta, maneja el timón.

Ya en la cabeza del chorro, una piedra en el medio, que se esquiva sin problemas y la lancha comienza a andar más rápida.

Con los motores rugiendo, ahora con menos corriente, el andar se hace más rápido aun y hay que alejarse lo más pronto de ese chorro que siempre asusta a quién lo sube en época de verano.

EL CAIMAN DE CASTILLITO.

En el río Negro, muy adentro de territorio Brasileiro, hace ya mucho tiempo, había una ciudad donde todos sus habitantes se convirtieron en Mawaris y la ciudad toda se sumergió en las negras aguas del río, de donde emerge algunas noches de gran actividad, para volver a sumergirse al salir el sol.

Un día, una de las familias que habitan esa mágica ciudad, con hijos y todo, decidieron salir de viaje, para conocer el nombrado Orinoco, el fenómeno del canal del Casiquiare, que permite comunicar el río Negro con el Orinoco, y el mar salado, sin dejar de navegar. La sensación de ir subiendo por el Casiquiare y de repente encontrarse navegando río abajo. Prepararon la curiara, canaletes, carpa, tren de pesca, en fin, todo lo necesario para llevar a cabo un viaje de largo tiempo.

Se despidieron de los amigos del pueblo y zarparon río arriba, Las Cachoeiras de San Gabriel, La piedra del Cocuy, Santa Rosa, San Carlos, El Casiquiare. La curiara remontaba sola, como si media docena de remeros invisibles la condujeran por las aguas quietas de los remansos y también las rápidas y locas de los raudales que abundan por esos lados. Después de meses de andar, conocer y admirarse de las maravillas de la naturaleza, llegaron al río Orinoco y con más asombro, vieron que era cierto, que el río corría en otra dirección y se abandonaron en la corriente, ahora río abajo.

Corría ya el mes de Mayo y habían llegado las lluvias cuando llegaron a la piedra cuadrada de Castillito, raudal donde tenía su morada una enorme caimana, madre de todos los caimanes del Orinoco, cuyo apetito era insaciable.

Papá Máwari, viendo que su carpa estaba ya bastante rota, por el tiempo y el uso, decidió sacar siringa, que es la goma de árbol, para curarla. Convidó a su compañera y les dijo a los hijos:

— Niños, mamá y yo vamos a buscar leche de gomas para el monte, no se vayan a estar bañando hasta que regresemos.

— Sí, papá, fue la respuesta.

Salieron por la orilla derecha del río, buscando hacia afuera, donde estaban los siringales. Trabajaron todo el día y en la tarde, cuando regresaron, los niños no estaban por ninguna parte.

— ¡Niños!

Llamó papá Mawari.

— ¿Dónde están?

— ¡Aquí papá!

Fue la lejana respuesta, porque las voces provenían de la barriga de la enorme caimana que se encontraba durmiendo una siesta en una laja que sobresalía del río, después de haberse comido a los niños Mawaris que no habían hecho caso de sus padres.

Lo que no sabía la madre caimana era que los niños eran Mawari y que por lo tanto no iban a morir, aunque si iban a permanecer en la barriga.

Al ver los padres al animal, supusieron lo demás, y sin despertarla, le abrieron la barriga, sacaron a los desobedientes niños, pero convirtieron en piedra a la caimana también.

Como el tiempo y el agua todo lo roen, fueron gastando las piedras, y esa también, que además se fue fragmentando y hoy día, ha quedado esparcida por toda la laja, pero todavía pueden verse los restos de aquel enorme animal que fuera convertido en piedra y del que queda principalmente la cabeza como un recuerdo en el sitio de Castillito, en la misma laja donde se echó a dormir después de comer.

DUSIÉ JEIME

Baré

Con la peste del sarampión, el pueblito había quedado solo. La gente, gente sencilla, lo habían abandonado todo y huido hacia otra parte, ante el temor de ser atacados por tan terrible enfermedad. Todo aquel que contraía el sarampión, podía irse despidiendo de este mundo, porque siempre antes de morir, las personas eran atacadas por un dolor muy fuerte en el pecho que no las dejaba respirar.

En la huida los del pueblo abandonaron a una muchacha que había sido atacada por el mal y que de seguro se iba a morir; por lo tanto había que salir cuanto antes. Abandonaron conucos, casas, enseres. Solo las cosas necesarias como ropa, chinchorros, herramientas y los animales domésticos se podían llevar en las curiaras. Se abrieron para el centro del río, y se fueron con la corriente. Los perros aullaron y se fueron llorando por la orilla del río detrás de las curiaras.

En aquel pueblo a orillas del río Negro no se oía ningún ruido, solamente aquella joven que en el ardor de su fiebre se sentía morir. Sus familiares, en un arranque de amor por la hija que se quedaba sola y por si acaso... habían dejado agua, cusi, que en lengua baré es casabe, junto al chinchorro y hasta algunos pescados asados en un fogón que ardía lentamente por unos gruesos troncos de madera dura, para que el fuego durase.

Después de una semana de agonía, la joven que a la postre se llamaba Jinátati, que en lengua significa mujer, se despertó sin fiebre y sin el dolor en el pecho que no la dejaba respirar. Algo débil, pero al no tener dolor, quiso intentar pararse. Un vahído la hizo desistir del intento, pero el agua se había terminado y ella, Jinátati, tenía ahora mucha sed, hambre y sed. Después de un rato, volvió a intentarlo, lo logró, aunque no se pudo mover de donde estaba parada en un buen rato. Por fin, lentamente, caminó hasta el fogón y con el pie atizó los troncos que se estaban apagando. Después caminó hasta la puerta que estaba cerrada por fuera, amarrada con un cordón de cumare. Le hizo fuerza, pero estas eran muy escasas. La debilidad era tanta que tuvo necesidad de regresar a su chinchorro, completamente agotada. Claro, después de tan largo ayuno, pero ahora no se sentía tan mal, solamente débil.

Descansó un largo rato y mientras descansaba pensó en algo cortante. Cuando se volvió a poner de pie, buscó abrir las ventanas para darle un poco de luz a la estancia, luego buscó algo como un cuchillo, pero solo encontró un pedazo de machete roto, que empleó para abrir la puerta y salió. De una vez se dirigió al río donde se bañó y bebió agua. Después de tomar agua se sintió mejor, pudo ver que en un rincón del puerto, al lado de un tronco caído, entre el agua, habían dejado haciendo "murujuy" en unos catumares. Sacó un poco de yuca fermentada e hizo mazoca, que es una harina que se hace de yuca fermentada. Tomó yucuta y se sintió con más fuerzas.

Fueron pasando los días y ella, la joven ya pensó en ir al conuco a arrancar yuca para hacer su casabe y esperar a que regresaran sus familiares.

Ya las fiebres habían desaparecido por completo y las fuerzas hubieron aparecido, en el conuco, cuando estaba limpiando, le provocó chuparse una caña. Después de hacerlo le dio sueño, se recostó al pié de un árbol y se quedó dormida. Cuando despertó se sintió extraña, se sentía pesada, sintió un peso extraño sobre sus hombros. Se preguntó que podría ser eso, cuando el terror la sobrecogió al comprobar que esa cosa era real y que a la vez podía hablar. La cosa no le hacía daño físico, pero era algo pesada y estaba bien agarrada. Llena de miedo corrió hacia el río y cuando llegó y se le mojaron los pies, la cosa le atenazó el cuello con tal fuerza que le cortó la respiración y tuvo que salirse del agua. Cuando ella se salió del agua, el bicho aflojó, porque éste tenía mucho miedo al agua, también quería una persona junto a él. Con mucho cuidado ahora, la joven se fue acercando al agua, hasta que pudo mirarse en el espejo del río, que en las aguas del oscuro río Negro, se forma con especial nitidez, y mirar a su indeseable mascota. Se trataba de la osamenta del tronco de una de las personas que habían muerto de sarampión, a la que quizá los animales del monte habían desenterrado y que algún espíritu del bosque había posesionado para actuar así. Asustada trató

de sacárselo de encima, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque esa cosa se agarraba y chillaba durísimo.

Al pasar media tarde, con su mascota cabalgando en su hombro, sintió hambre y cuál sería su sorpresa cuando se fue a llevar un pedazo de casabe a la boca, la mano de aquella cosa se lo arrebató y se lo comió. Así, cada vez que ella iba a llevarse algo a la boca, ese “Dusié jeime” que en lengua Baré quiere decir cabeza de muerto, se lo arrebataba de la mano y se lo engullía con una creciente voracidad. Tal era el hambre de esa cosa que no le daba oportunidad a la joven de comer. Solo pudo notar que Dusié jeime solamente agarraba con una sola mano, mientras que con la otra se sostenía del hombro de ella.

— ¡Tengo hambre! - decía a cada momento.

— ¡Dame más comida! - ordenaba, pero como era una calavera de muerto, nunca se iba a llenar. La situación era desesperada, y si ella, Jinátati, no se libraba pronto de ese “dusié jeime” ella también sería muerta, esa cosa haría lo que no pudo hacer el sarampión; matarla, pero de hambre.

Pasaron los días y la joven ya empezaba a acusar la falta de alimento; ya los pómulos se asomaban pronunciados en su cara y las costillas se marcaban completas a través de la raída tela de sus viejos vestidos. No podría aguantar por más tiempo ese jinete que no se le bajaba ni a sol ni a sombra. Por fin, decidió que iba a hacer algo, había descubierto un “damesano” de ají de Zamuro molido.

El ají de Zamuro es un ajicito redondo que puede ser rojo o amarillo cuando maduro, pero es el ají más picante que se conoce por los lados del Guainía y parte del río Negro y así como la gente seca al fuego y pila pescado en la estación seca, para pasar el invierno, así mismo tuesta y muele ají para conservarlo en botellas.

Jinátati ralló yuca y preparó masa para hacer casabe. Se comportaba como si todo fuese igual, pero con una debilidad fuera de lo común, para que “Dusié Jeime” no sospechase nada de su plan. Se levantó temprano para sebucanear. Mientras la masa botaba el yare, acomodó el fuego bajo el budare. Apenas estuvo caliente el budare, tendió una torta y otra, y otra. Cuando el bicho vio que había casabe, empezó a gritar.

— ¡Tengo hambre! ¡Dame comida!..

Cuando él comenzaba con este sainete, la única forma de callarlo era con comida.

Entonces ella destapó el damesano de ají molido, sirvió en una totumita y “envolvió” un pedazo de casabe fresco, así, blandito con el ají molido y se lo dio a comer, el bicho gritó, porque el ají le quemó la boca, bien adentro de sus entrañas.

— ¡Dame agua! – chilló, y ella le dio más casabe con ají de Zamuro molido. Como él no podía refrenar el impulso de comer, comió más casabe con ají y chilló más duro, asado por el picante.

.-¡Dame agua! ¡Dame agua! ¡Dame...

Ella por toda respuesta le dio más ají con casabe. “Dusié Jeime” gritaba como un loco, con sus manos huesudas se echaba aire en la boca desesperado.

— ¡Ayayay!, ay... ¡Dame agua!... Imploraba, soplabla para adentro, para afuera, sacudía las manos, pero la joven solo le daba más ají con casabe fresco.

La cosa le preguntó:

— ¿Por qué me castigas de esa manera y no me das agua? ¿No ves que es malo negar el agua a los demás?

— Es que estoy tan débil que no puedo ir al río a buscar agua... Tú no me dejas comer...

— Come más... y le dio más casabe con ají molido. “Dusié jeime” comprendió que la joven no podría ir al río para traerle agua, porque estaba muy débil; también sabía que ella no se iba a poder mover con suficiente rapidez para evitarlo, además que él se había constituido en su única compañía, ella no lo dejaría solo. Por fin se soltó del cuello de ella y apoyado en las manos huesudas, desesperado se arrastró lo más rápido que pudo hasta el río. En ese mismo momento, cuando el bicho se hubo retirado lo suficiente, la joven se puso de pie de un salto y con una agilidad que ese bicho no podía sospechar, llegó al río antes que él, soltó la curiara y de un salto se embarcó y empujó para el centro de la corriente, mientras que “Dusié Jeime” en la orilla, gritaba, llamaba, gimoteaba y tomaba agua.

CURUPIRA.

“Cuándo ande en la selva o en el río, ¡No coma frío!”

La Casa entera se movía, el peso de ese enorme animal parecía que iba a sacar la puerta. Todos los niños estaban apiñados en un rincón y una anciana, abuela de ellos, quemaba ají molido en el fogón pretendiendo con ese humo hacer que ese animal, monstruo, cosa o demonio, se ahuyentara. Afuera, los perros alborotados ladraban desaforados, pero esa cosa lo que quería era entrar a la casa y no hacía mucho caso de los perros.

— ¡Señor del Bom Fim! -imploraba la anciana - ¡Ayúdanos! Virgen Santa, espanta ese bicho.

Pero parecía que el animal no atendía el llamado o el milagro no quería ocurrir.

— ¡Alguno de ustedes comió frío! - fue la conclusión que sacó la desesperada abuela. Los niños, asustados, dijeron que no, pero la verdad era que todos habían estado comiendo asado frío, porque la candela de la trola, se había apagado durante la noche anterior.

— ¡Tiene que ser! Porque de otra manera no habría venido Curupira.

Curupira, entre los Yeral es lo que llamamos en Amazonas “El Salvaje”, es un animal alrededor del cual se ha creado un halo mágico de terror. Los Yanomamö lo llaman “Hombre

de la selva” Los Arawak, Piaroa, Ye`kwana, lo llaman Salvaje. Los blancos no creen en eso, pero algunos Churos que se han quedado aquí, lo van conociendo como el “Salvaje”.

Poco o nada se sabe de este animal; unos dicen que tiene los pies al revés, es decir, que deja sus huellas hacia atrás, que tiene el talón p`alante. Entre los Piaroa dicen que se trata de un hombre que se pone una casaca a la que no le penetran las balas corrientes. Algunos cazadores del alto Orinoco suelen cargar entre sus pertrechos, un cartucho preparado con una bala de cera, porque se dice que es lo único que lo puede matar. “Que el plomo no le entra.”

La anciana, al no saber qué hacer para espantar al animal que furioso intenta entrar a su casa, decide quemar ají molido, en la creencia de que el humo, que él detesta, lo hará abandonar su presa, pero Curupira ó el salvaje, parece que tiene hambre, porque no se quiere ir, por el contrario, cada vez como que empuja con más fuerza, aunque los perros no se cansan de hostigarle. Uno de los perros, el más osado, le mordió una pierna y Curupira, de un solo manotazo lo elevó por los aires y el pobre perro fue a caer muerto como a diez metros más allá.

— Vamos a rezar todos - pidió la atribulada vieja.

— Ojalá viniera la gente rápido, porque este bicho nos come aquí.

— Santa María... Por la señal...

La casa entera se movía como si un vendaval la estuviese azotando solo a ella. En un rincón, una niña y dos varones abrazados, uno de ellos se había orinado por el pánico.

— Padre Nuestro...

En eso la puerta al fin cedió cayendo con fuerza hacia adentro. Encima de la puerta, un enorme animal más grande que el perro más grande, de largo como un tigre, pero ancho, corpulento, para tener esa fuerza descomunal. La cara, más bien parecida a un perro, pero con la mirada torva, con unos enormes colmillos que se mostraban cuando abría la babeante boca y un gruñido profundo, de esos que jamás se pueden olvidar, pero esa mancha blanca en la cara negra, a la luz de las llamas, lo hacen recordar como el mismísimo diablo, pero obeso.

La abuela le salió al encuentro armada con un machete.

— ¡Bicho, vete de aquí!

Fue entonces cuando ese ser se puso de pie, fue cuando se pudo apreciar su verdadero tamaño, medía casi dos metros, el pelaje del vientre era de color claro, suave, y al pararse volteaba las patas hacia adentro, pero lo verdaderamente temible eran sus manos, terminadas en afiladas uñas que brillaban como el acero por efecto de las llamas.

La abuela le lanzó un machetazo, pero no supo cuando el machete voló por los aires y no tuvo tiempo de pensar en más nada, el animal, o esa cosa, la atrapó y abrazó mientras la mordía en la cara y en el cráneo.

El mayorcito de los niños, de unos doce años, se soltó del grupo y tomó un leño encendido. Cuando lo acercó al animal, este trató de retroceder algo asustado, pero se repuso y de un manotazo voló el leño prendido y al muchacho, pegándolo de la pared;

yendo el leño encendido a caer sobre la troja donde guardaban casabe y algunos corotos, prendiendo la palma del techo que rápidamente comenzó a arder.

En toda esta confusión, la hembra, algo mayor, rompió la ventana y arrastró al hermanito, más pequeño, y salieron de la choza, cruzando en veloz carrera el patio para llegar hasta la orilla del río, donde había una pequeña curiara en la que se montaron y se abrieron al centro del río. En la casa todo quedó envuelto en llamas y pronto fue consumida por estas, pero en la orilla, el feroz animal, emitía gritos de rabia, o quién sabe, que sonaban plañideramente, como el aullido de un perro herido, pero más profundo, o un lobo, o...

Por fin, cuando el fuego se hubo apagado, y los perros se callaron, el bicho, Curupira, se decidió a irse, acompañado del ladrido de los perros que a prudente distancia acosaban al intruso.

Era ya de madrugada cuando finalmente regresaron los dueños de la casa, y encontraron el cuadro desolador de la choza quemada y el cuerpo calcinado de la vieja, pero no encontraron el cuerpo del muchacho que en un momento de valor blandiera un leño encendido contra el salvaje. Más allá, en el río, dos niños ateridos de frío, o miedo, en una curiara que amarrada de una rama seca, bailaba en la corriente juguetona del río.

GLOSARIO.

- Aguaje** Oleaje que en las aguas tranquilas delata la presencia de un animal o algo que se mueve en el agua.
- Aracusa** Voz Ye`kwana que significa escopeta.
- Bácula** Escopeta.
- Barbasco** Planta cuyos jugos son utilizados para envenenar los peces en lagunas y poder capturarlos.
- Baré** Etnia de raíz Arawac del río Negro hoy casi desaparecida.
- Bongo** Embarcación pesada hecha del tronco de un árbol con capacidad para mover carga. Los hay hasta para 20 ton. Movida por motor.
- Cachoeira** Voz portuguesa que significa raudal.
- Canaima** Entre los Ye`Kwana. Espíritu de la selva capaz de matar a una persona. Brujo que mata por encargo.
- Canalete** Remo pequeño para impulsar curiaras labrados a mano de una sola madera.
- Cañito** Río pequeño. Arroyo.
- Ceje** Palmera de cuya fruta se extrae aceite, pero que su jugo se consume también con mañoco o solo. Muy alimenticio. Arbol leguminoso abundante en las orillas anegadizas de los ríos de Amazonas.
- Chinchorro** Hamaca
- Chorro** Raudal, rápido con obstáculos en la corriente del río. Por lo general reviste

peligro sobre todo para las embarcaciones.

- Chorro** Se le llama a los rápidos que se forman en los cursos de agua. A la inferior se le llama pata y a la superior cabeza.
- Chubasco** Viento fuerte que se desata con lluvia y produce un oleaje fuerte en el río capaz de hacer zozobrar a las
- Churo** Voz baniba con que se designan los extranjeros blancos. (Peyorativo).
- Churuata** Vivienda de palma de forma redonda y cónica de origen Piaroa.
- Contra** Protección espiritual contra brujerías y enemigos.
- Conuco** Parcela de terreno por lo general de poca extensión donde se siembran las plantas que la familia consume.
- Corocora** Ave color rojo o negro que habita a las orillas de los cursos de agua (Mesembrinibis Cayenensis)
- Coye** En lengua Yanomamö bachaco. Para efecto de nombres se usa el sufijo WE en varones y en hembras Mİ.
- Cumare** Palmera de la que se extrae una fibra muy resistente con que se hacen mecates.
- Cunagüaro** Tigrillo
- Curiara** Embarcación liviana hecha del tronco de un árbol con capacidad hasta de 5 personas a veces. Movida por canaletes.
- Curupira** La descripción de este animal

mistificado que se corresponde con la del oso frontino que habita en la serranía de los Andes. (Voz Yeral)

- Falca** Barca. Embarcación construida generalmente de madera utilizada para carga con motor fuera de borda.
- Frenario** Pueblo Ye`kwana que está del lado Brasileiro.
- Hayamö** Río afluente del alto Orinoco. Padamo.
- Hécura** Espíritu, espiritista, brujo.
- Hoti** (Guaro-Guaro) Etnia que se encuentra casi siempre junto a Panares y habitan la misma región.
- Huarime** Traje ritual hecho de fibras vegetales utilizado por los Piaroas.
- Laja** Roca que sobresale de la superficie del agua o la tierra.
- Macos** Etnia que habita en la región del Ventuari medio. Hoy casi en extinción.
- Makiritare** Ye`kwana. Etnia de raíz Caribe que habita al Sur de Bolívar y desde el Noreste al Sureste de Amazonas.
- Malla** Aparejo de pesca, red.
- Mañoco** Harina que se hace con yuca molida y tostada, Utilizado en todo el Amazonas como pan. (Farinha)
- Marueta** Afluente del medio Ventuari
- Máwari** Espíritu de la selva o del río, encanto.
- Mazoca** Especie de mañoco que se hace de murujuy
- Murujuy** Yuca que se pone a fermentar en agua y se usa para mezclar con masa de yuca a fin de darle sabor al casabe o al mañoco. Leudante.
- Napë-Suwë** Mujer extranjera en Yanomamö.

Panare	(Eñepá) Etnia que se encuentra al Norte de Amazonas y al Sur de Bolívar.
Patrón	La persona que maneja una embarcación, el timonel.
Piaroa	Etnia que habita en la región cercana al Municipio Atures del estado Amazonas. Ríos Sipapo, Cataniapo, Pargüaza.
Pitador	Dañero, Canaima, Le llaman a un brujo que anda de noche para hacer maleficios y usa un pito para identificarse. (fii matí tupirí)
Pore	Espíritu Yanomamö
Puinabe	Etnia indígena que habitan en la frontera Colombo-Venezolana entre Atabapo y Vichada.
Shabono	Maloca, Pueblo Yanomamö.
Shirishana	Expresión peyorativa con la que los Ye`Kwana aluden a los Yanomamö. (Mono chillón).
Siringa	Arbol de la goma (Hevea)
Tabarí	Arbol al que se extrae la corteza que es una tela roja muy fina usada para envolver cigarrillos por lo general de tabaco.
Troja	Especie de parrilla que se hace de palitos verdes y se enciende fuego abajo para asar carne,
Yaránabi	Voz Ye`kwana para nombrar a los extranjeros blancos.
Yaraque	Bebida fermentada parecida a la cerveza, que se hace con yuca rayada y cocida.
Yopo	Polvo alucinógeno que se obtiene de la

semilla tostada y molida del árbol del mismo nombre.(Una leguminosa)

Yoyo En lengua Yanomamö es el nombre de un sapo.

Yucuta Bebida que se hace con mañoco y agua o jugo de frutas.

Cuentos Amazonenses

de

Luis Bravo

se terminó de reimprimir
el 15 de noviembre de 2013
a 30 años de su primera impresión
y a 178 años del nacimiento de
Marcelino Bueno, el primer
Intelectual de Amazonas,
a quien aún no hemos
superado, porque

**el Estado
carece de una imprenta.**

